

LA
BRUJA
DE
RAVENS WORTH

A graphic of stylized tree roots in black ink. The roots are thick and gnarled, with many smaller, thinner roots branching off. They are positioned around the text, appearing to grow from the letters and spread across the page.

GEORGE
BREWER


Siruela

George Brewer

LA BRUJA DE
RAVENSWORTH

Edición, prólogo y notas de
Eva Lara Alberola y Alfonso Boix Jovaní

Traducción del inglés de
Alfonso Boix Jovaní

 Siruela

Libros del Tiempo

Edición en formato digital: enero de 2020

título original: *The Witch of Ravensworth*

En cubierta: ilustración de © iStock.com / Andrii Chaban

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la edición, Alfonso Boix Jovaní y Eva Lara Alberola

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17996-85-7

Conversión a formato digital: María Beloso

Prólogo

La bruja de Ravensworth, entre la tradición y el horror gótico

En el capítulo I de *La bruja de Ravensworth*, que sirve como presentación de la protagonista, se nos advierte que «nadie sabía cómo había llegado hasta allí, ni de dónde venía; que apareció de súbito». Algo similar podría decirse de la segunda edición de la novela (1842), cuya traducción al castellano presentamos aquí y que irrumpió sorprendentemente entre un público lector distinto al que había conocido cuando vio la luz en 1808. En los treinta y cuatro años que separan ambas ediciones, un cataclismo llamado *Frankenstein o el moderno Prometeo* (*Frankenstein or the Modern Prometheus*, 1818) había cambiado todo el panorama literario, al facilitar al alma escéptica la tarea de creer en lo imposible haciendo verosímil que los avances científicos pudiesen alumbrar los más grandes milagros, pero también los mayores horrores. El monstruo de Mary Shelley no era un gólem animado por el hechizo de un brujo, sino el resultado de un experimento llevado a cabo por un doctor en Medicina. Con la resurrección de aquellos miembros de cadáveres, la ciencia se había convertido en la nueva magia, dando nacimiento no solo al monstruo, sino también a un nuevo público preparado para contemplar portentos inéditos — maravillosos o aterradores— sin tener que recurrir a la superstición, válida únicamente para espíritus crédulos.

George Brewer no llegó a leer *Frankenstein*, pues, si bien nunca se ha sabido con certeza la fecha exacta de su muerte, todo apunta a que falleció dos años antes de su publicación. En realidad, no deja de ser uno de los muchos datos que ignoramos del autor, cuya vida está cubierta por un velo de secretismo que poco tiene que envidiar al ambiente que se respira en *La bruja de Ravensworth*. Los pocos artículos que resumen su biografía¹ señalan que su partida de bautismo está datada en Saint Martin-in-the-Fields, Westminster, el 6 de noviembre de 1766, y que era hijo del experto en arte John Brewer y su esposa Rosamond. Se habría enrolado como guardiamarina y viajado al norte de Europa y América, además de a otros puntos de interés comercial para el Imperio británico en el continente asiático, como la India o China. Sirvió a las órdenes, entre otros, de lord Hugh Seymour y Rowland Cotton, pero su relación con la Marina británica se interrumpe abruptamente y no sabemos de él hasta 1791, cuando reaparece como lugarteniente de la Marina sueca. Coincide esta noticia con la de la aparición de su primera novela, *The History of Tom Weston*, lo cual da pie a creer que aquel mismo año había dejado ya su prometedor carrera bajo la bandera de Suecia para iniciar otra muy distinta, como abogado y escritor, en Londres.

Las lagunas que salpican su vida ocultan los motivos que lo llevaron a convertirse en escritor,

así como sus influencias literarias, si bien estas debieron de ser múltiples si atendemos al amplio abanico de géneros que abarca su obra, lo cual da fe de su avidez lectora y de su excepcional capacidad para adaptarse a uno u otro género, alternando su producción tanto en prosa como en teatro. Así, tras *Tom Weston* llegaría *How to be happy*, («Cómo ser feliz», 1794), comedia teatral por la que ganaría cierta notoriedad, a la que seguiría una nueva novela, *The motto; or the History of Bill Woodcock* («El lema, o la historia de Bill Woodcock», 1795), y después vuelta al teatro, esta vez con un espectáculo musical, *The Bannian day* (1796). Desarrolló asimismo una fructífera faceta de narrador de cuentos con *The Siamese Tales* («Los cuentos siameses», 1796) y *The Tales of the Twelve Soobahs of Indostan* («Los cuentos de las doce subas del Indostán»), publicados en *The European Magazine* (1805-1806). A ello habría que sumar que, según E. W. Pitcher,² pudo haber sido el anónimo autor o traductor de *The Tales of Elam* («Los cuentos de Elam», 1794), además de atribuírsele *The Life of Rolla, a Peruvian Tale with Moral Inculcations for Youth. To which are added, Six Peruvian Fables* («La vida de Rolla, un cuento peruano con inculcaciones morales para los jóvenes, al que se suman seis fábulas peruanas»), aparecido en 1808, el mismo año en que tuvo lugar la primera edición de *La bruja de Ravensworth*, donde recogió los ingredientes más representativos de la literatura gótica. Debemos enfatizar aquí que tan solo enumeramos algunas de sus obras más relevantes en un listado que, de ser más exhaustivo, podría resultar demasiado farragoso, y al que deberíamos sumar además la ingente cantidad de artículos, cartas y otros escritos similares con los que colaboró en diversos periódicos, tales como *The Town* y el ya mencionado *The European Magazine*, además de relatos ilustrados que compuso para niños y ensayos sobre diversos temas, lo cual, en suma, da cuenta de su polivalencia y su desbordante fertilidad como autor.

Quizá no vayamos muy desencaminados al considerar que sus incursiones en tal variedad de géneros fueron resultado de una constante búsqueda de reconocimiento por parte de un público al que quiso ofrecer obras acordes a los diversos gustos de su momento y que tanto recuerda a la táctica creativa y, evidentemente, comercial, que desarrollaría Mark Twain años después. Así se desprende del subtítulo de su primera obra, ya citada, *The History of Tom Weston*, que reza «una novela al estilo de *Tom Jones*», en clara referencia a la conocida obra picaresca publicada en 1749, y cuya mención trataría de atraer a los admiradores de su autor, Henry Fielding. Del mismo modo, sus *Ensayos al estilo de Goldsmith* (*Essays after The Manner of Goldsmith*), publicados en *The European Magazine* (1800-1802), remitían a la celebrada producción ensayística de Oliver Goldsmith (1728-1774). En el caso de *La bruja de Ravensworth*, Brewer habría querido aprovechar la popularidad de que gozaba la novela gótica en su época, pues se publicó en un momento en que Gran Bretaña estaba invadida por las historias de terror.³ Anteriormente, habían visto la luz *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole (1764), *Vathek*, de William Beckford (1786), *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe (1794), *Las aventuras de Caleb Williams o las cosas como son*, de William Godwin (1794), *El monje*, de Matthew Lewis (1796) y, por último, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki (1805).

La bruja de Ravensworth debe mucho a estas obras, pues el terror que refleja es heredado de algunas de ellas: tanto los pasadizos que recorre el barón para reunirse con la bruja como el castillo de La Braunch, principal escenario de la acción, nos hacen pensar en *El castillo de*

Otranto y también en *Los misterios de Udolfo*. Esta última novela nos viene a la mente asimismo a propósito de la maldad del barón, al que es fácil comparar con Montoni. Y su ambición y falta de escrúpulos apuntan a la influencia de Vathek, protagonista del relato oriental de Beckford, algo muy probable si tenemos en cuenta, además, el gusto de Brewer por las narraciones orientales. De la misma manera, el desenlace del texto de Brewer es comparable a la solución dada por Radcliffe a la aventura de los supuestos fantasmas que secuestran a Ludovico. La actuación de la bruja en las escenas más espeluznantes, en las que se plasma el pacto que esta ha cerrado con el maligno, son comparables a algunas de las más truculentas de *El monje*. Sin embargo, *La bruja de Ravensworth* aporta cierto grado de originalidad a toda la materia heredada y es un texto que merece ser tenido en cuenta en el desarrollo y la consolidación de la novela gótica. Con justicia, Monica Miller afirmó que «El goticismo de *La bruja de Ravensworth* es particularmente notable por su impactante representación de lo oculto. [...] En *La bruja de Ravensworth* hay, literalmente, una esfera existente secreta de figuras satánicas dedicadas a trabajar en lo “oculto” (tanto en el sentido sobrenatural como en el del sentido que esconden de las palabras), que fue provocado y reforzado por la infidelidad del barón». ⁴ En efecto, la personificación de este constante juego de apariencias se encuentra en el coprotagonista de la novela, el anónimo barón de La Braunch, el villano, que se describe como un hombre apuesto pero feroz, desdeñoso, altivo, que impone respeto y temor, ambicioso, vil, depravado, hipócrita, maestro del engaño por su arte en el disimulo y por la facilidad con que muestra unos sentimientos mientras, en realidad, alberga otros; con inclinación a cometer crímenes, aunque destacó mucho en las cruzadas por su valor y arrojo, en su vida privada es cruel y despiadado. También se subraya su carácter supersticioso en numerosas ocasiones, un rasgo que precisamente lo pondrá en contacto con la bruja. Así, estos personajes están indisolublemente unidos y no se puede concebir al uno sin el otro.

El juego de apariencias se extiende a ambos personajes, pues el barón cree que la bruja está a su servicio, cuando en realidad es un títere de ella, que sabe manipularlo, tal como se observa cuando cubre al barón con un manto para conducirlo ante los diablos, lo cual le permite operar con libertad durante el trayecto, o cuando hace caso omiso de la petición de La Braunch de que invoque a Harold y, en su lugar, le muestra otra aparición que le aterra. Ann Ramsay conduce a su antojo al barón, pero en realidad ella no es sino la mano del autor realizando ejercicios de prestidigitación ante los ojos del lector, pues Brewer actúa como un mago que juega con su público, para que veamos y creamos lo que a él se le antoja. Distrae nuestra atención de los detalles verdaderamente importantes y que se revelarán en el maravilloso truco final que constituye el último capítulo de la obra.

No cabe duda de que, en este sentido, Brewer aprovechó sus conocimientos teatrales, que tan felices resultados le habían dado como autor, adaptándolos a la narración novelística de modo magistral, pues el constante juego de apariencias hace que nos sintamos ante una representación teatral sobre brujería: al terminar, se explican a los espectadores los entresijos de la función y del uso de la tramoya. Esos mismos conocimientos teatrales se reflejan en diversas escenas, donde se sorprende al lector con golpes de efecto que serían muy impresionantes sobre un escenario, como la nube de humo que se eleva cuando la bruja da un pisotón en el suelo (capítulo XVI), o las impresionantes apariciones de demonios y espectros. No se trata de un caso aislado y llama la

atención que, en los momentos más críticos o tras alguna taxativa afirmación o promesa de la bruja, siempre se produzca un efecto visual o sonoro. Estas casualidades deberían alertar al lector de que en el comportamiento de la bruja hay algo de artificial, el uso de algún tipo de tramoya, como se observa cuando el barón, en sus visitas, siempre la encuentra en la misma postura o situación, otra aparente y llamativa casualidad que sirve para resaltar la imagen arquetípica de la bruja, inclinada sobre el caldero, removiendo el preparado que está cociendo, compuesto tal vez de carne humana (capítulos XIV, XVI, XVIII...). No en vano el autor se refiere a ella como *dame Ramsay* (capítulo I) tras ofrecer un retrato esperpéntico de su persona, remitiendo así a la *dame o pantomime dame*, un personaje tradicional del teatro británico, precisamente una anciana de rasgos y atuendo exagerados, interpretada siempre por un hombre, lo cual casa no solo con su grotesco retrato, sino también con el hecho de que las apariciones de la bruja tengan tanto de exagerado y, sobre todo, de teatral.

Si teatrales son sus gestos, no lo son menos sus palabras. El modo de expresarse de la bruja, en ciertos instantes, no se corresponde con su aparente condición. Así sucede en el capítulo XIV, donde pide al barón que la visite «cuando la luna haya llegado a su conjunción con el planeta Saturno. No quedan sino unos pocos días para esa configuración... Venid a mí cuando la marea alta de la maldad haya subido... Cuando los vapores abrasadores dancen por el suelo a medianoche... Cuando el sapo envenenado esté iluminado por la luciérnaga en su húmeda cámara bajo las hojas de la violeta morada... Entonces, el momento estará cerca, los espectros pulularán sobre la tierra, los demonios y diablos estarán activos, fuertes, y serán numerosos, y estarán atentos para la maldad». Este lenguaje poético debería poner en guardia al lector, sorprendido por la exquisita verborrea de una pobre anciana que habita una mísera choza, y que contrasta con la exageración, el histrionismo que adereza la actuación de la bruja, con sus risas histéricas y sobreactuadas, sus cánticos, sus gestos de furia o sus extáticos bailes, que contribuyen a advertirnos de que no todo, ni siquiera ella, es lo que parece. En ese sentido, el eje en torno al cual gira el fingimiento que sirve como soporte a la obra es ella misma, Ann Ramsay, quien, además, confiere a la novela todo su interés y carácter novedoso. Si bien es cierto que en la obra hay muchos personajes que nada tienen que ver con lo brujeil, no se puede dudar de la relevancia de la bruja en la trama pues, además, da título a la obra. Para Allen Grove, *La bruja de Ravensworth* es una de las novelas inglesas que más tempranamente se centró en el personaje de la bruja surgida de los cuentos de hadas,⁵ algo que solo se repetiría con la obra de William Harrison Ainsworth *The Lancashire Witches* («Las brujas de Lancashire», 1848 por entregas; 1849 como novela), que se inspira en un proceso real que tuvo lugar en 1612, conocido como el de las brujas de Pendle, y en la relación escrita por Thomas Potts y publicada en 1613, titulada *The Wonderfull Discoverie of Witches in the Countie of Lancaster* («El maravilloso descubrimiento de brujas en el condado de Lancaster»). En su novela, Ainsworth juega también, durante buena parte de la trama, con la ambigüedad en torno a la identidad y auténtica naturaleza de las presuntas brujas, pero al final se decanta por una brujería auténtica, alineándose así con la corriente, dentro de la novela gótica, de las obras que dan credibilidad a las supersticiones tradicionales frente a las que ofrecen una explicación racional a los fenómenos extraordinarios que narran, descartando la existencia de hechos sobrenaturales que únicamente lo eran en apariencia, aunque el horror que fuese real.

Frente a *The Lancashire Witches*, *La bruja de Ravensworth* posee la particularidad de ser absoluta ficción, pues no remite a ningún juicio real. A ello se debe precisamente que suponga un hito en la literatura gótica, en la que no abunda la figura de la bruja. Tal y como apunta Faye Ringel: «Desde en torno a 1400 hasta 1700, la creencia en las brujas y su persecución en Europa Occidental y América dio a los temas góticos su espeluznante vida».⁶ No obstante: «Personas inocentes, predominantemente mujeres, fueron acusadas de pactar con Satán y luego encerradas, torturadas y quemadas. Las transcripciones de sus confesiones hablan de apariciones, augurios, sueños, maldiciones familiares, conspiraciones y traiciones. Mas ni la creencia en la bruja era central en el primer resurgimiento gótico, ni las brujas son protagonistas comunes en el horror moderno».⁷ El aspecto central de la novela es, pues, la brujería, pero no como actividad en sí, sino materializada en la figura de la bruja, en torno a la cual se construye el escrito. Es necesario, en este sentido, no confundir bruja con hechicera,⁸ dado que esta última podría actuar tanto de forma benéfica como maléfica y no participaría en aquelarres ni se dedicaría al asesinato, a consumir carne humana o a practicar el vampirismo. La bruja, en cambio, por su propia idiosincrasia, solo puede practicar el mal, no existe otra alternativa.

Todo lo que se plasma en la obra sobre la bruja casaba con un arquetipo bien asumido por los lectores del siglo XIX. El aspecto mismo de la bruja debía reflejar su depravación moral y su peligrosidad, de ahí que aparezca siempre descrita con rasgos horribles, pues su sola presencia causa pavor. En el caso de la bruja Ann Ramsay es vieja, pequeña, enjuta y encorvada, de flácidas carnes y piel oscura, tal y como describía Miguel de Cervantes a la Cañizares en *El coloquio de los perros* (1613). Su rostro está ajado y resulta desagradable, pues los ojos son pequeños y tiene las cuencas inflamadas, y destaca también la típica nariz ganchuda, la misma que caracterizaba a la tía Casca de las *Cartas desde mi celda* de Gustavo Adolfo Bécquer (1871). También se resaltan sus pálidos labios y un único diente en su boca, que recuerda a la negra y estropeada dentadura de la Canidia de los Épodos de Horacio (30 a. C.).

El retrato de la bruja se completa con el de su morada, que actúa como una extensión de la siniestra anciana, de ahí que su descripción se corresponda con lo esperable de acuerdo con el arquetipo tradicional: vive alejada de toda zona poblada, en un paraje yermo e insalubre donde flota un aire pestífero y crecen malas hierbas que matarían al ganado que pastase allí. Su cabaña es mísera, con un escaso y deteriorado mobiliario y, de entre sus pocos enseres, se da protagonismo a la escoba y al caldero, dos de los elementos más vinculados a la brujería. El primero, más que un útil de limpieza es un objeto que remite al vuelo nocturno, aunque esta práctica no se menciona en el resto del libro. El caldero apunta a la preparación de brebajes y hechizos, y también el lector pensará en la posibilidad de cocinar a tiernos infantes en este recipiente.

En este escenario se nos presenta a la bruja, sentada sobre un taburete de tres patas, en actitud tan horrenda como pensativa, planeando maldades varias y murmurando y blasfemando, o bien, según quienes la habían visto, comunicándose con el maligno. Entra así en juego la filiación diabólica de esta mujer, que permite identificarla como bruja. Además, se añade que está acompañada por varias mascotas que tampoco podían faltar: un gato (algo monstruoso, presto a olfatear sangre y a desgarrar carne), animal vinculado desde antiguo con las brujas; un cuervo

negro y un sapo. El sapo actuaba en muchas ocasiones como el demonio familiar de las brujas y vivía con ellas, las asistía y debía ser alimentado y cuidado por las mismas, tal y como se atestigua, por ejemplo, en las dos relaciones conservadas del *Auto de Fe de Logroño de 1610*. También gusanos, serpientes y víboras merodean alrededor de la casa: no son pocos los testimonios que relacionan a estos animales con las brujas, pues serpientes y víboras aparecen vinculadas con la infanticida ogresa de la versión de *La bella durmiente* de Charles Perrault, y no faltan tampoco, por ejemplo, en el pasaje dedicado a la bruja Orcavella de la *Silva curiosa* de Julián Medrano (1583), una anciana que practica el vampirismo y también el infanticidio.

Una vez descritas ella y su morada, se habla de la fama de Ann Ramsay en la zona. Las historias sobre ella se han extendido como la pólvora, provocando que nadie desee correr el riesgo de acercarse a su casa. Según cuentan, parece como si esta criatura hubiese permanecido en aquel lugar desde siempre, ya que existe una creencia que el autor denomina «tradicional» y que conforma todo un caudal de relatos que lleva mucho tiempo circulando por los alrededores.⁹ Los campesinos son los que cuentan multitud de anécdotas sobre sus poderes y, así, se ha difundido una determinada imagen de esta anciana, de quien se dice que es responsable de la desaparición de muchos niños que le han servido de alimento. Se hace hincapié, de esta manera, en el infanticidio y la antropofagia, otras características muy importantes de la bruja tradicional.¹⁰ No olvidemos la íntima relación de la bruja con los niños, que se evidencia en relatos populares como *Hansel y Gretel* o *Rapónchigo*, de los hermanos Grimm.

En Europa y también en América las características de esas mujeres malvadas, que siempre eran chupasangres e infanticidas,¹¹ estaban bien establecidas y se reflejan asimismo en Ann Ramsay, de quien se destaca su afición a la sangre y que se lamentará por no haber podido devorar al pequeño Edward, viéndose obligada a saciarse con otros alimentos. A estos rasgos típicos de la bruja antropófaga y practicante del vampirismo habría que sumar otros que ya se habían integrado en el prototipo y que provenían de la interpretación canónico-teológica de la brujería, principalmente el pacto diabólico y la participación en los conventículos, durante los cuales se adoraba al demonio, a lo que debe sumarse el vuelo nocturno, que devenía tras aplicarse un ungüento. Resultaba indispensable, por supuesto, la capacidad que le proporcionaba el diablo para hacer el mal, ya fuera a otras personas (causando la enfermedad e incluso la muerte), a las cosechas o al ganado.¹²

Algunos de estos últimos aspectos se resaltan en el primer capítulo del libro, mientras que otros se suman más adelante. Si bien es cierto que desde el inicio se opta por una presentación más en la línea de la brujería popular, en otros capítulos (XIV, XVIII, XXXIII...) Brewer va introduciendo elementos propios de la posterior brujería demoniaca y añadiendo otros detalles que completan el retrato de Ann Ramsay, como sus capacidades mágicas: predecir el futuro, evocar los espíritus de los muertos —algo en lo que eran muy doctas la veterotestamentaria bruja de Endor (Samuel 28:3-25) y la vieja Ericto de la *Farsalia* de Lucano—, conceder riquezas y honores y producir todo tipo de incidentes por venganza. También, en esa línea, se remarca el hecho de que la bruja es una servidora del diablo, pero que no recibe riquezas a cambio, dado que habita en una mísera casucha. En el capítulo XXVI se produce la mayor manifestación de esta servidumbre, pues la bruja nos lleva a una especie de aquelarre que carece de algunos elementos indispensables, como la figura del demonio en forma de macho cabrío, las misas negras, las danzas, el banquete y las

orgías. Aquí, el demonio Askar aparece sentado en un trono y ante él se alza un altar para sacrificios; el horror está muy presente, con sangre y la adoración de la bruja a esta entidad. Con todo, Ann Ramsay integra en sí buena parte del aparato demonológico que caracterizó el arquetipo de la bruja a partir del siglo XV y, dado que no estuvo tan definido como aquí se muestra hasta el siglo XVI —el *Malleus Maleficarum*, que contribuye poderosamente a la formación del arquetipo, no se publica hasta 1486—, la novela incurre en un importante anacronismo, pues su acción se desarrolla en el siglo XII, época en que estas creencias no estaban tan difundidas, ni mucho menos tan desarrolladas.

El resto de actores conforma el coro perfecto para la actuación de los protagonistas. Algunos, como el padre Velaschi, resultarán indispensables para la resolución del conflicto. De una importancia semejante goza *lady* Bertha, que representa el contrapunto al barón: de carácter apacible, querida por todos los sirvientes, humilde, madre amantísima y mejor esposa. De ella se destacan siempre valores morales y no se presta atención a sus atributos físicos. *Lady* Berta será la gran damnificada por los planes de La Braunch y Ann Ramsay, convirtiéndose en la víctima que siempre ha de tener todo villano gótico y que servirá para resaltar constantemente la dicotomía del bien frente al mal, tan marcada en las novelas de este género.

Lady Alwena, por su parte, es el polo opuesto a *lady* Bertha y la réplica del barón en femenino. De ella se van a ensalzar sus cualidades físicas, su belleza y la perfección de su cuerpo, pero también su depravación, que se refleja en su deplorable comportamiento. *Lady* Alwena es un personaje crucial, pues tan solo alguien con semejante degeneración moral podía lograr la infelicidad del barón. Cuando, en el capítulo XXXIII, La Braunch acuda ante la bruja para recriminarle su desdicha, ella le explicará, muy acertadamente, que los apetitos del barón se saciaban gracias a la acción de fuerzas oscuras, cuya consecuencia nunca puede ser buena, pues la felicidad pura solo nace de la virtud. La lección que le da la bruja constituye el clímax de la obra, el momento en que el protagonista toma conciencia de la dimensión de sus crímenes y, como don Juan ante las fauces del infierno, se arrepentirá y sufrirá buscando el modo de salvar su alma de la condena eterna.

En la búsqueda de su salvación, jugará un papel fundamental la figura infantil de Edward, hijastro del barón y retoño de *lady* Bertha, a quien La Braunch procurará dar muerte para heredar la enorme fortuna a la que el pequeño tiene derecho por parte de su padre, el difunto lord Edward de Martindale. Su destino constituye así un elemento que aporta una dosis adicional de horror a la obra, que entronca con este componente clásico del género de terror que Henry James llevaría a otro nivel con *Otra vuelta de tuerca* (1898), donde forzaba la resistencia emocional de sus lectores hasta el límite al colocar a dos niños en el foco principal de su trama, redoblando así los miedos infantiles que, hasta entonces, solo habían sufrido los pequeños que acostumbraban a aparecer en este tipo de novelas en solitario. La inocencia del pequeño, su desamparo ante lo que sucede y, sobre todo, el recuerdo de los terrores infantiles que afloraban en los lectores adultos por medio del niño lo convertían en un precioso valor añadido que incrementaba exponencialmente el horror de una obra.

Noventa años antes que Henry James, George Brewer ya incluyó a dos niños en su novela, a quienes otorgó un papel fundamental según Margarita Georgieva,¹³ dado que encarnan por un lado

al héroe gótico en la figura de Edward y, por otro, a su maléfico antagonista, Hugo, hijo legítimo del barón. La trama parece estructurarse en torno al sino del pequeño Edward, hasta el punto de que el propio autor lanza un guiño al lector británico, estableciendo un paralelo con la historia de su nación. En efecto, la novela hace referencia a la corte de Eduardo y al príncipe Eitelredo: aunque de manera anacrónica, es evidente que se evoca la figura de Eduardo el Mártir, rey de Inglaterra entre los años 975 y 978, cuando fue asesinado y el trono quedó en manos del hasta entonces príncipe, su hermano Eitelredo el Indeciso (978-1016), de oscura memoria, no solo por ser el principal sospechoso de la muerte de su hermano, sino porque su reinado se recuerda como uno de los periodos más desgraciados de la historia de Inglaterra por su ineptitud como rey en una época donde la amenaza danesa era constante. Que el barón de La Braunch planee precisamente la muerte del pequeño Edward, un personaje bueno, en favor del temible Hugo parece inspirarse en la historia de Eduardo y Eitelredo, augurando además las más fatídicas expectativas para el primogénito de *lady* Bertha.

Esta referencia a la historia inglesa es, como acabamos de señalar, un evidente anacronismo, pues la trama se sitúa a mediados del siglo XII. No puede verse aquí un interés por parte de Brewer de unirse a la moda de las novelas históricas de Walter Scott, contemporáneo suyo, pues el eminente autor escocés publicaría sus obras más exitosas después de la primera edición de *La bruja de Ravensworth*. Más plausible resulta que se deba a la influencia de *El castillo de Otranto*, cuya acción transcurre entre 1095 y 1243, coincidiendo con la primera y la séptima cruzada —que Walpole cree la última— y, en definitiva, al gusto romántico por lo medieval. La elección de esta época permite al autor manejar los escenarios favoritos de la novela gótica, esto es, los castillos medievales, especialmente si están en ruinas, lo cual los dota de un aspecto decadente y siniestro. En este sentido, no es casual que los diablos se reúnan en el antiguo castillo en ruinas que había pertenecido a la familia La Braunch (capítulo XIII), cerca de la morada de Ann Ramsay. La importancia de estos escenarios en *La bruja de Ravensworth* es de tal calibre que Monica Miller considera esta obra y *The horrors of Oakendale Abbey* (1793), atribuida a Mrs. Carver, los máximos exponentes de cómo el espacio doméstico cobra total relevancia en la literatura gótica. Es en esa «esfera secreta» donde tienen lugar las infidelidades, las seducciones, los forzamientos... En estas novelas se profundiza en los entresijos de lo privado, a diferencia de lo que sucedía en épocas precedentes, y se reflejan diferentes grados de deshonestidad y maldad.¹⁴ De hecho, la novela se abre con un capítulo dedicado a la descripción de la bruja en su espacio privado, la cabaña, que resultará aún más repulsiva en comparación con el castillo de La Braunch o el extraordinario palacio de *lady* Alwena, cuyas flores y perfumes contrastan con las malas hierbas y el hedor de la choza de Ann Ramsay. Esta mujer invadirá también la privacidad del barón, pues, cuando ella se persona en uno u otro castillo, lo hace durante alguna celebración, para crear expectación en torno a su persona y realizar algún mal augurio.

Junto a los escenarios, la atmósfera terrorífica de la novela se completa con motivos asociados al horror y la magia que Brewer recoge del folclore y, hábilmente, disemina a lo largo de la obra, logrando así mantener un ambiente inquietante. En esa línea se inscribe la reiterada presencia del número tres, número sagrado y mágico habitual en los relatos populares, donde impera la ley del tres o de la triplicación,¹⁵ y que aparece constantemente, desde el taburete de tres patas al torneo

donde luchan tres caballeros juntos contra otros tres, pasando por el círculo que Ann Ramsay dibuja tres veces, las tres vueltas que da con el pequeño Edward o las tres figuras que se sitúan a cada lado del demonio cuando este aparece ante el barón, por poner algunos ejemplos. Brewer da importancia a esta cifra y hace de manera intencionada que la bruja la aplique constantemente en sus acciones. Aún más importante será la presencia del cronotopo nocturno, elemento indispensable en cualquier obra de terror y cuyo sentido queda perfectamente resumido en la siniestra advertencia de la Güestia del folclore asturiano: «Andad de día, que la noche es mía».¹⁶ En efecto, si los vivos desarrollan sus actividades cotidianas bajo la luz del sol, la noche es el reino de los seres del inframundo, sean estos fantasmas, vampiros o, cómo no, brujas. Brewer maneja el cronotopo nocturno de modo muy hábil, siguiendo un patrón bien planificado, pues Ann Ramsay queda asociada a la noche en cuanto que las visitas que le dedica el barón siempre se dan cuando el sol se ha puesto. Brewer, aquí, recrea el *locus straneus* romántico, el paisaje tenebroso, siniestro, en el que tan crucial papel juegan siempre las tinieblas, a las que acompaña de tempestades y tormentas en cada visita del barón a la anciana.

En consecuencia, *La bruja de Ravensworth* es un texto único, que cumple los principios del género y constituye un eslabón más en el avance y consolidación del mismo. El misterio sobre su composición y su autor añaden más atractivo aún a este libro, del que no se puede decir mucho más de lo que sus mismas páginas sugieren. Solo por ser una de las pocas novelas góticas que integran a una bruja en sus páginas es un texto que se ha de conocer y disfrutar. H. P. Lovecraft afirmaba,¹⁷ sobre la génesis del género gótico, que el terror cósmico (como a él le gustaba llamarlo), ingrediente del folclore antiguo, estaba muy presente en la magia ceremonial, pues sus ritos buscaban invocar demonios y espectros, y también fue un elemento esencial en la brujería y la caza de brujas. Al hablar sobre la influencia de lo demoniaco en el público de los siglos XV, XVI y XVII afirmó que era: «[...] una influencia muy intensificada por el miedo muy legítimo a la brujería de aquella época, cuyos terrores, más frenéticos al principio en el continente, empezaron a resonar con fuerza en los oídos ingleses a medida que las campañas de caza de brujas de Jacobo I fueron haciendo progresos. A la vaga prosa mística del pasado se añade una larga serie de tratados de brujería y demonología que contribuyeron a excitar la imaginación de los lectores».¹⁸ Por tanto, aunque Lovecraft no incluye esta obra de George Brewer entre la vasta nómina de textos que comenta en *El horror sobrenatural en la literatura*, pues con toda probabilidad no conocía la novela, está dando una importancia capital a la brujería como germen de ese terror cósmico que luego se plasmará en el género gótico. En ese sentido, la bruja como personaje terrorífico existía desde antiguo en su vertiente popular, y en su dimensión demoniaca había protagonizado muchas historias en las salas de justicia por su persecución y en los tratados, también mencionados por Lovecraft, que le otorgaban carta de naturaleza. Brewer se alimenta de esa materia prima, de ahí que todo lo que el lector va encontrando sea tan fácilmente reconocible y tan familiar en una obra que, a la vez, le resulta fascinante y sorprendente.

1 Probablemente, la relación más precisa de datos sobre su vida sea la compilada por Jennett Humphries: «Brewer, George», en *Dictionary of National Biography, 1885-1900*, Leslie Stephen (ed.), MacMillan and Co., Londres-Smith, Elder and Co., Nueva York, 1886, volumen VI, págs. 292-293; artículo revisado y ampliado por Rebecca Mills en *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford University Press, Oxford, 2004, y que ha servido como principal fuente a la hora de redactar la breve biografía que aquí ofrecemos.

2 Allen Grove, «Introduction», en *The Witch of Ravensworth*, Allen Grove (ed.), Valancourt, Chicago, 2006, pág. ix.

3 *Ibid*, pág. vii.

4 Monica Miller, «Gothic Revelations of Marriage in *The Witch of Ravensworth* and *The Horrors of Oakendale Abbey*», en *Studies in Gothic Fiction*, Zitaw University Press, Zitaw, 2010, pág. 37. (La traducción es nuestra).

5 Grove, *op. cit.*, pág. vii.

6 Faye Ringel, «Witches and Witchcraft», en *The Handbook to Gothic Literature*, Marie Mulvey-Roberts (ed.), New York University Press, Nueva York, 1998, pág. 254. (La traducción es nuestra).

7 *Ibid*, pág. 254.

8 Alberto Montaner y Eva Lara, «Magia, hechicería, brujería: deslinde de conceptos», en *Señales, portentos y demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, Eva Lara y Alberto Montaner (eds.), Semyr, Salamanca, 2014, págs. 93-97.

9 En relación con la dimensión popular y culta o libresca de la brujería, véanse Leonardo A. Mora Contreras, «La brujería y la caza de brujas en los siglos XVI y XVII: evolución de un proceso», en *Tiempo y Espacio* 11-12, 2001-2002, págs. 123-136; y Eva Lara, «La brujería en los textos literarios. El caso del *Malleus Maleficarum*», en *Revista de Filología Románica*, 32.1, 2015, págs. 41-65 y «Leyendo la brujería: la escritura o reescritura de esta creencia en el *Malleus Maleficarum*», en *Revista de Filología Románica*, 33, 2016, págs. 167-190. Los rumores y habladurías fueron cruciales en la caza de brujas, tal y como atestiguan Pamela Stewart y Andrew Strathern en *Brujería, hechicería, rumores y habladurías*, Akal, Madrid, 2008.

10 En referencia a la brujería tradicional, véanse Fabián Alejandro Campagne, *Strix hispánica. Demonología cristiana y cultura folklórica en la España moderna*, Prometeo, Buenos Aires, 2009; y Alberto Montaner, «El paradigma satánico de la brujería o el diablo como recurso epistémico», en *eHumanista*, 27, 2014, págs. 116-132.

11 Alberto Montaner, *op. cit.*, págs. 118-119.

12 Sobre las brujas dice el *Malleus Maleficarum* que son «las que yendo contra la naturaleza del hombre y su inclinación, e incluso la de los animales, tienen como hábito despedazar y devorar a los niños de su propia especie. Es esta la especie de brujería más importante. Ellas son las que realizan innumerable cantidad de males. Ellas son las que levantan tempestades en medio de relámpagos y truenos; ellas son las que provocan la esterilidad en los hombres y las bestias. Aquellos niños que no devoran, o bien los ofrecen a los demonios o se las ingenian para matarlos de otra manera: sobre todo a aquellos que todavía no han renacido de la fuente del bautismo. Aquellos que devoran, no sin la permisión de Dios, son los bautizados. Hay niños que caminan junto al agua y ellas son capaces de hacerlos caer, incluso en presencia de sus padres sin dejarse ver. Son capaces de enloquecer a los caballos incluso bajo sus jinetes; pueden trasladarse de un lugar a otro a través de los aires en el cuerpo o en el espíritu; son capaces de cambiar el ánimo de los jueces y magistrados de manera que no puedan hacerles daño. En las torturas pueden dotarse a sí mismas y a otras del don de la taciturnidad; provocar un enorme temblor en las manos y en los ánimos de los que las vienen a prender; revelar a los demás acontecimientos futuros y cosas ocultas [...]. Pueden ver cosas ausentes como si las tales se desarrollasen presentes; cambiar los corazones de los hombres hacia un amor o un odio desordenados; destruir en ocasiones por el rayo aquello que ellas desean, incluso hombres y animales. Pueden hacer estéril la potencia genital o incluso hacer imposible la unión conyugal; provocar el aborto, causar la muerte de los niños en el seno de la madre únicamente por el tocamiento exterior. Pueden a veces embrujar a hombres o animales por una simple mirada, sin el menor contacto, y de esta forma causar la muerte; entregar y consagrar a sus propios hijos a los demonios. Y [...] pueden causar mortandades de peste u otra clase [...]. Es una característica común a todas entregarse a todo género de torpezas carnales con los demonios» (Jacobo Sprenger y Enrique Institoris, *El martillo de las brujas (Malleus Maleficarum)*, Maxtor, Valladolid, 2004, parte II, capítulo 2, págs. 221-222).

13 Margarita Georgieva, *The Gothic Child*, Palgrave MacMillan, Basingstoke (Reino Unido), 2013.

14 Monica Miller, *op. cit.*, pág. 31.

15 Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, seguida de *Las transformaciones de los cuentos maravillosos*, y de E. Méléntinski, *El estudio estructural y tipológico del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1974, págs. 84-85 (edición original: *Morfologija skazky*,

Nauka, Leningrado, 1928); y Axel Olrik, *Principles for Oral Narrative Research*, Kirsten Wolf and Jody Jensen (trad.), Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1992, pág. 52 (edición original: *Nogle Grundsætninger for Sagnforskning*, Hans Ellekilde (ed.), Det Schønbergske Forlag. Copenhagen, 1921).

¹⁶ Claude Lecouteux, *Chasses Fantastiques et Cohortes de la Nuit au Moyen Age*, Imago, París, 1999, pág. 13.

¹⁷ H. P. Lovecraft, *El horror sobrenatural en la literatura y otros escritos teóricos y autobiográficos*, Valdemar, Madrid, 2010, págs. 33-35.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 37.

La presente edición

La traducción de *The Witch of Ravensworth. A Romance* que aquí ofrecemos se ha realizado a partir de su segunda edición (1842), publicada en la imprenta de George Walker, Jr. en Durham, Reino Unido, y que constituye una versión corregida y muy mejorada con respecto a la primera, de 1808. Resulta evidente, al comparar ambas versiones, que Brewer puso mucho empeño en realizar una concienzuda lectura y corrección del texto, hasta el punto de que la edición de 1808 casi parece un borrador de la de 1842, frente a la que palidece al comparar su acabado y, ante todo, la sorprendente meticulosidad con la que trabajó en la segunda, reescribiendo algunas líneas por criterios de estilo, pero también corrigiendo problemas de coherencia o incluso errores que resultaban en pasajes cuyo sentido era confuso. El lector curioso puede acudir a la edición del texto de 1808 en inglés, a cargo de Allen Grove,¹⁹ para apreciar las significativas diferencias con la novela que se dispone a leer.

Si Brewer quiso ofrecer la mejor versión posible al público inglés, el lector en lengua castellana no merecía menos y, por ello, la primera traducción y edición hechas en castellano de *The Witch of Ravensworth* no podían ser otra que la de 1842. Una traducción que ha seguido unos criterios claros y habituales en traducción, atendiendo principalmente a la maestría de Brewer en el uso del lenguaje. Por lo general, y respondiendo al estilo grandilocuente del género gótico, el autor sobrecarga el texto inglés con términos romances, lo cual es indicativo de gran refinamiento en la cultura anglosajona pero, además, sirve para destacar el origen francés de las familias nobles. Brewer utiliza ese vocabulario, como es lógico, en los personajes de alta clase social — el barón de La Braunch, *lady* Bertha, *lady* Alwena—, mientras que los más humildes, de origen inglés —Gerrard, Deborah—, recurren al lenguaje más germánico, plagado de *phrasal verbs* y frases hechas, coloquiales. Estos rasgos del vocabulario utilizado por Brewer se pierden inevitablemente en castellano, por ser lengua romance, lo cual provoca que el toque afrancesado del texto original se diluya. Sin embargo, nuestra traducción no ha olvidado el propósito del autor y, siempre que ha sido posible, se ha dotado a los personajes nobles de un vocabulario elevado frente al de la clase baja, pero evitando utilizar términos excesivamente rebuscados o incluso herméticos para el lector actual, a fin de poner en sus manos un texto comprensible y ameno.

Si este uso del idioma acorde a la clase social ya revela que la redacción de la obra está perfectamente planificada, Brewer demuestra además una absoluta maestría en sus conocimientos lingüísticos al recurrir, sorprendentemente, a significados arcaicos. No, no hay error al afirmar que son los significados: junto con la presencia de vocablos cuyo uso anticuado aporta un toque añejo a su texto, Brewer es capaz de manejar un mismo término en diversas ocasiones variando su significado a lo largo de la novela, haciendo que, en unos casos, deba entenderse con el sentido

original que esa palabra tenía en inglés siglos antes de evolucionar al significado moderno que bajo el cual, por supuesto, también se utiliza siempre que el autor así lo estima conveniente. Como ejemplo puede citarse el caso de *supply*, que en la actualidad significa ‘suministrar’ pero que en *La bruja de Ravensworth* se emplea también con el significado de ‘ocupar’. Un caso más impresionante es el de *disappointment*, esto es, ‘decepción’, aunque el autor llega a utilizarlo en su sentido etimológico de *dis appointment*, «cancelación de una cita». Como es lógico, esta variación de significados incrementa la dificultad de la traducción, pero, por otro lado, permite admirar el profundo conocimiento de la lengua que tenía el autor, además de evidenciar cuán meticulosamente redactó su texto, con delicadeza pero también con precisión quirúrgica, en su propósito de crear una obra de arte.

Otra peculiaridad del estilo del autor, respetada escrupulosamente pese a que parece contradecir la meticulosidad de su redacción, se observa en su tendencia a repetir algunos vocablos en un breve pasaje. No puede pensarse en un error, pues sucede en múltiples ocasiones, lo cual denota una intención en el empleo de tan peculiar recurso, quizá porque el término le resultaba llamativo por pertenecer a ese vocabulario elevado o, simplemente, porque quería destacarlo. Un ejemplo de esta constante se halla en el capítulo XXI, donde se dice que «the chaste and gentle deportments of that lady prevented her from seeking *consolation* from amusement, her only relief and *consolation* was derived from...» (la cursiva es nuestra), donde se aprecia la evidente repetición de *consolation*. El pasaje se ha traducido como: «el comportamiento casto y discreto de aquella dama no le hubiese impedido buscar *consuelo* en divertimentos: su único alivio y *consuelo* derivaba de...», manteniendo la evidente repetición que, aunque pueda resultar extraña o incluso inadecuada a algún lector, no deja de ser un rasgo estilístico propio del autor y que, por ello, no debe modificar el traductor basándose en criterios estéticos subjetivos. Un ejemplo similar se halla en el capítulo XXVI, donde puede leerse: «The fiend, who was on the throne, desired the Baron to look *stedfastly* on the western entrance. The Baron was undismayed. He looked *stedfastly* on the door» (la cursiva es nuestra), un pasaje que hemos traducido: «El demonio, que estaba en el trono, rogó al barón que mirase *resueltamente* a la entrada oeste. El barón estaba impávido. Miró *resueltamente* a la puerta», respetando así la prosa del autor.

Por otra parte, la onomástica ha tenido un tratamiento muy preciso a lo largo del texto. Siguiendo los cánones habituales en traducción, solo se han traducido los nombres de personajes de relevancia histórica, como sucede con los nombres de monarcas, mientras que los personajes que dan vida a la trama de *La bruja de Ravensworth* mantienen sus nombres intactos. Otro tanto sucede con los topónimos: los que hacen referencia a la geografía local no se han traducido, frente a los que sí tienen una adaptación establecida en castellano. Así, Francia e Inglaterra cohabitan con los ríos Severn, Clyd o Eden, por no hablar del propio páramo de Ravensworth, que da título a la obra.

Intentando ofrecer la edición y traducción más dignas, queremos honrar al autor haciendo que su obra traspase fronteras y que el mundo hispanohablante pueda acercarse a su novela y también a su magnífica prosa. Esperamos haber logrado nuestro propósito haciendo que los lectores disfruten con la amena lectura de esta obra, sobrecogedora a la par que simpática, y que incluso lleguen a captar el enorme cariño con que el autor trató a todos y cada uno de sus personajes. Los

aciertos de esta peculiar novela, tan variados como sorprendentes, serán siempre mérito del autor. Los errores, si los hubiere, serán responsabilidad del traductor. Ojalá que, en tal caso, la bruja sea comprensiva y no tome represalias contra él.

¹⁹ *The witch of Ravensworth*, Allen Grove (ed.), Valancourt, Chicago, 2006.

LA BRUJA DE RAVENSWORTH

Descripción de la bruja

En el extremo de un páramo salvaje, conocido por el nombre de páramo de Ravensworth, en el condado de Westmoreland, y en torno a la época de la segunda cruzada, se alzaba una mísera choza que no constaba sino de una sola habitación con vigas a la vista que no eran, de hecho, más que unos palos toscamente tallados que se inclinaban desde la pared, cubiertos de hollín y curiosamente repujados con telarañas. La chimenea era poco más que un gran agujero practicado en el lateral para que el humo saliera, y la ventana, si podía llamársela tal, estaba tan completamente taponada de heno para protegerse del mal tiempo que no podían verse sino unas pocas partículas de luz a través de la abertura.

Mas en esta mísera casucha vivía un ser humano solitario, una anciana llamada Ann Ramsay, pero más conocida por el título de «la bruja». Era pequeña, delgada, estaba muy encorvada y era muy vieja. Su carne era de un tono marrón oscuro y tan enjuta y flaca que le colgaba de los brazos en diversos pliegues. Todo su rostro estaba ajado, sus ojos eran pequeños y las cuencas, rojas, como si estuvieran inflamadas de una enfermedad o de rabia. Su cabeza era alargada y estaba hundida entre los hombros. Su nariz era prominente y ganchuda, aparte de que estaba constantemente manchada de rapé.²⁰ Sus labios eran pálidos y su único diente, pues no parecía tener sino uno, se sostenía proyectando su arco negro sobre la parte delantera de la amplia boca. En pocas palabras, era tan horriblemente fea que nadie se le pondría a menos de dos yardas cuando se aproximaba. Tal era el fiel retrato de la bruja de Ravensworth.

El mobiliario de la casita de la *dame* Ramsay era muy adecuado a su mísera morada: constaba de un colchón de paja enrollado en un rincón de la habitación y cubierto por una manta sucia y andrajosa; una antigua mesa de madera tallada y un taburete de tres patas, siempre colocado cerca del hogar, en el que la vieja bruja se sentaba; un trozo de cristal roto, de forma diagonal, con pequeños restos de mercurio, colocado sobre el bajorrelieve de una parte de la pared, cuyo yeso se caía por los años; un jarro, una escoba de abedul y una gran cazuela de hierro, o caldero, completaban el inventario de los efectos de esta miserable casucha.

Se podía ver a la bruja sentada en su taburete de tres patas la mayor parte del día, muy encorvada, con los codos clavados sobre las rodillas y la barbilla descansando sobre los apoyos que, para ello, hacía con las palmas de las manos. En esta actitud se suponía que la *dame* Ramsay planeaba sus maliciosas maquinaciones, pues era entonces cuando, quienes por casualidad pasaban cerca, oían frecuentes palabras ininteligibles que provenían de sus labios: en esos momentos la bruja parecía estar amenazando o blasfemando. De hecho, no había quien albergase

la más mínima duda de que tales actuaciones se debían a que estaba ocupada comunicándose con el espíritu maligno.

En el rincón de enfrente, cerca del hogar, se veía a menudo sentado y mirando a la bruja, directamente al rostro, a un gran gato gris, raquítico, delgado, el compañero fiel de sus tardes. El cuerpo de esta criatura era de una longitud poco común; la necesidad agarraba en pinza su cuello y lomo; sus ojos, grandes y redondos, empezaban, por así decirlo, en las cuencas; sus inmensos bigotes estaban constantemente extendidos, como para olfatear la sangre que le deleitaba lamer; sus altas patas delgadas le alzaban por encima de la talla usual de esos animales, y sus largas garras podían sacar con facilidad la carne de la rata torturada que se hubiera convertido en su presa.

Un gran cuervo negro también era habitante de esta mísera morada, y se le podía ver dando saltitos por el suelo y agitando una de sus grandes alas de negro azabache, pues la otra estaba cortada al ras para impedir sus excursiones al páramo.

La bruja Ramsay era hasta tal punto el terror de los alrededores, en un perímetro de varias millas, que ningún hombre, mujer o niño pasaría cerca de aquella parte del páramo, en cuyos límites estaba su morada, a menos que fuera por absoluta necesidad, o por desconocer el camino. Corría el rumor entre la pobre gente del pueblo más cercano de que la bruja de Ravensworth había llegado invisiblemente a tomar posesión de la choza, que llevaba vacía un gran número de años. La creencia tradicional decía que nadie sabía cómo había llegado hasta allí, ni de dónde venía; que apareció de súbito; que no tenía padre ni madre; que no tenía parientes; que se había dado a sí misma el nombre de Ann Ramsay, pero que nunca se había sabido de otro apelativo por el que fuese llamada que aquel de «la bruja».

Muchas eran las historias extrañas relatadas por los campesinos sobre esta mujer extraordinaria, y un sinnúmero los ejemplos de sus poderes de brujería. Declaraban que los padres habían perdido a innumerables niños en el vecindario de la bruja, y que nunca más se les había visto u oído. Estaban dispuestos a jurar su convencimiento de que la bruja Ramsay se había llevado a estos pequeños y había acabado con ellos. Rumoreaban además, y muchos atestiguaban, que la bruja tenía tendencia a alimentarse de la carne de bebés recién nacidos y que se habían oído con frecuencia los gritos de niños pequeños que ella azotaba o torturaba hasta la muerte.

Los guardabosques habían intentado en vano llevar a la bruja de Ravensworth ante la justicia: no había ni una sola cosa que se pudiera demostrar bajo testimonio firme contra ella, aunque las pruebas presuntivas eran lo bastante sólidas como para convencer a todos. Era necesario, sin embargo, que los testigos respaldasen las pruebas circunstanciales a partir de su propio conocimiento de los hechos. Tales pruebas no eran, sin embargo, fáciles de obtener. Declararon que, en la sala de la audiencia, en el preciso instante en que iba a abrir la boca, unas pavorosas convulsiones se apoderaron de un hombre que se había aventurado a presentar cargos de brujería contra ella, y expiró poco después sin ser capaz de ofrecer su testimonio. Otro, que había hablado de sus malditas artes, quedó poseído súbitamente por un espíritu maligno, y se rumoreaba que un tercero se había quedado mudo de asombro por su dominio de las artes oscuras. Declaraban que su destreza con la magia era tal que, de hecho, podría transformar y alterar con facilidad los rasgos de un hombre, mujer o niño hasta tan alto grado que ni siquiera sus parientes más cercanos

podrían reconocerlo, y que sería capaz, si le complaciera, de convertir a cualquiera que tuviese la suficiente poca cabeza como para ofenderla en repugnantes reptiles tales como murciélagos, tritones o lagartos. En pocas palabras, todos sentían terror y horror con la mera mención del nombre de la bruja, y la sangre de los aldeanos más atrevidos se helaba ante su proximidad. Muchos que se la encontraron por el camino accidentalmente nunca se recuperaron, y de algunos que fueron lo bastante temerarios como para visitar su choza nunca más se supo.

Hasta el aire que rodeaba la morada de la bruja era pestífero: se podían observar a serpientes, víboras y grandes gusanos repugnantes deslizándose a través de las malas hierbas pestilentes y en torno al estercolero de su puerta, y, en los días de verano, se podía ver a un sapo de los más grandes tumbado a pleno sol en el umbral de su casucha.

Se decía que los rebaños de vacas y ovejas que se alimentaban cerca de la morada de la bruja morían a diario por la podredumbre, y alrededor de la choza misma no crecía ni una brizna de hierba. Las otras casitas del páramo tenían pequeños jardines contiguos en los que se podía ver la rosa y el jazmín junto con la verdura sana para la humilde mesa de sus dueños, pero el entorno de la casucha de la bruja era un trozo yermo de terreno, repleto de cicuta y otras malas hierbas venenosas, pestilentes e insanas. Había en el medio una charca de agua estancada, sobre la cual podían verse miríadas de libélulas de alas transparentes yendo disparadas de lado a lado.

La exigüidad en torno a este lugar tan solo podía explicarse por la cercanía de la morada de una bruja, mientras que, aunque las otras casitas pertenecían a gentes pobres, eran, empero, honestas.

²⁰ Aquí encontramos un anacronismo, dado que el rapé (un preparado a partir de tabaco molido para ser inhalado) no se consumía en Europa en los siglos XII-XIII, pues tal práctica procede de la América precolombina y el propio Colón dará testimonio, tras el descubrimiento, de esta costumbre. No será hasta la segunda mitad del siglo XVI cuando el tabaco se introduzca en Europa.

CAPÍTULO II

Una explicación sobre el barón de La Braunch

A menos de una milla de distancia, hacia el oeste de la choza de la bruja, en medio de un grupo de colinas y cascadas, con la sombra de un extenso bosque a un lado, se alzaba el castillo de La Braunch, accesible tan solo por sus puentes levadizos, de los que había un número de siete.

La vista alrededor era imponente y majestuosa. El roble de grueso tronco y el alto abeto se erguían majestuosos por encima de los otros árboles. Una cascada del rápido e impetuoso río Eden enriquecía el paisaje y los numerosos rebaños de ovejas que cubrían los campos circundantes ofrecían al punto una imagen de la riqueza y felicidad de aquel terreno.

Uno de los antepasados del barón había edificado el castillo de La Braunch en torno a la época de la conquista normanda,²¹ y era lo único que quedaba del patrimonio que había recibido de su padre.

El barón de La Braunch destacaba por la talla de su estatura, pues medía más de siete pies y seis pulgadas. Sus miembros estaban formados con una proporción elegante, aunque atlética. Sus ojos eran grandes y redondos, y brillaban con firmes miradas de orgullo y desafío. Su semblante era feroz y la sonrisa que, en ocasiones, aparecía, era poco más que la sarcástica expresión del desprecio o del desdén. Cuando caminaba, pisaba el suelo con una firmeza y dignidad que imponían temor y respeto.

El barón de La Braunch mantenía la cabeza erguida, con altiva superioridad, por encima del resto de caballeros y barones de la corte de Eduardo.

El barón era heredero de un progenitor que había despilfarrado prácticamente el total de su fortuna en los gastos profusos y suntuosos de la casa y la mesa, y en el juego. Había perdido la mayor parte de su fortuna principesca en el juego del ajedrez, uno de los divertimentos favoritos de los caballeros de la cruzada cuando quedaban libres de los deberes del soldado.

El barón fue educado al cuidado del monje Velaschi.

El monje Velaschi era un perfecto juez del corazón humano y conocía todos sus pliegues y recovecos. Era dueño de una dosis poco común de prudencia y discreción. Nadie podía juzgar sus actos, que en ocasiones parecían ser nobles y desinteresados, pero que más frecuentemente estaban envueltos en un oscuro velo de misterio, que parecía ocultar cierto propósito maligno o vileza. Velaschi era un erudito y diestro en las artes cabalísticas. Eran muy pocos, pero había quienes, mientras trataban de ganarse su amistad, temblaban por temor a su disgusto. Sabían del gran favor de que gozaba entre los mayores barones de la época y de los medios que tenía para

servirlos, o, de otro modo, Velaschi habría sido abandonado, o evitado, a causa de desconfianza y pavor.

Tal era el monje Velaschi, y tal el maestro del barón, quien, conforme crecía hacia la madurez, se convertía en esclavo de una ambición desmesurada. Sin embargo, habiendo descubierto a temprana edad que no podía desarrollar fácilmente el modo de adaptar su espíritu altanero y decidido a sus perspectivas, bien a partir de los ingeniosos preceptos del monje, bien a partir de su carácter natural, se había acostumbrado a sonreír por igual al desprecio, la estima o el odio del mundo. Cualquier medio que pudiera guiarle hasta el favor de la fortuna le parecía loable al barón de La Braunch: cobarde, mas temerario; vindicativo, autoritario y ambicioso, mas, cuando convenía a su propósito, gentil y cortés; altanero con aquellos de quienes no esperaba nada, y lo bastante abyecto y mezquino para someterse a cualquier designio de aquellos cuya protección y favor deseaba ganar. Aun sin ser lo bastante atrevido como para cometer grandes crímenes, sí era lo bastante depravado como para estar deseando cometerlos en cualquier momento, siempre que el temor a ser descubierto no se lo impidiera. Vil, distinguido, mezquino y orgulloso, el barón mostraba estos fuertes impulsos e inclinaciones del ánimo que, bien dirigidos, podían hacerle famoso o infame. En una palabra, el barón de La Braunch era un consumado y rematado hipócrita, y hasta tal grado de perfección había llevado el arte del disimulo, a través de las diabólicas máximas que había establecido, que podía aparentar benevolencia, sensibilidad o compasión en el mismísimo instante en que su ánimo estaba rabiando con las más discordantes pasiones, animosidades y barbaridades de pensamiento de las que el corazón humano es capaz.

El barón de La Braunch era un maestro en el arte del engaño y un cobarde de corazón. Debía, sin embargo, muchos de los honores que había recibido a la exhibición de un valor indómito, pues, aunque era lo bastante mezquino como para obtener cualquier provecho injusto o cruel, también era, cuando se veía obligado a luchar, temerario en el choque, y se había destacado mucho en la guerra santa. Su figura era, de hecho, de la estatura más noble y su fuerza, prodigiosa. El escudo que portaba, hecho de mimbre, era de dimensiones poco comunes y en la superficie tenía grabado y pintado un león enfurecido y saltando sobre su presa. Su casco, que era de oro, lucía una cresta de crines de caballo tintadas de rojo, y las armas que portaba eran la jabalina y una pesada hacha de batalla. En el campo, en el torneo y en la cruzada, el barón de La Braunch era considerado un caballero bravo y gallardo. En casa, y entre sus vasallos, se sabía que era desconfiado, suspicaz y cruel, que se deleitaba con los combates de animales, insensible a la piedad, indiferente a las quejas y sufrimientos de los pobres.

El barón de La Braunch nunca se había casado, aunque se hablaba a veces de una confusa historia sobre su infidelidad a una dama, de nombre Gertrude, pero no había nadie que pareciera estar lo suficientemente enterado de los hechos para relatar cómo había terminado el asunto.

El barón, cuyo espíritu orgulloso y autoritario no podía soportar la superior condición de otros caballeros, sufría continuamente los reproches más agónicos y severos sobre cuán insuficiente era su fortuna para mantener el alto rango que ostentaba.

Así pues, la riqueza era el gran objetivo de su ambición, y su imaginación vivaz y turbulenta nunca descansaba un instante por un tema que consideraba tan fundamental para su felicidad. Por lo tanto, se prometió la completa posesión de su deseo predilecto, dispuesto a adquirirlo a

cualquier precio.

Por fin, la estrella más brillante del horóscopo del barón brilló con todo su fulgor. Vio, y halló, los medios para ganarse el favor de *lady* Bertha, la viuda del bravo y rico lord Edward de Martindale, que cayó muerto en la segunda cruzada tras sostener un combate con dos caudillos infieles durante más de dos horas y media, y tras haber matado a uno y herido al otro.

Lady Bertha era de figura alta y majestuosa. Su forma, todo lo que pueda imaginarse de simetría y gracia. Su rostro era la expresión de la más pura castidad y dignidad de alma: sus ojos brillaban con miradas de caridad y benevolencia, sus modales eran los más amables y corteses, y, cuando hablaba, la dulzura de su discurso era tal que todos permanecían en silencio ante sus palabras. *Lady* Bertha se parecía más a un ángel que a una mujer, y sus incomparables virtudes la posicionaban entre las primeras damas de la corte británica.

Lady Bertha había tenido un hijo de su difunto señor, que nació unos pocos meses antes de la muerte de su padre. Este pequeño era el tierno objeto de sus cuidados y fue a consecuencia de la situación del niño que buscó la amistad del barón de La Braunch, quien, bajo la apariencia del carácter sagrado de aquello, buscó hacer prosperar el cortejo que tenía en perspectiva.

El barón, sin embargo, tenía tan gentiles atenciones con el pequeño y mostraba tan gran respeto a *lady* Bertha, que ella permitía sus insinuaciones sin la sospecha de los propósitos que había concebido desde el primer instante en que la contempló, y que acechaban en su seno, aguardando tan solo una oportunidad apropiada para su ejecución.

El barón, versado en todas las artes de la falsedad y hábil en la persuasión, halló los medios finalmente para hacer creer a *lady* Bertha que el amor que le profesaba era honesto y sincero, que estaba basado en amistad y estima, y, como aliciente más fuerte, insistía en que la mejor protección que podría dar a su hijo sería la de confiarlo al cuidado de un hombre de su enorme carácter e importancia en la corte.

El orgullo y el reconocido valor del barón de La Braunch mantenían alejados a los otros numerosos caballeros que gustosamente habrían ofrecido su mano a *lady* Bertha: la vigilaba tan de cerca y la asistía tan diligentemente que no quedaba ninguna oportunidad para los menos aventurados. El barón, por lo tanto, cortejó a *lady* Bertha sin ser molestado, y con éxito.

Apenas había transcurrido un mes tras el periodo usual y propio de las damas para llorar a sus caballeros fallecidos antes de que el barón lograra la promesa de su mano, y no antes se fijó un día para la celebración propiamente dicha de las nupcias.

²¹ Este dato sirve para indicar que la familia La Braunch fue de las primeras que llegaron a Inglaterra junto con las tropas normandas que, comandadas por Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, vencieron a los sajones en la batalla de Hastings (14 de octubre de 1066), en la que murió el rey sajón, Harold II. El duque, que pasaría a la historia como Guillermo I el Conquistador, fue coronado rey de Inglaterra el día de Navidad de aquel mismo año. Dado que la acción se sitúa en torno a la segunda cruzada, esto implica que la familia La Braunch llevaba menos de un siglo en Inglaterra.

Preparativos para una boda

El servicio del barón de La Braunch lo componían los siguientes personajes: Hathbrand, su escudero, un pelotillero servil y rastrero entregado a los intereses de su amo y desviado de todo sentimiento de honestidad y honor por las promesas y perspectivas que se ofrecían a su ambición. La noble franqueza requerida, y que resulta propiamente de la naturaleza del hombre, había cedido a una obediencia tácita y despreciable.

Doric, el viejo mayordomo, proveedor y vigilante del castillo. Bastante honesto, pero era así por mera costumbre y por la necesidad que su condición tenía de esta virtud. La cabeza de Doric estaba, aparte de en el desempeño diario de sus funciones, ocupada constantemente en el estudio de las matemáticas, con las que se enredaba en ocasiones hasta tal punto que su trastorno se parecía mucho a la borrachera. Doric era de medirlo todo al cuadrado y al cubo, y, como el barón era demasiado altivo como para mirar a cualquiera del servicio que estuviera por debajo de su escudero o para observar sus actos, al viejo Doric se le dejaba la libertad de estudiar tanta geometría y trigonometría como gustase.

El siguiente servidor en importancia en el castillo de La Braunch era Jonas, el copero, quien, felizmente para él, tenía el arte de estar perfectamente sobrio cuando iba borracho, es decir, por la costumbre, siempre parecía tranquilo y con dominio de sí mismo, fuese el grado de su embriaguez el que fuese. Esta serenidad era necesaria en presencia del barón, a quien Doric, así como el resto de criados, soportaba con mucho temor. Jonas nunca parecía tan sabio, ni hablaba tan sabiamente, como cuando había tomado generosos tragos de vino.

Los subordinados de menor rango del castillo eran numerosos y todos vasallos de su señor.

Las sirvientas eran la vieja Ruth, el ama de llaves; Guinefred, la dama de compañía, contratada con el propósito de asistir a *lady* Bertha, y otras numerosas criadas y sirvientas cuyo deber sería servir a su nueva ama.

Guinefred era una criada virtuosa y honesta, de cuyas cualidades el barón nunca sospechó, pues parecía tan perfectamente humilde que la consideraba una criatura apropiada para el puesto que le había asignado, por el temor y respeto con que ella veía a su amo y la obediencia implícita que rendía a sus deseos y órdenes.

Los mayores preparativos de los que jamás se hubiese tenido noticia en el castillo de La Braunch se hacían ahora para la recepción de *lady* Bertha: Hathbrand estaba ocupado en conseguir, en todas las partes del reino, las más ricas joyas y los mejores adornos de vestiduras para la novia del barón, su amo; Doric, el viejo mayordomo, no dejó, por su parte, de buscar y

rebuscar adecuadamente en la bodega los vinos más selectos... y las jarras ya estaban llenas de renanos y borgoñas.

La vieja Ruth, el ama de llaves, había preparado las frutas y conservas más deliciosas, y Guinefred, por su parte, estaba ocupada día y noche en dejar dispuesto para su lucimiento el magnífico guardarropa que la munificencia del barón había ordenado para su consorte.

El viejo Doric y Jonas eran, sin embargo, los que más se regocijaban de la familia al pensar en el inminente evento: durante tantos años habían sido testigos tan solo de la sombría magnificencia del castillo y de la discreción y del comportamiento altanero de su amo, y estaban casi frenéticos ante el cambio que probablemente tendría lugar tan pronto. Los modales del barón también habían cambiado hacia sus criados: sonreía elegantemente cuando daba órdenes y mencionaba el nombre de su prometida con tal afecto y respeto que anticipaban una casa y una temporada con alegrías. Lo que les hacía estar más seguros de esto era que el barón había dado orden de que el castillo permaneciese abierto durante un mes para cualquier extraño, y de que se entretuviese a sus arrendatarios y sus vasallos durante ese periodo. Pocos o ninguno de estos habían experimentado munificencia alguna antes, y la conjetura era que el barón era en verdad un amo bueno y generoso, pero que su riqueza había sido insuficiente para las nobles inclinaciones de su naturaleza.

El castillo mismo adquirió una apariencia distinta: los siete puentes levadizos se habían bajado y todas las puertas estaban abiertas de par en par para el viajero, el peregrino y el juglar. Se tocaban las cornetas mañana y noche desde las almenas, y la música del clarín, la espineta y la trompeta anunciaba la proximidad de la alegre y feliz ocasión que era la celebración de las nupcias del barón de La Braunch.

El día de la boda

El día de la boda, muy temprano, los servidores y vasallos del barón estuvieron diligentemente atareados disponiendo el salón gótico del castillo para el recibimiento de su dama. Los trofeos y estandartes, los logros del barón, se exhibían colgando del techo abovedado, y las espadas, hachas de batalla y lanzas, cruzadas en diversos artilugios contra la pared. Las mesas estaban repletas de la comida más suntuosa y noble, y los vinos más deliciosos estaban listos para servirse. Cada criado iba vestido para la ocasión; el viejo Doric había estudiado una distribución matemáticamente apropiada para la disposición de las mesas, sillas y luces, y Jonas parecía haber hecho reserva de intelecto, el suficiente para disfrutar de las diversas fases de la celebración venidera.

La mañana era buena y el paisaje, alegre con el fresco verdor de la primavera: la naturaleza parecía complacida con el júbilo recuperado entre los honestos aldeanos de los alrededores del castillo, como poco dispuesta a importunar, haciendo descender nubes o con inclemencias, las diversiones que se prometían.

Sobre la hora de las doce del mediodía, cuando los brillantes rayos de sol doraban con su máximo resplandor las torrecillas del castillo de La Braunch, el sonido distante del clarín en el aire en calma anunció a la novia y su séquito de sirvientes, al que se respondió desde las almenas, y, a lo lejos, serpenteando en torno a las colinas, vieron la cabalgata que portaba los estandartes del anterior señor de la dama. El barón de La Braunch, precedido de juglares y asistido por veinte caballeros, salió a recibir a la novia. En este grupo se contaban Bertrand el Atrevido, de gigantesca estatura, que portaba la divisa de la estrella flamígera en su escudo y cuyo yelmo era de oro; Alerias, un renombrado caballero de la Galia, de pequeña estatura, pero tan enérgico que con su agilidad y valor había derrotado a seis caballeros en torneos; Palmerín el Consumado, que hablaba siete idiomas, manejaba el caballo con suma habilidad y arrojaba la lanza de su mano con tal destreza que era sabido que raramente fallaba; Athelbert el Fuerte, que podía manejar una barra de hierro de muchos codos con tanta facilidad como una lanza común; Roderic el Bravo, el de la roja cruz; Roland el Noble; y, en efecto, todos eran caballeros afamados en la caballería y de gran valor.

La novia se aproximó, asistida por doce damas y seguida por doce caballeros y sus escuderos, que portaban en medio de ellos, sobre sus propias divisas, el estandarte que lucía la divisa del dragón fiero y terrible con el que acabó la mano del padre de *lady* Bertha, que era un bravo caballero y había derrotado a varios campeones de Inglaterra y Francia en distintos torneos.

Llevaban al pequeño infante, el hijo de *lady* Bertha con su difunto señor, lord Edward de Martindale, en una litera en la que había un lecho de ropas excelentes cubierto con un dosel de rica seda forjado en oro. Tres sirvientes a cada lado arrojaban flores y rociaban ricos perfumes sobre el pequeño mientras iba acostado. A la vez, los juglares cantaban melodías de júbilo. Los servidores y vasallos del difunto lord Edward seguían al séquito.

Trompetas y clarines sonaron cuando los dos cortejos se encontraron, y el barón, adelantando su blanco corcel hasta el palafrén de *lady* Bertha, se quitó el yelmo de la cabeza y, extendiendo su brazo, saludó a la novia con la gracia que caracteriza a un caballero cortés. *Lady* Bertha, al mismo tiempo, tocándose los dedos con los labios y extendiendo la mano, recibió al barón cuando él, al lado de la novia, dio la vuelta al caballo hacia el castillo y su séquito se unió al de su dama.

Los criados del castillo, que sabían de la proximidad del cortejo por el sonido de las trompetas al pasar por los puentes levadizos, se alinearon a cada lado del salón gótico, y los numerosos arrendatarios de fuera llenaron el aire con su júbilo.

La ceremonia nupcial tuvo lugar en la capilla que pertenecía al castillo y fue oficiada por el padre Velaschi, quien no pudo evitar contemplar a la novia con admiración y estima.

La cena de la boda. La convidada no invitada

El sonido del címbalo, el clarín y la trompeta anunciaron que el barón y *lady* Bertha acababan de sentarse a la mesa.

Lady Bertha estaba a la derecha del barón, vestida de seda blanca, su fino cabello caoba recogido con una cinta de bordado de oro. En el hombro derecho llevaba colocado el blasón del barón y, en el izquierdo, el de su propia familia.

El barón de La Braunch llevaba la armadura completa. Tenía un cinturón alrededor en el que había divisas de animales espantosos y terribles. Su capa, que llevaba echada sobre los hombros, era de color azul y oro, y un penacho de plumas rojas iba en su yelmo, que estaba colocado a su lado. Portaba en su escudo el lema de su padre, quien había logrado frecuentes conquistas en Palestina. Era *Eo triomphe*.

La dama de cada caballero estaba sentada al lado de su esposo, suntuosamente ataviada. No había nada que pudiera exceder la magnificencia y esplendor del banquete. Las jarras de oro que decoraban la mesa estaban todas llenas de los más ricos renanos y borgoñas, y cada copa era también de oro. Las carnes eran de las clases más sabrosas y exquisitas, y se habían tomado las máximas precauciones para proporcionar a los nobles convidados todo aquello que fuese poco habitual o producto de climas extranjeros.

Deleite y júbilo se reflejaban en cada semblante, y los juglares tocaban y cantaban sus baladas más populares junto con algunas escritas en honor de la ilustre novia, que eran recibidas con aplausos apasionados.

Las ventanas y puertas se habían abierto de par en par para dejar entrar las suaves brisas del viento estival del sur y, en los salones exteriores, los vasallos del barón se entretenían con excepcional regocijo.

Un día delicioso se sumó al placentero escenario. Los convidados a la mesa del barón estaban en armonía los unos con los otros y nada se oía excepto el dulce diálogo de cortesía y seducciones.

Tan solo un asiento había permanecido desocupado en la mesa, y tan solo un plato permanecía cubierto. Algún caballero había ignorado la invitación, pero este era un detalle apenas percibido por ninguno de los presentes y que no interfería en absoluto con el regocijo de los convidados.

En un momento en que la conversación había tenido una pausa, y cuando todos los oídos estaban ocupados en escuchar los dulces compases lastimeros de una balada cantada por un juglar, se

interrumpió la armonía de la reunión.

Un fuerte alarido se escuchó desde el extremo más alejado de la mesa.

Apareció el terror en cada rostro.

La música se detuvo.

El cantante cesó su melodía.

Todo era sorpresa y espanto.

La silla libre estaba ocupada.

Era una horrorosa figura deforme la que ocupaba el asiento.

Iba envuelta en un manto negro y una capucha que cubrían todo excepto un pálido rostro raquítico, tan feo que ningún ojo podía mirarlo.

Había tomado una copa dorada de la mesa y se la había llevado a los labios.

Bebió. Sin un brindis. Sin una bendición. Y pronunció una maldición, una maldición horrida:

—Desdicha para la novia.

Todos los ojos volviéronse a una, pero tan solo por un instante, hacia la repugnante cosa.

Seguía en su asiento.

Sonrió.

La reconocieron.

Era la bruja.

Lady Bertha, en cuanto la imprecación salió de los labios de la bruja, cayó desvanecida en brazos de sus sirvientes, mientras que el barón, con una voz severa que hizo temblar los cimientos del castillo, preguntó cómo la bruja había logrado llegar hasta su presencia y, en tono altivo, le ordenó al instante que se marchara.

La bruja se levantó y se alejó lentamente de la mesa.

Al salir, se dio la vuelta y miró severamente al barón, estalló en una fuerte carcajada incontenible, dijo algunas imprecaciones entre dientes para sí misma y se retiró.

Apenas se había marchado la bruja del salón cuando el bello rostro del día se nubló, enormes nubarrones se alzaron rápidamente por el horizonte y grandes gotas de lluvia golpearon en torrentes contra las ventanas góticas.

El regocijo de los convidados había cesado. Una pausa de duda y de estupefacción se prolongó durante un rato considerable. El padre Velaschi usó en vano sus piadosas jaculatorias para vencer la impresión que la maldición de la bruja había causado en los convidados.

Lady Bertha se había retirado con sus sirvientas tras recibir todo el consuelo y ánimo que los cortesanos modales de los invitados podían ofrecer.

El barón, inmediatamente después de que la novia se retirase con las otras damas, burlándose de la interrupción acaecida, sirvió copiosos tragos de borgoña para animarse a sí mismo y a sus convidados, lo que resultó mejor para reanimar la fiesta que todas las piadosas exhortaciones del padre Velaschi.

El recuerdo de la bruja fue ahogado en abundantes libaciones y triunfó la alegría ruidosa y desenfadada, entre la que se perdió cualquier otra sensación, y la inoportuna visita de la convidada inesperada y no invitada no les preocupó más.

El barón recuerda los detalles de la intromisión de la bruja y reflexiona

Al día siguiente, el barón se retiró a su gabinete para poder recordar los detalles de la intromisión de la bruja. Allí consideró seriamente el misterio de su visita y la naturaleza de su imprecación.

Al principio, de hecho, con la natural ferocidad de su humor e ímpetu, habría ordenado a los guardabosques que atrapasen a la vieja desgraciada y la habría sometido a justicia inmediatamente. Hizo una pausa, sin embargo, y al pensarlo bien halló una razón para cambiar de idea. La intromisión de la bruja era una ofensa atroz, pero la maldición que había salido de sus labios no era para él. Sabía, de hecho, que debería, por cortesía hacia *lady* Bertha, hacer alarde de castigar a la bruja, pero no tenía deseo alguno de ir más allá de la mera amenaza. Dio, por lo tanto, orden de prenderla, pero la orden fue revocada en el acto.

El barón, sin embargo, tranquilizaba el ánimo afligido de *lady* Bertha con todas las muestras gentiles y cariñosas de amor y afecto, y le aseguraba su deseo de castigar y eliminar todo aquello que le pudiera causar desasosiego. No obstante, a pesar de esta aparente prontitud para castigar a la malhechora, albergaba ciertamente el secreto deseo de saber más de ella. No era fácil juzgar si contemplaba la posibilidad de que la bruja le fuese útil un día u otro, o si, siendo supersticioso por naturaleza, deseaba conocer el misterio de su visita o los secretos de sus artes. Algo, sin embargo, le impedía ciertamente darle el castigo inmediato que su humor natural, orgulloso e impaciente, le sugeriría en cualquier otro caso.

El barón usó algo más que las diligencias comunes para vencer la impresión que había dejado en el ánimo de su dama la misteriosa visita de la bruja. De hecho, intentó persuadirla de que la maldita anciana estaba loca y no sabía lo que decía. También se esforzó muchísimo en dejar primero claro entre sus sirvientes y criados que su locura era un hecho, y luego, arteramente, les preguntó su opinión en cuanto a la locura real o fingida de la bruja, opinión que, así, preparada, estaba seguro de que sería acorde con la suya. Aprovechó la ocasión, por lo tanto, de preguntarle a Hathbrand, su escudero, en presencia de *lady* Bertha qué opinaba del asunto.

—Hathbrand —exclamó, en tono altivo pero cortés—, cuéntanos qué sabes de esta vieja estúpida a la que los campesinos llaman la bruja. ¿No es una maniaca?

—No cabe ninguna duda de ello, mi señor —respondió el suplicante Hathbrand.

—Cuéntale a *lady* Bertha las historias que has oído referir sobre ella.

Hathbrand se preparó para un largo recital.

—No digas una palabra sobre los poderes sobrenaturales de esta mujer —le dijo el barón,

susurrándole al oído mientras *lady* Bertha caminaba hacia la ventana—, no sea que alarmes el ánimo susceptible de tu señora y yo tuviera que borrar la impresión de este desagradable incidente.

El diligente Hathbrand captó la indirecta al instante y refirió tan solo aquellas cosas que servían para establecer el veredicto sobre la locura de la bruja, tras lo cual el barón, habiéndose asegurado su propósito, exclamó en tono altanero:

—Por mi parte, creo que esta vieja desgraciada debería ser castigada severamente, y daré órdenes a los guardabosques de que la arrastren hasta aquí.

—¡Ay de mí! ¡No me la dejéis ver! —exclamó *lady* Bertha—. Ya estoy suficientemente aterrada y tiemblo ante la mera mención de su nombre. ¡Protegedme, santos benditos, de los conjuros de esa maldita mujer! Pero os ruego, mi señor, que no ejerzáis venganza alguna sobre ella, no sea que la pobre criatura estuviese efectivamente loca. Todo lo que deseo es el amor y favor de mi señor y esposo, y seré feliz pese a la imprecación de la bruja. Al fin y al cabo, no está en manos de los malvados oponerse a la voluntad del cielo.

El barón, con semblante de preocupación y suficiencia, suplicó a *lady* Bertha que calmase su ánimo:

—Si ese es vuestro deseo —exclamó—, que la vieja bruja...

—¡Bruja! —repitió *lady* Bertha—. ¿Es entonces una bruja?

—La estúpida gente ignorante así la llama —replicó el barón despreocupadamente, aunque bastante disgustado por el descuido de su expresión—, pero solo es, en verdad, una pobre vieja pueril que habita una choza en el páramo en la que nadie viviría excepto ella misma.

—Bien, mi señor —respondió *lady* Bertha—, os agradezco vuestra cortesía hacia mí y vuestro aprecio por mi felicidad, pero, a menos que estemos seguros de que habló con malicia o por las malditas inspiraciones del diablo, no dejemos que esta pobre criatura sea molestada. Podría estar loca. No dejemos, por lo tanto, mi señor, que la molesten.

El barón inclinó la cabeza y miró al servil Hathbrand de manera tan significativa que lo entendió y se retiró.

El barón había conseguido su propósito. No importunarían a la bruja, pero él estaba cada día con el ánimo más y más inquieto por el tema de su visita, sus motivos y el significado de su maldición. Era lo bastante supersticioso como para creer en el poder de los espíritus de las tinieblas, pues confiaba en que esas fuerzas podían conceder a sus favoritos los dones de la riqueza y la ambición. De hecho, si no hubiera pensado que poseían esos poderes, quizá habría ridiculizado la superstición que, por ese motivo, permitía que esclavizase su mente. Estaba, cierto es, mezclada con temores sobre el futuro castigo de los crímenes, pero el barón, cuya mente estaba constantemente ocupada con planes para gozar y asegurarse los placeres y la ambición de este mundo, no tenía tiempo para meditar sobre los hados que un día u otro aguardan a los malvados.

El pequeño Edward, el hijo de *lady* Bertha con su anterior señor, progresaba por momentos en belleza y gracia. Tenía ahora unos quince meses y era extremadamente cautivador.

Casi la totalidad del tiempo de *lady* Bertha lo absorbían sus tiernos cuidados a este pequeño, pues era una madre gentil y afectuosa, así como una dama noble y consumada.

Sucedió ahora, sin embargo, que *lady* Bertha le hizo cierta promesa de un hijo a su actual señor,

el barón, promesa que se reforzaba diariamente por la apariencia que adquiría su figura.

El barón de La Braunch, como puede suponerse, se sentía muy complacido ante la posibilidad de que resultase ser un varón, pues, aunque las ricas heredades del difunto señor de Martindale pasarían al pequeño Edward, el barón pensaba, empero, que podía suceder que el niño muriese y, siendo él el siguiente heredero, por derechos de su dama,²² las fortunas completas de cada casa pasarían a la prometida descendencia de sus entrañas: tales eran, en ocasiones, las halagüeñas, orgullosas y brillantes esperanzas que ocupaban la cabeza del barón. Conseguía, sin embargo, dominar su humor admirablemente hacia el pequeño Edward. Más aún, hasta acariciaba, en ocasiones, al creciente objeto de su odio.

²² Se trata de una referencia a *iure uxoris* («por derecho de la esposa»), la práctica mediante la cual el marido, al casarse, recibía los títulos y propiedades de su mujer.

La explicación de los criados sobre la aparición de la bruja, con sus reflexiones a continuación

La aparición de la bruja en la cena había tenido un efecto maravilloso sobre todos los servidores. Ninguno de ellos se aventuraría a entrar a solas en los aposentos y sus conjeturas sobre la visita de la bruja eran igual de curiosas. Exageraban su anuncio como una maldición sobre toda la familia y cada uno comenzó a descubrir en sí mismo los efectos de su malicia. El viejo Doric fue el primero en declarar que, por las medidas de su jubón, le habían envenenado y había aumentado sensiblemente de peso. Jonas también sentía efectos extraordinarios y, desde la visita de la bruja, se había deteriorado en igual proporción al incremento de su amigo. Las doncellas también sentían síntomas poco comunes, y cada una comenzó a hacer cálculos sobre su inminente decrepitud. Jonas, sin embargo, recurría a bebidas espirituosas para ahuyentar a la hechicera, algo que hacían de manera tan completa que para cuando llegaba la noche estaba totalmente convencido de que sus temores no tenían fundamento y gozaba del mismo estado de salud que antes. Tampoco carecía Doric de sus métodos para consolarse: aplicaba las matemáticas y, como no podía encontrar nada como la demostración de que los catetos de un triángulo rectángulo son iguales con respecto a las cualidades infernales de la bruja, estableció en su cabeza la proposición de que estaba verdaderamente loca, ergo cualquiera que la considerase una bruja debía estar loco, y que no se requería ningún conjurador para descubrir que tan solo era una pobre vieja.

A pesar de la autoconciliación de ideas de estos ingeniosos criados tras la batalla de sus opiniones en su propia cabeza, tenían no obstante en sus momentos sobrios y de reflexión pavor a las consecuencias del encuentro con la bruja en el castillo; y estos sentimientos de consternación los mantenían vivos cada día los campesinos en el mercado, siempre fieles a la hora de aportar pruebas que prácticamente hacían tambalearse la lógica del propio viejo Doric.

CAPÍTULO VIII

El nacimiento de un hijo

El momento del parto de *lady* Bertha se aproximaba rápido. Los clarines hacían sonar solo las notas más suaves desde las almenas, se amortiguaba el sonido de los tambores y la guardia hacía la ronda con cuidado a través de los jardines del castillo.

Por fin llegó el momento.

Una noche, fueron despertados los criados del castillo y, sin problemas, su señora dio a luz un niño, para inenarrable satisfacción del barón.

Al día siguiente, los clarines sonaron alegremente desde las torrecillas y se despacharon correos por la región, con las buenas nuevas, a los distintos caballeros que tenían amistad con el barón. No descuidó aquel orgulloso señor comunicar las noticias al rey, lo cual hizo de su puño y letra.

El barón de La Braunch veía en este pequeño la firme garantía de su futura buena fortuna en la vida. Sin embargo, cuanto más reflexionaba sobre sus prometedoras perspectivas de honor y riqueza, más aumentaba su animosidad hacia el pequeño Edward. *Lady* Bertha, por otra parte, se regocijaba tanto con el nacimiento de un pequeño que le prometía el afecto incrementado de su señor, que sus diligentes cuidados hacia su anterior hijo quedaron divididos. Todavía amaba al pequeño Edward, mas las pretensiones de cuidados de su madre por parte de aquel niño eran en parte substituidas por la reclamación de una atención más inmediata y necesaria.

El barón de La Braunch hizo saber los preparativos previstos para el bautizo del infante, evento que prometía otro día de celebración para los criados del castillo y los numerosos arrendatarios del campo circundante.

CAPÍTULO IX

Los preparativos para el bautizo

El más oficioso y ocupado en este acontecimiento, igual de hecho que en todos los demás, era el viejo Doric, el mayordomo y proveedor del castillo. Conjeturó correctamente que, de un aumento de la familia, por progresión aritmética, se deducía un aumento de las reservas de provisiones, y tuvo la precaución de almacenar bastante como para atender la casa durante un mes.

Guinefred no estaba inactiva: estaba atareada disponiendo la espléndida decoración del lecho del pequeño y el atuendo con que iba a estar vestido en la pila.

Jonas se sentía muy complacido con la promesa de más celebraciones. A decir verdad, se resistía a todo lo que fuese monotonía o melancolía, y nunca estaba tan feliz como cuando todos lo estaban también.

CAPÍTULO X

El bautizo

Por fin el día del bautizo llegó. Se invitó a muchos convidados.

Mandaron ir a buscar al padre Velaschi. Los juglares volvieron a preparar sus arpas para las canciones de júbilo y fiesta, y la suntuosa mesa volvió a estar repleta de las delicias más selectas.

Las puertas del castillo se abrieron de par en par. Apareció una fila de caballeros con sus damas cruzando cada uno de los siete puentes levadizos, pero el barón tenía, en esta ocasión, visitantes más ilustres que en la anterior. El príncipe Eitelredo le honraba con su presencia y la princesa Argalia, la de blancos cabellos, la más renombrada belleza de la corte, había manifestado su intención de convertirse en una de las madrinas.

El padre Velaschi llegó justo en el momento de officiar la sagrada ceremonia del bautismo.

El banquete más espléndido estuvo servido, para esta ocasión, en el salón, y el barón y *lady* Bertha estuvieron sentados, como antes, en la cabecera de la mesa, donde ambos honraron a sus ilustres convidados con su cortesía y atención.

El infante, envuelto en un manto de tela de oro donde estaba el blasón del barón, fue presentado a los invitados y recibió las caricias de la princesa Argalia y de otras damas que estaban encantadas con la oportunidad de satisfacer los deseos y la ambición del barón.

La hora de la cena transcurrió sin interrupción alguna de la armonía de los convidados y recibieron la noticia de que la capilla se había iluminado para la ceremonia con deleite generalizado.

Por fin, el cortejo se levantó de la mesa y las damas, asistidas por sus caballeros, fueron a través de la larga avenida desde la sala del castillo al oratorio.

Había tres grandes cirios en candeleros de oro ante el altar y siete incensarios llenos de ardiente olíbano esparcían sus perfumes odoríferos.

La pila

El padre Velaschi estaba atareado con los santos preparativos del bautismo. Repitieron las vísperas de la Virgen María y cantaron el himno del santo sacramento, *Corporis mysterium*. Despacharon a los sirvientes para que trajeran al infante.

Había transcurrido cierto rato cuando se oyó un horrible grito. Apareció el terror en cada rostro. Enfrente del padre Velaschi, en la pila, había una figura de pie, envuelta en un manto oscuro.

Sostenía al infante en sus brazos y, con una sonrisa malévolamente, intentó persignarse en la frente con agua bendita. Era la bruja.

Lady Bertha dio un alarido pavoroso y cayó postrada sobre el suelo de la capilla.

El barón avanzó unos pocos pasos, pero la bruja, tomando al niño por el brazo, lo sostuvo en alto en actitud amenazante, como si, de ser interrumpida, fuese a estrellar al inocente contra el suelo.

El barón, sin embargo, asió el brazo de la bruja.

La bruja soltó su presa.

Lo entregaron a las mujeres.

El padre Velaschi pronunció una oración: *Benedictus Deus*.

El barón, con voz severa, preguntó el motivo de esta segunda intromisión y, rabioso, ordenó que cogiesen a la bruja.

Varios de los caballeros habrían impedido su partida, pero, al colocar la bruja su mano marchita sobre el pecho de Velaschi, el monje se echó a un lado involuntariamente y le permitió pasar.

La bruja sonrió con un aire desafiante que dejó ver su único diente al completo, y masculló al barón, al avanzar:

—Cuando necesitéis a la bruja, la buscaréis.

El barón dio vueltas a esta frase en su cabeza.

El padre Velaschi estaba en oración.

Lady Bertha, con las atenciones de sus sirvientes, volvió en sí.

Tomó al pequeño en sus propios brazos.

Lloró sobre él.

La pavorosa turbación que había producido este incidente impidió, durante cierto rato, que se celebrase la ceremonia del bautismo.

Por fin se pudo continuar. El padre Velaschi leyó el *oremus*. Se aproximó a la pila: bendijo al pequeño, que, por deseo del barón, fue bautizado como Hugo. Cantaron el himno *Lucis Creator*

optime.

Los convidados regresaron a la mesa de la cena cuando el barón dio orden de que se alzasen los puentes levadizos para que todo extraño quedase excluido. La noche, por lo tanto, transcurrió sin ninguna interrupción más, y se logró persuadir a *lady* Bertha, así como a todos los invitados, de que creyeran que la bruja estaba loca.

Las reflexiones del barón sobre la segunda intromisión de la bruja

A la mañana siguiente, el barón aprovechó una ocasión para rumiarse solo, en su jardín, las singulares palabras de la vieja, «cuando necesitéis a la bruja, la buscaréis».

Consideró la frase de la bruja, en parte, como una muestra de resentimiento y, en parte, como una invitación y, conociendo la maldad de su propio corazón, comenzó a pensar que era un favorito de la bruja y que ella lo ayudaría solícitamente con cualquier propósito malicioso que pudiera albergar contra *lady* Bertha o su hijo, Edward, por quien su desagrado se hacía más fuerte cada día, pues sufría toda la desdicha de los celos porque tenía pinta de que el niño viviría para heredar las ricas propiedades de su padre, lord Edward de Martindale, de las que ahora disfrutaba él mismo por derecho de su matrimonio con *lady* Bertha, y que, en caso de fallecimiento del pequeño Edward, su retoño y él heredarían.

Sobre el tema del pequeño Edward, por lo tanto, el barón estaba siempre inquieto y turbado. Descubrió que no podía alejar del todo el afecto de *lady* Bertha de aquel infante, porque por encantada que estuviera con su segundo hijo y deseosa de prodigar al descendiente de su actual señor todas las tiernas muestras de afecto maternal, no podía abandonar del todo al pequeño Edward, que era un niño cautivador y sensato, y la viva imagen de su padre.

Ahora bien, el barón de La Braunch, aunque atrevido en su talante y como un león en la lucha, era supersticioso en grado sumo y temblaba al pensar en una inteligencia sobrenatural que pudiera cubrirlo de mala fortuna, pero anhelaba conocer los secretos del porvenir. No podía explicar, ni encajar, la segunda aparición de la bruja y comenzó a pensar que debía de haber querido decir algo más allá de lo que sus palabras implicaban. En resumen, aunque una vieja abyecta no era digna ni de su desprecio, puesto que se tenía por bruja a esa vieja desgraciada, él albergaba cierto temor a su resentimiento, así como un secreto deseo de saber más de ella.

El barón, por lo tanto, aprovechó una ocasión, a la mañana siguiente, para pasear hacia el páramo. Fue cauto al hacer indagaciones más concretas relativas a aquella extraordinaria anciana y se encontró tanto con sus esperanzas como con sus temores, en parte hechos realidad, en lo relativo a ella: le contaron que era tan maravillosamente diestra con la magia que podía adivinar cualquier cosa que fuera a suceder en el futuro a quienes se dirigieran a ella en busca de información, y que su predicción nunca era errónea; que podía evocar a los espíritus de los difuntos; que podía conceder riquezas y honores a cualquiera que a ella le complaciera concedérselos; que nunca perdonaba una ofensa y que, teniendo el poder, por medio del demonio al que adoraba, de atormentar y desconcertar, ejerciendo sus artes podía producir cualquier acto

de maldad o vileza que le complaciera.

El barón, ante el repertorio de capacidades de la bruja, comenzó a lamentarse por haberla tratado con tanta crueldad y desprecio. Mas, como no podría haber actuado de otro modo, por respeto a *lady* Bertha, concilió aquella circunstancia con sus ideas y pensó únicamente en cómo podría darle cierto desagravio.

El barón albergaba pensamientos de que la bruja pudiera serle útil, y regresó al castillo ocupado con planes y fantasías aparentemente tan locos como lo era su propósito, monstruoso y malvado. Entre otros, lo más extraordinario que se propuso fue una visita a la bruja en su morada para poder saber más de ella por ella misma y juzgar su dominio del arte de la magia.

El castillo iluminado

En una parte casi impenetrable del bosque, cerca de un lugar conocido por el nombre de páramo de Ravensworth, y cerca de la morada de la bruja, se alzaba un antiguo castillo casi totalmente en ruinas y deshabitado de todo ser viviente, algo que se debía en parte a una creencia tradicional sobre diablos que lo frecuentaban, que celebraban entre sus muros una reunión nocturna, y en parte a la cercanía de la morada de la bruja.

Este castillo lo había habitado antiguamente la familia de La Braunch, pero llevaba abandonado muchísimos años a causa de su decadencia y de contar con alojamientos superiores en la otra residencia. Nadie que estuviera vivo por aquel entonces tenía recuerdo de que hubiera estado ocupado.

Numerosos habitantes de los pueblos colindantes al páramo, y aquellos entre los más discretos y sobrios, atestiguaban que por la noche este castillo se iluminaba de súbito. Que a menudo oían música en esas ocasiones y que, de pronto, se apagaban las luces que se veían a través de las ventanas batientes de las torrecillas y todo volvía a quedar completamente en tinieblas.

Ninguno de los aldeanos se aventuraría a desentrañar este misterio. No había nadie que quisiera acercarse lo bastante, de día o de noche, para convencer a sus propios sentidos, ni de hecho podría llegar fácilmente al castillo, pues en el camino había crecido sobremedera el sotobosque y no se presentaba ninguna otra vereda.

El barón, sin embargo, había tomado frecuentemente la determinación de ir a explorar esta antigua morada de sus ancestros. Podría, en efecto, haber hecho fácilmente que despejasen el terreno con la ayuda de sus numerosos arrendatarios, pero se había desviado siempre de aquel objetivo por circunstancias y sucesos que habían reclamado su atención con mayor inmediatez.

Ahora, sin embargo, el barón comenzó a pensar seriamente en una visita a aquel lugar desierto, donde pensó que posiblemente podría encontrar algunas curiosas reliquias de su familia. Se rumoreaba que había allí una valiosa galería de armas antiguas, y curiosas lanzas, y hachas de guerra, con la armadura de sus antiguos propietarios.

El barón consideró que podría incluir en su trayecto una visita a la bruja, a quien su curiosidad y las respuestas que había recibido en sus indagaciones le hacían tener más deseos de ver. Por lo tanto, ordenó a su escudero, Hathbrand, que estuviese a punto para asistirlo, y escogió la tarde siguiente para tal propósito.

En el ínterin, el barón se mantuvo ocupado considerando las preguntas que plantearía a la bruja. Puesto que la ambición y las riquezas eran lo principal en la mente del barón y el constante motivo

de sus meditaciones, puede conjeturarse fácilmente que las preguntas que había pensado irían orientadas en ese sentido.

El motivo de disgusto del barón, y la traba hacia su futura grandeza, era el pequeño Edward.

—¡Cruel circunstancia! —exclamaba el barón mientras daba vueltas en su cabeza a los probables sucesos futuros de su vida—. Cruel circunstancia que ese pequeño mocoso pueda, en unos pocos años más, despojarnos a mí y a mi casa de riqueza y lustre. Que un hijo de lord Edward de Martindale deba apagar la grandeza de la familia de La Braunch, y que mi propio retoño deba quedar pobre y necesitado. ¿Por qué —decía— me casé con *lady* Bertha, sino para lograr el esplendor y los provechos de la riqueza? No estaba prendado de ella, no le tenía verdadera estima. Mi mente consintió esta alianza para responder al propósito de aumentar las fortunas de mi antigua casa. Deseaba la magnificencia de la fortuna, poder lucir los ropajes y la dote de la riqueza, poder tener la atención del rey. Sí, le preguntaré a la bruja por el destino que me aguarda. Preguntaré si el pequeño golfillo va a vivir: quizá esté en el libro del destino que el niño pueda morir pronto. Puede que el pobrecito se vaya al cielo y entonces no inquiete al barón de La Braunch en el goce de su riqueza y magnificencia. Mas, ¿no es posible que esta bruja me cuente algo que pueda contradecir esas esperanzas? Sí, pero mi impaciente curiosidad no me permitirá permanecer en estado de incertidumbre cuando puedo obtener tan fácilmente la información que me es necesaria para mi felicidad.

El barón, de hecho, no podía apartar el tema de sus pensamientos y, aun siendo lo bastante cobarde como para tener pavor de la posibilidad de llevarse una decepción de los labios de la vieja, era empero tan fuerte el deseo de visitarla que se acabó imponiendo, y decidió arriesgarse con la consulta. Su humor se había vuelto, en los últimos días, violentamente irritable como consecuencia de estas sugerencias y temores que estaban en marcha en su cabeza, pues, si bien el barón era siempre altivo, orgulloso e imperioso, puesto que desdeñaba absolutamente hablar con sus vasallos, no se preocupaban por su ira salvo en raras ocasiones. Prácticamente cada orden era comunicada a través de su escudero, Hathbrand, y él consideraba que le interesaba soportar todos los ofensivos enfados de su señor. Siempre era servil y, puesto que nunca se atrevía a responder, la tormenta necesariamente se acababa desvaneciendo.

Lady Bertha poseía esa benevolente dignidad de carácter que, aunque no le procuraba el amor del barón, sin embargo la protegía de la descortesía. De hecho, el barón era un caballero demasiado consumado como para comportarse con grosería con una dama, y aún más con una dama de su rango: sus atribulados pensamientos y pasiones nunca lo entregaron a indecencia alguna en su comportamiento.

La primera visita del barón a la bruja

Fue sobre la hora de las siete de la tarde, en el otoño de aquel año, cuando el barón partió hacia la vivienda de la bruja. La retama del páramo estaba en plena floración y sus cabezuelas amarillas conformaban un paisaje bello y pintoresco que recibía un segundo matiz de los rayos de sol que descendían hacia el horizonte.

El barón de La Braunch, asistido tan solo por su escudero, Hathbrand, cruzó el páramo y se aproximó a la morada de la bruja. Y una vez allí consideró oportuno despedir a su acompañante. No le entusiasmaba, cierto es, la idea de una entrevista a solas con esa ministra del diablo, pero conocía los malvados propósitos de su corazón y el fin que lograría con ello. Sabía que no se atrevía a confiar en ser viviente alguno para que fuese testigo de la conversación y de las preguntas que pudiera plantear a la bruja.

Ya casi había oscurecido y el humo de la choza de la bruja ascendía en una negra columna desde la cavidad practicada al lado de la misma como chimenea. La puerta también estaba abierta y desde allí igualmente salía humo, pero de un tono más claro.

El barón había rogado a su sirviente que aguardase a un centenar de yardas del lugar, bajo el pretexto de que deseaba una hora de solitaria meditación por el bosque.

Cuando el barón estuvo cerca de la puerta de la morada de la bruja, la descubrió dentro, encorvándose sobre una gran cazuela, o caldero, y removiendo algunos materiales con un palo. Desde este caldero salía el humo y, al hacer el barón su entrada en la choza, pensó que el recipiente parecía contener grandes trozos de carne humana. Si su corazón no se hubiera endurecido por la frecuencia de sus crueles imaginaciones, se habría estremecido ante tal visión. No experimentó, sin embargo, sentimiento alguno de ese estilo, aunque un pavor inexplicable a la inteligencia sobrenatural de la bruja se apoderó de él, hasta el punto de que habría abandonado gustosamente el propósito establecido en su corazón si no hubiese la bruja advertido su presencia, pues ya lo había observado y mascullado una bienvenida con sus flacos labios mientras espumaba el caldo de su caldero con un gran cucharón de madera que sostenía.

—Sí, sí —exclamó mientras él se acercaba—, pensé que vendríaís. Bien, ¿qué queréis de mí?

El barón intentó responderle con toda la cortesía en la que era un maestro, mas la maligna sonrisa de la bruja, la visión del caldero, el estado lamentable y la miseria del lugar, la presencia horrida del gato medio muerto de hambre, como si estuviese sediento de sangre y chillando famélico ante su proximidad, el cuervo de una sola ala, todo en conjunto le golpeó con un pánico aterrador, una fría parálisis se apoderó de sus miembros, su cuerpo majestuoso tembló y miró a la

bruja con pavor y horror supersticiosos.

Lo primero por lo que le preguntó el barón a la bruja fue por el camino al castillo del bosque:

—Iré allí, bruja —exclamó—, si sabéis indicarme la vereda.

—Podéis ahorraros las molestias de esa visita —replicó la bruja—. Sus torrecillas son todo lo que podréis ver de él: la maleza y el sotobosque han obstruido durante todos estos largos años la vereda. Además, ¿qué haríais allí? Nadie se aventura a acercarse, tiene espíritus malignos que lo han embrujado.

—Y con tales estáis, bruja —replicó el barón—, a menos que los rumores os contradigan, bien familiarizada. Mas no me temáis, no os importunaré, bruja: tendréis mi protección.

—Más bien diréis que vos necesitáis la mía —respondió.

—¡La vuestra!

—La mía, barón. Sé los propósitos de vuestro corazón y estoy preparada para serviros.

—¿De veras lo estáis?

—Sí... pero no favoreceréis a la pobre bruja.

—¡Por...!

—Tened cuidado con las blasfemias... No... Vos ordenasteis que saliese de vuestra presencia.

—¿Por qué escogisteis, pues, tan inoportuna visita... y después vuestra imprecación?

—Sucederá.

—*Lady Bertha*...

—Será desdichada.

—Mostradme, bruja, estas cosas.

—¿Qué daríais por saberlas?

—Pedid lo que queráis de dinero o favor: tendréis ricos dones de mi munificencia. Solo mostradme los secretos del porvenir.

—No quiero riquezas.

—¿Qué es, pues, bruja, lo que queréis?

La bruja hizo una pausa.

—Decid —repitió el barón.

—¡Sangre! —fue la respuesta de la bruja.

—¡¡¡Sangre!!!

—El alimento de la maldad, de la calamidad, de la agonía, de la aflicción...

—¡Desgraciada execrable! —exclamó el barón aparte—. Bien, bruja, mostradme algunos ejemplos de vuestras artes. Enseñadme, si podéis hacerlo, una de las fuerzas de las tinieblas a las que servís. Mostradme los tesoros del mundo, cómo alcanzarlos y conservarlos. Convencedme de que podéis satisfacer el vasto apetito de mi ambición... y entonces nunca os faltará comida. Mostrádmelo ahora: vengo preparado para los horrores.

—En otra ocasión —respondió la bruja—. Ahora mismo estoy ocupada. Cuando vengáis de nuevo, os revelaré los secretos de mis artes, pero deberéis ser fuerte.

—No me atemorizáis —contestó el barón.

—Bien. Entonces, visitadme —replicó la bruja— cuando la luna haya llegado a su conjunción con el planeta Saturno. No quedan sino unos pocos días para esa configuración... Venid a mí

cuando la marea alta de la maldad haya subido... Cuando los vapores abrasadores dancen por el suelo a medianoche... Cuando el sapo envenenado esté iluminado por la luciérnaga en su húmeda cámara bajo las hojas de la violeta morada... Entonces, el momento estará cerca, los espectros pulularán sobre la tierra, los demonios y diablos estarán activos, fuertes, y serán numerosos, y estarán atentos para la maldad. Entonces, podéis esperar que se cumplan los deseos de vuestro corazón.

—Acudiré a vos, bruja —contestó el barón.

—Así sea.

Inmediatamente, una espesa nube de humo negro y maloliente ascendió y llenó la cabaña. El barón perdió de vista a la bruja y halló la puerta con dificultad, aunque la tenía a su alcance. Volvía a estar al aire libre. Cruzó el páramo hacia el lugar donde había dejado a Hathbrand. Miró a su alrededor: no vio a nadie, mas imaginó que veía sombras que revoloteaban pasando junto a él y se perdían en la retama alta que crecía en el ejido. Sintió terror, pero una malévola satisfacción llenaba su pecho. Saludó a Hathbrand. Una voz respondió: era su escudero.

—Ya ha oscurecido —exclamó el barón—. Vámonos al castillo.

—Mucho ha oscurecido —replicó Harthbrand.

Quedaban ciertos restos de terror en el rostro del barón.

La luna, de vez en cuando, emergía de detrás de los enormes nubarrones que viajaban rápidamente e indicaban la proximidad de una tormenta.

El castillo apareció a lo lejos.

Durante la ausencia del barón, *lady* Bertha estuvo ocupada cuidando de sus infantes. Era tarde, estaba baja de ánimos. Miraba a sus hijos y suspiraba. Besó primero al pequeño Edward. Pensó primero en el pobre Edward, que no tenía padre, y luego besó a Hugo. Los arrulló con una balada:

*Fuerte viento soplaba, oscura era la noche;
un rayo de esperanza sin aparecer seguía.
Los marineros de la naufragada nave
desesperados aguardan la llegada del día.*

*Con ojos frenéticos, la pobre Mary mira
mientras los nubarrones deforman los cielos.
Velas rotas y aparejos que trae la deriva
son, de la tormenta, hórridos trofeos.*

*Y ahora, por crueles dudas angustiada,
ve a uno desafiar al mar que brama.
Era Edward, que tenía la orilla ganada.
Corre y contra el pecho lo abraza.*

Sonó el clarín. Dio la contraseña y bajaron el puente levadizo. El barón entró. *Lady* Bertha trató de reponer su ánimo. No pudo: lo recibió apesadumbrada. Parecía tener cierto indicio

sobrenatural rondándole por la cabeza de que el barón había estado en algún misterioso peligro. El barón se retiró a descansar, pensativo y sombrío.

Tras la visita que el barón había hecho a la bruja, se volvió más taciturno y reservado, y solía pasar el rato en su biblioteca o desfilando durante horas por las torrecillas de su castillo. Ahora dio rienda suelta a las fantasías de su corazón y se obsesionó incesantemente con el gran motivo de su ansiedad: la posesión segura y el goce de la riqueza que tenía en perspectiva, que lo equipararía con príncipes. Sabía que debía usar recursos: sabía que tan solo la bruja podía ayudarlo, que lo haría solícitamente por la animosidad natural que le tenía al bien. Tan solo esperaba que su maldad estuviese a la altura de su propósito, pues había meditado sobre los sucesos y actos de su vida en el pasado y prefería la agresión de los crímenes que con su éxito pudieran guiarlo hasta el cumplimiento de sus esperanzas, antes que la penosa labor del arrepentimiento, cuando el goce se hallaba tan al alcance de su mano.

El barón estaba de este humor un día cuando el pequeño Edward llegó ceceando hasta sus rodillas. El barón le dio una patada, el infante se cayó al suelo. El barón recobró la compostura, lo tomó en sus brazos, le hizo mimos y se lo dio a la sirvienta que estaba por allí:

—Estaba sumido en mis pensamientos —exclamó el barón—. Pobrecito, desdichado pequeñín, lleváoslo de aquí.

La condición de *lady* Bertha

Lady Bertha, que en absoluto sospechaba cambio alguno en el barón, tendría que haber sido una inconsciente para no haber notado la pesadumbre que se cernía sobre la frente de su señor, mas era lo suficientemente discreta como para no interferir en el tema de sus pensamientos. Lo cierto es que un día llegó a preguntarle si había sucedido alguna cosa que le causase desasosiego, pero la respuesta que le dio fue tal que evitó cualquier otra pregunta, y ella era demasiado obediente a su humor como para presionarlo con un tema que le resultaba desagradable.

El barón de La Braunch, aunque comenzaba ahora a descuidar de manera evidente sus atenciones hacia el pequeño Edward, acariciaba empero a su propio infante con toda la ternura propia de un progenitor. Este detalle de afecto tranquilizaba en gran medida a *lady* Bertha: deducía de ello que el barón todavía la amaba y que continuaría haciéndolo mientras aquel pequeño símbolo de la estima de ambos existiera. Estaba, además, feliz por el apego y la obediencia de sus criados, que adoraban a su ama. Guinefred, que era una dama de compañía sensata y alegre, no soportaría que su ama fuese desdichada, ni permitiría que cualquier pequeño detalle del irritable humor del barón afectase a su ánimo. La distraía tanto como le era posible con su agradable conversación, sus entretenidas historias y las baladas que había aprendido, y sabía cantar con dulzura y melódicamente. Estos intentos de la camarera de *lady* Bertha por distraerla eran amablemente aceptados.

El pequeño Edward era el favorito del viejo Doric y de Jonas. El primero estaba convencido de que llegaría a ser un gran matemático; de que tendría, antes o después, el placer de enseñarle cómo resolver un problema y de hacerle comprender los elementos de Euclides. El viejo Jonas estaba encantado, por otra parte, con el aprecio del niño por una gota de vino renano que, por cierto, el viejo copero siempre lograba proporcionarle astutamente cuando estaba fuera de la vista de su señora madre y de los sirvientes. En tales ocasiones, Jonas colocaba al niño en su rodilla y, consciente de que el vino era bueno para todo y para todos, lo vertía por su garganta hasta que se le quedaba dormido rápidamente en los brazos, a consecuencia de lo cual los sirvientes decían que el pequeño Edward nunca estaba tan feliz ni tan tranquilito como con el viejo Jonas.

El barón de La Braunch se pasaba ahora la mayor parte del tiempo cazando. La verdad era que deseaba estar distraído el intervalo de tiempo que tenía que transcurrir hasta el día de su visita a la bruja, por la cual estaba muy impaciente. Tenía clavada la idea de fisgonear en el vasto volumen del porvenir y deseaba conocer tanto lo malo como lo bueno que le aguardaba. Había también visto al monstruo y conocía sus pensamientos teñidos de sangre. Ya no albergaba ni una

sola duda de que sus poderes sobrenaturales, su morada, su apariencia, su habla demostraban totalmente que era una bruja. Se enorgullecía de su superstición, pues creía que las fuerzas de las tinieblas concedían sus dones a voluntad, los cuales anhelaba con tan insaciable apetito. El barón no estaba dispuesto a mirar más allá de los goces de esta vida.

La segunda visita del barón a la bruja

Se aproximaba la hora de la segunda visita del barón a la bruja. Había prestado atención cuidadosamente a las señales. El día llegó. La hora fue en torno a la salida de la luna.

La noche era sombría. Una niebla se extendía sobre el páramo y el sol poniente no había dejado resplandor alguno como promesa de su regreso.

Lady Bertha estaba baja de ánimos y turbada. No había dormido la noche anterior: sueños espantosos habían interrumpido su descanso. Soñó que el barón la apuñalaba en el corazón. Chilló y se despertó. «¡Qué podría hacerme soñar algo tan hórrido! —se dijo a sí misma—. El barón me ama y me trata con respeto. Los sueños son cosas vanas y es una equivocación darles vueltas». Tales eran las sabias reflexiones de *lady* Bertha, y no fue hasta que el barón se retiró para toda la tarde cuando se puso más melancólica.

Los buenos siempre tienen un remedio para estas ocasiones. Se fue volando a la oración y a practicar aquellos deberes que siempre complacen a la deidad, los deberes de una tierna y afectuosa madre. Había abandonado sus temores por ser ingratos a la providencia.

El barón dejó el castillo asistido tan solo por su escudero. Tomó las mismas precauciones de antes. Cuando se aproximó a la choza, quiso proseguir a solas.

El barón observó una luz en la casucha. Tan solo era el brillo trémulo de un fuego que, de tanto en tanto, centelleaba y desaparecía. Levantó el pestillo y entró.

Halló sola a la bruja. Estaba sentada en el taburete de tres patas, junto al hogar.

Pasó un rato considerable antes de que ella hablase.

El gato maulló y caminó lentamente por la estancia.

El cuervo batió su larga ala.

La bruja estaba sentada, encorvada, sus labios parloteando y su boca trabajando.

Parecía ocupada con algunos conjuros.

El barón se quedó de pie, de brazos cruzados, observándola.

Se dirigió a ella.

La bruja no respondió palabra.

Volvió a dirigirse a ella.

No dio réplica.

Se dirigió a ella por tercera vez.

Por fin, lo miró de pleno al rostro.

—Así que sois puntual.

—Siempre lo soy —replicó el barón.

—Sí, lo sé. Cuando los grandes señores quieren cualquier cosa, saben ser puntuales.

—Estáis enojada, bruja.

—Así me pongo en ocasiones, no debéis ofenderos. Tengo que tratar con demonios y diablos, y, en algunas ocasiones, me enfadan y afligen. No soy más que una servidora.

—¿Es una ocasión adecuada para nuestro propósito?

—¡No! Es demasiado pronto: la oscuridad de la noche, la hora de los vapores debe llegar primero. Todavía no hay nada ahí fuera que no sea íntegro. Sois demasiado impaciente, señor. Pero siempre es así: el más rebelde de los sometidos al diablo es el hombre.

La bruja se levantó. Se tambaleó hacia un rincón de la choza donde había un fardo de leña. Sacó una astilla irregular; la acercó al fuego. El extremo de la astilla prendió en llama. Encendió con ella la mecha de un candil de hierro que había en el suelo. Volvió a sentarse.

—¿Ha oscurecido ya? —exclamó la bruja.

El barón miró desde la puerta: la oscuridad de la noche había llegado.

—Ya ha oscurecido —respondió el barón.

La bruja se levantó.

—Bueno, comenzaremos nuestro trabajo. ¿Estáis decidido? —exclamó la bruja.

—Desdeño el temor —replicó el barón.

—Sí, sí, esto está muy bien —replicó la bruja—. Está muy bien, está muy bien.

El barón era atrevido, pero el semblante macabro de la bruja, tan solo iluminado por el pálido brillo trémulo del candil, le infundió asco y horror.

—¿Estáis listo —exclamó la bruja— para ser testigo de los terrores de esta noche?

—Estoy preparado —respondió el barón.

—Bueno, seguidme —exclamó la bruja, sosteniendo el candil de hierro con la mano—. Seguidme.

—¿Adónde?

—No importa, no debéis temer. Estáis bajo la protección de la bruja.

—Puedo defenderme yo mismo de todo mal —exclamó el barón, desenvainando una enorme espada de su costado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Sois maravillosamente audaz! —exclamó la bruja, con una risa incontenible—. Sois maravillosamente audaz, pero no veréis sino a amigos.

—Estoy listo para seguirlos, guiadme.

Al oír estas palabras, la bruja dio un pisotón en el suelo. Un humo denso llenó la choza.

Dio un segundo pisotón. El barón clavó sus ojos atentamente en ella.

La bruja dio un tercer pisotón. El espacio de la cabaña estaba lleno de llamas. Rodearon a la bruja.

—Debéis echaros este manto por el rostro —chilló la bruja al barón, que estaba pasmado ante lo que estaba por llegar—. No temáis —reiteró la bruja.

El barón permitió que le echase el manto por encima. Se halló siendo guiado por un extremo de la capa que la bruja había tomado en su mano. Lo guio unos veinte pasos. Se oyó un lúgubre gruñido conforme avanzaba. Quiso ver adónde estaba yendo y se negó a proseguir.

Cuando la bruja retiró el manto de delante del rostro del barón, este se halló en medio de una cámara abovedada, sin más luz que la de la mano de la bruja.

Al explorar cada vía y recoveco de este deprimente lugar, el barón tan solo contempló penumbra y tinieblas.

La bruja colocó el candil en el suelo.

Los ojos del barón se habían clavado en un oscuro recoveco de la cámara, de donde había oído que procedía un lúgubre gemido. ¡Contempló cómo surgía algo formidable! Era deforme, pero tenía algo de la apariencia de un ser humano. Era enorme su figura, negro su cuerpo y su rostro, amarillento y manchado de sangre. Rugió, al surgir, como un león al que hacen salir de su guarida.

El barón se sobresaltó ante este motivo de terror. Pero, ¡cómo aumentó su horror cuando vio que el monstruo sostenía en una mano una jabalina impregnada de crúor humano y, en la otra, una copa llena de sangre que aferraba contra su seno!

Un chillido distante resonó entonces a través de la cámara, ante el cual el espectro se metió en un recoveco de la cripta, y no se le volvió a ver.

—¿Qué ha sido esto? —exclamó el barón, con el cabello de la cabeza erizado.

—Un demonio —respondió la bruja.

—¿Su nombre?

—Ugall.

—¿Su propósito?

—Inspirar al asesino.

—¡Ja! —repitió el barón.

—¿Estáis satisfecho con mi poder? ¿Querriais ver más o querriais ahorraros el resto?

—Querría ver más. Mostradme los espíritus de los muertos.

—¿De quién querriais ver el espíritu?

—Querría —exclamó el barón, con una mueca altanera y despreciativa— ver el espíritu de Harold.²³

—¿De Harold! ¿Por qué de Harold? Os convenceré mejor de mi poder. El barón olvida que no conoce la figura de Harold. Os mostraré el espíritu de uno cuya figura conozcáis.

—Adelante —replicó el barón.

Todo estaba en calma en la cámara. La bruja dibujó un círculo tres veces alrededor del candil, que daba una luz pálida y lúgubre. Dijo ciertas palabras ininteligibles entre dientes.

El barón observó a la bruja atentamente.

Por fin, desde un rincón de la cripta, se deslizó una figura. Parecía formada solo por éter transparente. No era Harold. Era la figura de una fémica, con una ligera túnica puesta encima. Sus rasgos eran angelicales, aunque pálidos. Portaba una copa en una mano; saludaba con la otra al barón.

¡Por un instante se quedó espantado!

—¡Escondedme —exclamó, pavorosamente agitado—, escondedme de esa hórrida visión! Bruja engañadora, ¿es este el espíritu que quería ver!

Al hablar, el espectro se retiró.

—He visto bastante —exclamó el barón.

—¿Y reconocéis el poder de mis artes?

—Lo reconozco.

—Sí, sí, la bruja pensó que podría convencerlos. Regresaremos, pues —exclamó, arrojando el manto sobre él.

Anduvieron unos pasos. La bruja retiró el manto: estaban juntos en la choza.

El barón se apoyó con el brazo contra la pared irregular. La bruja se había sentado en el taburete de tres patas.

El barón estaba meditabundo. Estaba enfermo de tanto horror, pero complacido y satisfecho con el poder de su agente. Estaba dispuesto a convertirse en servidor del demonio para poder ser el más destacado de los hombres. Sin embargo, no se había recuperado del pánico que los poderes sobrenaturales de la bruja le habían producido.

La bruja habló:

—Barón, conozco vuestros pensamientos. Conozco las maquinaciones de vuestro corazón, vuestros deseos, vuestras esperanzas y vuestros temores. Os he mostrado más de lo que esperabais para que pudieseis estar satisfecho con mis capacidades. Bueno, ordenad, pero deberéis pagarme opulentamente.

—No seré ingrato: ¿cuál es el precio?

—¿Lo obtendré?

—Lo obtendréis.

—Juradlo. Juradlo por el infierno.

—Lo juro, por el infierno.

—Dadme, pues, al niño.

—¡Ajá! Decidme: ¿qué niño?

—El de *lady* Bertha.

—¿Cuál de ellos?

—No me importa cuál, con que sea de *lady* Bertha.

El semblante del barón se iluminó ante esta explicación, pues había un infante al que él habría expuesto de buen grado a todos los horrores del suceso.

—¿Y qué haríais con la criatura? —preguntó el barón.

—No os preocupéis, barón. Traédmelo mañana: lo habéis jurado. Hay que hacerlo mañana.

Al pronunciar estas palabras, la bruja rio. Era una risa histérica.

—Bueno, barón —exclamó la bruja—, ¿cuáles son vuestros pensamientos, vuestras esperanzas? Así se satisfacen los diablos entre sí. Las ofrendas que hacen son seres humanos. Las riquezas y los honores serán vuestros. Seamos amigos: dadme la mano.

Mientras hablaba, la bruja le alargó su palma arrugada.

De mala gana, el barón tocó los dedos paralíticos y ponzoñosos de la bruja.

—¿Puedo contar con este presente vuestro?

—Contad conmigo —replicó el barón.

—Sí, y entonces os llevaré donde reside la fuerza que os puede conceder riqueza y honores, y fama. Que puede hacer daño y destruir, y que os tornará atrevido con la maldad. Eso puede satisfacer vuestros deseos, vuestra codicia, vuestra ambición... ¡Ja, ja, ja! Lo pasaremos bien:

azotaremos y flagelaremos a los tontos, benevolentes y humanos con calamidades en abundancia. Humillaremos y quitaremos las ilusiones, y acosaremos y molestaremos, sí, eso haremos: lo pasaremos bien.

Entonces la bruja comenzó a cantar con todos los horribles gestos de la furia; las notas eran agudas y sonaban fuerte. Sus ojos brillaban, bailaba con los pies y parecía borracha del éxtasis de sus pensamientos.

—Adiós, bruja —exclamó el barón—, el pequeño Edward será vuestro.

—Gracias, noble barón —replicó la bruja, con una sonrisa horrible—. Adiós... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Así acabó la conversación entre el barón de La Braunch y la bruja de Ravensworth.

El barón regresó hacia el castillo, a través del páramo, con la cabeza ocupada por las pavorosas imágenes que había contemplado con sufrimiento y desdicha, mezcladas con las deliciosas promesas que satisfacían su ambición.

²³ No se especifica de quién se trata, lo cual indica que debía de tratarse de un personaje reconocible para el lector británico, pues su solo nombre basta para identificarlo, sin necesidad de apellidos ni sobrenombres. Por ello, creemos que se trata probablemente del rey Harold II, derrotado en Hastings por las tropas de Guillermo el Conquistador (1066), lo cual dio pie al asentamiento de la nobleza francesa en Inglaterra, entre la cual se hallaría la familia La Braunch. Sin embargo, no se puede descartar tampoco que se refiera a Harold, un caudillo vikingo que defendió Bayeux tras el asesinato de Guillermo I de Normandía a mediados del siglo X («Extrait de Hugues de Fleury, *Modernorum Regum Francorum Actus*», en *Les Annales de Flodoard*, Ph. Lauer (ed.), Alphonse Picard et Fils éditeurs, París, 1905, págs. 216-217), lo cual coincide con otros anacronismos relativos a este mismo siglo que parecen inspirar a Brewer en su obra. Que, además, Harold defendiese Bayeux de los ataques de Hugo el Grande, tocayo del primogénito del barón de La Braunch en esta novela, refuerza la identificación entre el caudillo vikingo y el Harold cuyo espíritu deseaba ver el barón, si bien no resulta concluyente.

El regreso del barón al castillo

El barón de La Braunch se retiró a sus aposentos en el instante en que cruzó las puertas del castillo.

Deseaba que no lo interrumpieran y se arrojó sobre un sofá bajo el rico dosel de la sala de audiencias que se utilizaba para acontecimientos solemnes: tenía sus pensamientos ocupados considerando el homenaje y respeto de que sería digno en el instante en que estuviese en posesión de la riqueza del pequeño Edward, y que sería suficiente para colocarlo a la altura de príncipes, o lograr, por la importancia que le otorgaría en el reino, rango y honores añadidos por parte del rey. Vio que, mediante la cruel ofrenda que estaba a punto de hacer, sus propósitos se cumplirían. El niño, sin duda, sería inmolado, ofrecido como sacrificio al demonio, y entonces la riqueza y los principados de lord Edward serían suyos. Pero cómo llevar a cabo este diabólico plan tan secretamente que *lady* Bertha no tuviera conocimiento de cómo se había deshecho del pequeño; cómo hacer que aceptase su misteriosa desaparición, en caso de que se pudiera lograr tal cosa; cómo tranquilizarla hasta llevarla al silencio y la tranquilidad, eran obras maestras de arte que requerían de su más exquisita habilidad. Mas tan vasto para él era el objetivo en perspectiva que, con toda la temeridad de un espíritu atrevido y desesperado, decidió ejecutar su plan.

El barón entrega al pequeño Edward como ofrenda a la bruja

Al día siguiente, el barón, que había organizado cada detalle en su cabeza, apareció ante *lady* Bertha con semblante de excepcional gentileza y autocomplacencia. No solo hacia *lady* Bertha, sino también hacia sus criados. Más aún, tuvo hasta los suficientes modales para acariciar, aquel día, al pequeño inocente que estaba destinado a ser su víctima. Y, todavía más, en conversación con *lady* Bertha y su dama, Guinefred, para planificar ante la afectuosa madre la futura preparación y educación del niño, el curso de sus estudios, sus fortunas futuras, su iniciación en la caballería, su presentación ante el rey.

Lady Bertha, consciente de cada palabra de gentileza y ternura, apretaba al bebé contra su seno. Cierto es que dio un suspiro involuntario.

La noche había llegado y el glorioso sol había retirado su alegre presencia del castillo.

Los sirvientes de *lady* Bertha se habían llevado a su señorito, Edward, a que descansara. Su madre había dicho sus oraciones sobre su pequeña figura mientras él se sumergía en un sueño reparador. El aposento donde el niño reposaba estaba cerca del de *lady* Bertha, y no se acercaba allí otra persona que no fuese ella misma o su dama de mayor confianza, ni podía nadie entrar si no era a través de su propio cuarto. El barón, que frecuentemente dormía en su propia habitación, se retiró temprano a su aposento y ordenó que no le importunaran: se lamentó de estar indispuesto y deseaba reposo.

Lady Bertha reposaba en su propio lecho.

Guinefred, que dormía con el infante, se retiraba normalmente una hora más tarde que su ama: los deberes de su rango requerían de ciertas disposiciones antes de irse a su cuarto. Ninguno de los criados se había retirado aún.

El barón, contemplando una ocasión apropiada, entró cuidadosamente a hurtadillas desde su propia habitación al aposento de *lady* Bertha. Observó que estaba dormida. El pequeño Hugo yacía en su pecho. Vio que ella no tenía el sueño agitado y cruzó, cuidadosamente, al aposento donde el pequeño Edward dormía. Todo estaba en calma. El niño yacía con las manos apretadas, en actitud orante. Tenía un sueño dulce y tranquilo.

El barón atenuó la luz, caminó adelante y atrás. Escuchó. Se detuvo. No había más tiempo que perder. El momento era el adecuado. Puso la mano por debajo del manto en el que el niño estaba acostado, alzó al pobre infante hasta su seno y, cubriéndolo con su capa, atravesó cautelosamente la estancia donde reposaba *lady* Bertha. Había tomado la vela en su mano. Al pasar, la oyó gemir:

el descanso de *lady* Bertha se vio agitado, pero no era consciente del hurto de su amado hijo.

El barón, que había tenido la precaución de sujetar su puerta, escuchó por un instante, temiendo incluso que se aproximase uno de sus propios servidores. Caminó cuidadosamente a lo largo de la galería. Todo estaba en silencio. Descendió por las escaleras.

Había un pasadizo secreto y subterráneo bajo los cimientos del castillo. Nadie lo había atravesado en años. La llave siempre había estado en posesión del barón. El pasadizo llevaba al páramo.

El barón, al descender, sintió la fría humedad. La vela que sostenía alargó su llama azul y se estremeció en el aire húmedo. Prosiguió unos cuantos peldaños más y llegó al pasadizo subterráneo, que se estrechaba conforme avanzaba. El niño dormía todo el rato.

El barón caminaba con brío. Le pareció oír voces detrás, y su imaginación presentó ante él al nauseabundo espectro con la jabalina y el cuenco de sangre. Luego se figuró que alguien iba pisando con brío tras él, a lo largo de la avenida, pero temía más ser detectado o que no se cumpliera algo de su plan que a los espíritus.

Por fin, el barón llegó a la puerta de hierro que, oculta bajo la aulaga y el sotobosque que cubrían parte del páramo, era invisible al transeúnte y desconocida para cualquiera de los aldeanos vecinos.

Solo el barón sabía de tal subida. Acostó al pequeño cuidadosamente en la tierra húmeda, colocó la llave dentro de las fauces de una cerradura oxidada: no se movió. El barón había comenzado a pensar que todo su trabajo y ardid habían sido en vano. Con gran esfuerzo, la hizo girar. Abrió los cerrojos de la trampilla, pero aún no había puesto a prueba los pestillos oxidados que habían acabado quedándose fijos: nada, excepto la gigantesca fuerza del barón, podría haberlos movido. Esta, sin embargo, prevaleció, y el páramo apareció sobre él.

El infante, al que habían molestado los ruidos resonantes provocados al forzar los cerrojos, despertó y comenzó a llorar. El barón intentó hacer callar al niño con cada gesto de ternura y con cada dulce caricia. Puso al pequeño medio dormido contra su seno: creyó que estaba en brazos de su madre y se calmó.

El barón ascendió por los pocos peldaños que llevaban a la trampilla y la empujó con sus manos, pero no encontró un espacio lo bastante grande como para pasar a través de la aulaga, que crecía hasta el acceso. Era esta una nueva dificultad, pero una vez puestos con una maldad, los malos, que siempre están impacientes, no se alteran con facilidad.

Los obstáculos no iban a ser impedimento para el barón: colocó su hombro contra los tallos de los jóvenes pimpollos y, aplastando la maleza y las zarzas bajo sus pies, se abrió paso hasta la parte abierta del páramo, no sin desgarrarse los miembros en la lucha.

Por fin, el barón se halló en un valle que sabía que se encontraba más allá de un ramal del río Eden, bajo cuyo lecho estaba el pasadizo subterráneo. Aquí se detuvo un instante para abrigarse con su capa y entonces, apretando el paso, prosiguió por las más secretas veredas sinuosas hacia el páramo.

Por el camino, los viajeros no se encontraron más que a un transeúnte solitario, un hombre que iba cargado con un fardo de haces de leña a la espalda, sujetos con mimbre alrededor. Al pasar, el niño dio un grito y el campesino llamó con tono hosco al barón para saber quién y qué era, y qué

hacía fuera con un pequeño a semejantes horas, pues la noche había comenzado a ponerse de tormenta, y ráfagas de viento y lluvia interceptaban el camino del transeúnte. El barón no le dio réplica, sino que apretó el paso. El campesino siguió adelante.

A lo lejos, el barón logró discernir la solitaria casucha en la que moraba la bruja por un brillo pálido de luz en la ventana. Apretó el paso. Llegó a la puerta de la choza, dio una voz y la bruja apareció en la entrada. Los ojos de la vieja centelleaban al aproximarse él. Dijo que le había estado aguardando. Miró con una sonrisa malévola bajo su capa: rio entre dientes por lo que vio.

El barón ofreció el niño a la bruja. Esta lo tomó en la garra de sus raquíuticos dedos ganchudos como una araña encierra entre sus colmillos a la indefensa mosca.

Acostó al pequeño en el suelo rojo. En un rincón de la choza descansaba un gran cuchillo que tomó con una mano. Masculló ciertas frases para sí misma. El barón se quedó quieto, observando cada acto de la bruja.

El infante se despertó en este instante y, clavando sus ojitos en la figura nauseabunda y deforme de la bruja, soltó un grito agudo. Era un grito de terror.

La bruja estaba atareada afilando el cuchillo en el suelo. No prestó atención al llanto del niño. El barón estaba inquieto: preguntó si su presencia seguía siendo necesaria.

—Sin duda —respondió la bruja—. ¿No sabéis que debéis esforzaros para alcanzar el favor del demonio Askar, el príncipe de las tinieblas, a quien adoramos? Debéis acostumbraros a las escenas de sangre, debéis familiarizaros con los horrores, que deben ser vuestro pasatiempo, vuestro divertimento.

El barón estaba callado. La bruja se encorvó, alzó el cuchillo de hoja grande, agarró el brazo del niño: dirigió el cuchillo hacia abajo, a su pecho.

En ese instante, una presencia luminosa, como una nube llameante, llenó la choza. Se oyó un ruido rápido. La bruja tembló desde las afiladas puntas de sus largos dedos hasta los dedos de los pies. Se hundió gradualmente hacia el suelo. El cuchillo cayó de sus arrugados dedos. Quedó postrada sobre el rostro, lanzando los aullidos más espantosos y con convulsiones en todos los miembros: estaba en trance.

El barón se quedó horrorizado, desorientado por el asombro y el horror ante el súbito trastorno que sacudía a la bruja. Por fin, la vieja se recuperó gradualmente.

Tomó un trocito de piedra rota, en forma de triángulo, de un rincón de la choza: lo colocó cuidadosamente en el centro del suelo. Juntó algunas brasas vivas del hogar. Dibujó ciertos caracteres cabalísticos en la piedra con el dedo índice de la mano derecha. Arrojó encima las brasas. Se arrodilló. Apartó las brasas, soplando cuidadosamente. Batió palmas con las manos, como con júbilo. Se levantó, tomó al niño con una mano y el cuchillo con la otra. Bailó con el infante en sus brazos y, luego, con los gestos más frenéticos imaginables, corrió tres veces dando vueltas por la choza.

El barón hizo una pausa: se preguntaba qué sería lo siguiente. La bruja estaba furibunda, el pequeño chillaba y, a la tercera, la bruja desapareció con él en sus brazos. Todo estaba en un mortal silencio. El barón se había quedado solo. Meditó sobre lo sucedido. No se oía ni un susurro.

Habían pasado dos, tres, cuatro, cinco minutos. Por fin, la bruja apareció ante él. No había

rastró del niño. El cuchillo de hoja grande estaba ensangrentado. La bruja se sentó en el taburete de tres patas. Estaba callada.

—¡Desgraciada! —exclamó el barón (con excelente disimulo)—. ¿Qué habéis hecho? El cuchillo está ensangrentado... ¿lo habéis asesinado?

—Sí.

—¿Y es para esto que os he traído al infante? —exclamó el barón.

—Hipócrita —replicó la bruja—. ¡Bien que os merecéis los saludos de Askar! ¿No visteis cómo me atormentaba? Yo me habría quedado este selecto bocado, pero el poder de Askar me venció. Yo soy la que tiene más motivo de queja: a mí me roba el demonio codicioso. Me roba mi presa, de la que ni un dedo le ha permitido tocar a la bruja. Ni siquiera el pulgar de la mano izquierda. Os he servido tanto a vos como a él, y yo... yo... el instrumento de vuestra conveniencia y de su placer, me quedo sin nada. Bien, no importa, no osaré quejarme en su presencia. Pero debo conseguir maldad, estoy famélica, tendré que saciarme.

El barón, habiendo llegado a este punto, se habría marchado de buen grado. Malvado como era y curtido como estaba, se hallaba sin embargo ahído de horrores. Deseaba marcharse, poder llevar su villanía a la perfección tranquilizando a *lady* Bertha y haciendo que aceptase su pérdida.

La bruja no estaba dispuesta a dejar marchar al barón.

—Sois ahora —dijo— servidor del poderoso Askar. En el decimocuarto día del siguiente mes se celebra nuestro sacrificio, que el poderoso Askar mismo preside. Si queréis ser afortunado, si queréis ser rico, si queréis tener toda la abundancia y los placeres del mundo, debéis estar allí. Seré vuestra guía. Entonces será el momento de pedir y obtener: sin duda, os colmará de favores.

—Acudiré —respondió el barón.

—Sí, vendréis y veréis nuestras fiestas de medianoche, nuestros juegos, nuestras diversiones. Entonces será el momento de poner a prueba vuestro coraje: demostrad entonces que no tenéis el ánimo de una mujer. Bien, bien... Id a casa y tratad de consolar a la pobre *lady* Bertha. Sospechará de la bruja. Haréis lo adecuado para satisfacer su resentimiento. Hacedme llevar ante vos. No hay prueba alguna contra mí: quedaré absuelta.

—Aun así, os doy las gracias por esto —respondió el barón—. Todo acabará en una conjetura. Adiós.

El barón dejó la choza.

Estalló una tempestad. La lluvia caía a torrentes.

El barón avanzó. Veía con buenos ojos la tormenta: no era probable que hubiera salido alguien que pudiera verlo.

Relampagueaba. Imágenes horribas, de diversas formas caprichosas, revoloteaban o bailaban por todo el páramo ante él.

Oyó al lobo. Oyó al gato salvaje.

El barón llegó a una casucha vacía, buscaba un mediocre refugio bajo su techo.

¡Contempló cómo una figura blanca surgía de un rincón de la casucha! Era una novilla blanca, que se había refugiado en el mismo lugar.

—Qué idiota soy —exclamó el barón— por temer a los espíritus. ¿Acaso no me he acostumbrado a los horrores? Y los malos espíritus no harán daño al hombre que busca su ayuda.

Hubo un relámpago. El trueno rugió inmediatamente sobre la cabeza del barón. Vio abrirse los cielos, con la convulsión de la tormenta, y emanar líquidas cortinas de llamas.

El barón apretó el paso. Estaba todavía más impertérrito. Era experto en horrores mayores. Hasta conocía los misterios del infierno.

Al poco, el castillo de La Braunch hizo presentes sus torrecillas a través de la oscuridad de la tempestad.

El barón tuvo que buscar la entrada al pasadizo subterráneo. La halló con dificultad. Había dejado la trampilla un poquito abierta: entró y la cerró tras de sí.

El candil que había dejado todavía ardía.

Se detuvo en medio del pasadizo para considerar, por un instante, cuál sería la mejor manera de dirigirse a su aposento sin ser visto.

Se sentó a escuchar en los peldaños que llevaban a las escaleras privadas de la galería: todo estaba en calma.

—Todo irá bien —exclamó el barón—. Ya he ejecutado lo más difícil: he acabado con el mocososo. Solo tengo que actuar un poco y el asunto pasará como una sombra. El horrible misterio nunca se descubrirá.

El barón ascendió por las escaleras privadas y entró en la galería donde estaba su habitación. Tenía la vela en su mano.

Si le hubiesen visto algunos criados, no se habrían atrevido a hacerle preguntas.

Se retiró, no para descansar, sino para sufrir turbaciones del ánimo, los conflictos de la ambición y el remordimiento.

El sufrimiento de *lady* Bertha por la pérdida de su infante

Apenas los sirvientes de *lady* Bertha advirtieron la ausencia del pequeño Edward, comenzaron a hacer las preguntas más inquisitivas y angustiadas. Guinefred fue la primera en hacer el funesto descubrimiento. Había entrado en la estancia de su ama y la había cruzado para disponerse a descansar. Miró hacia el lecho buscando al niño y advirtió la ausencia de su pequeña figura, que solía estar acostada a un lado. Imaginó que *lady* Bertha lo habría llevado junto a ella. Se aproximó al lecho de su ama y la halló dormida, con el infante Hugo en su seno, pero el pequeño Edward no estaba. *Lady* Bertha se despertó. Preguntó qué pasaba. Guinefred preguntó por el niño.

—Duerme —replicó *lady* Bertha—, está en su lecho.

—No es así, mi señora —respondió Guinefred—. El niño no está.

Lady Bertha se levantó apresuradamente del lecho sobre el que había reposado. Buscó al pequeño en la cámara contigua: no estaba. Llamaron al instante a los sirvientes y Guinefred comenzó a hacer las preguntas más inquisitivas y angustiadas: preguntó a cada servidor si habían visto, o si sabían, algo de su señorito Edward.

Ni uno pudo proporcionar la información deseada, y en el semblante de cada criado se podían notar señales evidentes de duda y sorpresa.

Era difícil la tarea de regresar con las noticias de que no encontraban al niño por ningún lado, y esto es lo que hacían repetidamente tras las búsquedas renovadas que efectuaron.

El niño había desaparecido. La desdichada *lady* Bertha recibió esta aflictiva información con todo el sufrimiento de una tierna madre. La horrible frase de la bruja, «desdicha para la novia», se precipitó en su recuerdo y cayó desvanecida en brazos de sus sirvientes.

No era necesario ir a la habitación del barón. Estaban convencidos de que el niño no podía estar allí y, tras la orden que había dado de no ser importunado, nadie osaba informarlo sobre el incidente acaecido. Todo era confusión y angustia.

El barón oyó, desde su estancia, el runrún de la aflicción de la que él sabía demasiado bien el motivo, y se quedó absorto, meditando sobre los sucesos que estaban pasando. Su ánimo era demasiado salvaje y feroz como para lamentar la muerte del pobre infante: todos sus pensamientos estaban ocupados con el éxito del plan que había, tan secreta y eficazmente, puesto fin al nocivo obstáculo entre él y su elevada ambición. Ciertamente es que, en ocasiones, temblaba ante los reproches de su conciencia, y reflexionaba esto a partir de todo lo que había leído, que a lo largo de la historia los malditos siempre acababan al final, abandonados por sus diablos guardianes. Sin

embargo, esto era remoto, y había llegado la hora de las riquezas y los honores tan largo tiempo anhelados. El barón confiaba en el poder y la ayuda sobrenatural de la bruja de Ravensworth para protegerlo de las adversidades de este mundo, y no miraba más allá.

Por fin, el barón de La Braunch, atiborrado de éxito con su horrible plan y saciado con la perspectiva de gozar de todo lo que le importaba, consideró que no podría tener mejor oportunidad de hacer uso de sus convincentes palabras, en lo que era tan consumado maestro, que en la confusión que reinaba en el castillo. Por lo tanto, se puso en pie y descendió a la cámara de *lady* Bertha, dispuesto a encontrarse, con frialdad y pretendida ignorancia, con la historia del infortunio.

Lady Bertha, en cuanto el barón entró en su aposento, se arrojó a sus pies y, tomando su mano en las suyas, la bañó en lágrimas: le relató la horrible historia de que al pequeño Edward se lo habían llevado del castillo y la búsqueda infructuosa que se había hecho, con todos los detalles que una madre frenética podría dar de un suceso tal.

El barón, un consumado maestro del disimulo, se quedó como petrificado de estupefacción. Durante un minuto, no pronunció ni una sílaba, pero parecía absorto por la consternación. Por fin, dio un pisotón en el suelo y, con una voz que hizo temblar todo, preguntó quién había entrado aquella noche en el castillo.

El servil Hathbrand, Doric, Jonas, los porteros y los guardias, todos fueron examinados por separado, pero ninguno de ellos había visto entrar a ningún extraño.

Lady Bertha, en su sufrimiento y aflicción, mencionó ahora, por primera vez, sus sospechas en torno a la bruja.

El barón se sobresaltó.

—Pero, ¿por qué la bruja? —exclamó.

—Su horrible maldición —respondió *lady* Bertha— nunca ha estado ausente de mi cabeza.

—¡Cierto! ¡Fue sorprendente! Vieja desgraciada... Sí, podría ser eso.

El barón reclamó a sus sirvientes y dio órdenes inmediatas de que Hathbrand y seis vasallos escogidos buscasen de inmediato a la bruja, la detuviesen y, al mismo tiempo, explorasen su cabaña para ver si encontraban al infante allí oculto.

El rostro de *lady* Bertha brilló de esperanza con esta orden. Fantaseó con que volvería a ver a su hijo una vez más y expresó un agradecido reconocimiento por la sensibilidad de la galante conducta del barón en tal ocasión.

El juicio de la bruja en la sala de audiencias

No habían transcurrido muchas horas antes de que el sonido de la trompeta anunciase la llegada de extraños: eran Hathbrand y quienes lo seguían, con la bruja detenida.

Lady Bertha miraba hacia afuera con impaciencia, y con desesperación y esperanza frenéticas: el pequeño no estaba.

Los criados gritaron de júbilo cuando vieron que llevaban a la bruja al interior del castillo. *Lady Bertha* estaba decepcionada y la pena se veía en su rostro, mas esperaba que le pudieran arrancar alguna información a la bruja.

El barón y *lady Bertha* subieron al trono de justicia, en la sala de audiencias. La bruja estaba de pie ante ellos.

El barón preguntó con severidad si recordaba sus intromisiones en el castillo y las expresiones que habían salido de sus labios.

La bruja respondió con una sonrisa maligna:

—Sí.

—Tenemos poderosas sospechas —dijo el barón— de que vuestras malditas artes y ardidés han provocado el infortunio acaecido en el castillo, bruja, y de que las frases que, en vuestras nunca bienvenidas visitas, salieron de vuestros labios equivalen casi a pruebas contra vos.

—¿Qué he hecho? —exclamó la bruja—. ¿Cuál es ahora el problema? ¡Siempre acusando, siempre incriminando injustificadamente a la bruja!

—¿Sabéis algo? Respondedme directa y sinceramente —exclamó el barón—. ¿Sabéis algo del pequeño lord Edward, que ha desaparecido del castillo?

—No —respondió la bruja—. ¿Qué, se ha perdido? ¡En verdad que cuidáis muy bien de vuestros querubines! ¿Dónde estaban los sirvientes? ¿Dónde la madre? ¿Por qué se me tiene que acusar? ¿Quién me vio? Anda, de haber llevado el precioso niño a la bruja, lo habría cuidado atentamente. ¡Ricura! Sin duda, las hadas se lo han llevado.

Mientras decía estas palabras, la bruja mostró una sonrisa malévola en su rostro que hizo estremecerse de horror a la desdichada *lady Bertha*. No podía descubrir si la bruja era culpable del hurto o si sus burlas eran los reproches de un ánimo enfadado por ser acusada falsamente. Tan solo soltó un fuerte suspiro.

El barón, como era de esperar, fingió encontrar insuficientes las pruebas para los cargos contra la bruja. Apeló a la propia *lady Bertha*, quien respondió:

—Que el cielo no permita que pida yo castigo donde pueda haber la más remota posibilidad de inocencia. Ruego que dejéis ir a la bruja.

La bruja se retiró y, al abandonar la sala de audiencias, murmuró cierta incoherencia inaudible y estalló en una incontenible carcajada.

El barón intentó consolar cuidadosamente a *lady* Bertha y desviar su atención del motivo de sus pensamientos al cuidado del pequeño Hugo, el método más adecuado para él de alcanzar el éxito, sumando a ello que le daba esperanzas constantemente de que el niño siguiera todavía vivo y al cuidado de algunas personas desconocidas, pues, de otro modo, si su intención hubiese sido la de acabar con él, podrían haber llevado a cabo su propósito sin llevárselo del castillo.

Un lapso de algunos años

El tiempo, que ocupa la cabeza con nuevos objetivos y búsquedas, podría haber actuado con igual efecto sobre el carácter de *lady* Bertha si el comportamiento casto y discreto de aquella dama no le hubiese impedido buscar consuelo en divertimentos: su único alivio y consuelo derivaba de sus atenciones al pequeño Hugo y de observar el progreso gradual de su entendimiento. Esto, en cierta medida, obliteraba de su recuerdo la pérdida de su otro infante. También sus deberes para con el barón y sus cuidadosas atenciones a su voluntad la mantenían constantemente ocupada. Tan solo se sentía cómoda cuando estaba atareada en sus quehaceres domésticos y tan solo se la veía sonreír cuando lo hacía con la satisfacción de haber complacido a su señor. *Lady* Bertha, aunque veía el carácter orgulloso y tiránico del barón, era empero tan confiada y poco consciente de que cualquier malvado propósito sacudiese la mente de él, que consideraba su propia felicidad inalterable y permanente en lo que respectaba a su conducta con ella.

Todo estaba ahora en calma en el castillo. La bruja estaba casi olvidada, o servía solo de chismorreos que los criados contaban junto al fuego en el salón. La mente del barón estaba, sin embargo, desasosegada: en ocasiones, su conciencia despertaba recelos y horrores que turbaban su reposo en medio de aquella complacencia y garantía de riqueza y magnificencia que su cruel inmolación del pequeño Edward le había procurado. La visión de la afligida *lady* Bertha le resultaba a menudo dolorosa y le llamaba a una artera reconciliación consigo mismo, basada en que el otro niño, Hugo, recibiría las heredades tras su deceso. Este acuerdo sosegaba en ocasiones su conciencia permitiéndole dormir, y comenzó a pensar que podía haber esperanzas hasta de perdón para él en otro mundo.

El barón de La Braunch, habiendo logrado eliminar al inocente motivo de su temor y aversión, había pensado, vana y falsamente, que disfrutaría del transcurso de los días sin alteraciones. Se sintió estupefacto, por lo tanto, al descubrir que no era posible, pues en ocasiones el recuerdo de los medios que había empleado para asegurarse su riqueza cruzaba por su mente de una manera que lo incomodaba.

Además del constante picotazo del remordimiento, el barón sentía cómo otra sensación turbaba su ánimo: en su interior, *lady* Bertha comenzó a desagradarlo. En algunas ocasiones, accidental e inintencionadamente, le recordaba la misteriosa pérdida de su pequeño infante, Edward. A él también le enfadaba que el niño no hubiese muerto por cierto desorden de la naturaleza, que le hubiese ahorrado la tacha de haber sido el instrumento de su destrucción.

Once años pasaron con sucesos monótonos en el castillo, lo cual en una buena familia habría

constituido uno de los rasgos más notables de su tranquilidad doméstica.

El viejo Doric discantaba frecuentemente sobre el extraño y misterioso suceso de la pérdida del infante Edward, e intentaba explicarlo de varias maneras distintas: a veces, insistía en que el niño se había ido al cielo; a veces, en que seguía todavía vivo y que lo había raptado del castillo alguien de la casa de lord Edward de Martindale que lo criaría en secreto sin que sus padres tuvieran conocimiento de ello. Hasta aquí, sin embargo, llegaba la imputación de culpa a los grandes y poderosos, pues ni la más ligera sospecha recaía en el barón.

Durante este tiempo, el pequeño Hugo creció con todas las fieras inclinaciones de su padre, que lo acariciaba principalmente por ese motivo: era atrevido, malicioso, tenía mal genio y era obstinado. Los servidores del castillo, todos los cuales en distintas ocasiones sufrían su propensión a ir contando historias y mentiras, comenzaron a tenerle aversión. Ni siquiera la benevolente y tierna actitud de su señora madre podía alterar sus perversas inclinaciones. El barón no habría permitido, en ningún caso, que lo frustrasen, y los criados nunca debían contradecir su voluntad. El pequeño Hugo era muy cruel en su trato a los pobres animales que había por el castillo, muchos de los cuales eran torturados para su divertimento. Era, además, tan excesivamente indolente que no se esforzaba en aprender nada de los maestros contratados para enseñarle las habilidades que normalmente se esperaba hallar en los jóvenes nobles destinados a la corte de Eduardo.

El viejo Doric había cogido antipatía a su señorito Hugo porque se reía de las matemáticas. Pero Jonas albergaba cierto respeto por él, pues nunca se mostraba reticente a beber grandes cantidades de vino español y de borgoña cuando se le ofrecían, lo cual Jonas interpretaba como una buena señal y promesa de que se convertiría en un gran hombre.

Lady Bertha hizo cuanto pudo para corregir los indecorosos hábitos y el carácter del niño, pero en vano: crecía con el carácter orgulloso y taciturno de su padre, y prometía ser como él en cada defecto. Un suceso sin embargo se produjo que impidió los males que un humor tal podría haber hecho al mundo. El niño Hugo cayó enfermo, lo cual ocurrió por un caprichoso esfuerzo excesivo que optó por hacer al calor del mediodía. Ni todo el cuidado maternal de *lady Bertha*, ni toda la destreza de los mejores médicos del rey sirvieron para controlar la furiosa fiebre que siguió, que frustró todos los empeños y que triunfó sobre la vida: una circunstancia que, injustamente, redujo los derechos de *lady Bertha* a la estima y el afecto de su esposo.

El palacio de *lady* Alwena

A unas pocas millas del castillo de La Braunch, cerca de la cumbre de una montaña enorme bordeada de sotobosque, se alzaba el precioso palacio de Alwena, que se reconocía desde lejos por la altura y belleza de sus torrecillas, que eran del blanco más puro y de la más perfecta arquitectura.

El palacio de Alwena era la sede del placer. El camino hasta él se hacía a través de senderos de rosales junto a un riachuelo serpentino, que era uno de los ramales del orgulloso Eden, de creciente caudal, cuyas orillas dan las primeras primulas, la violeta de dulce perfume, el lirio blanco y el narciso.

La fachada del palacio de Alwena estaba adornada con cien pilares de mármol de Paros, con pedestales y basas de piedra roja de Corinto y entablamentos de la más rematada y exquisita factura. Los pórticos eran dobles, con una doble hilera de columnas. Las puertas eran de ébano y los balcones de las ventanas del palacio eran del más puro marfil blanco, al igual que las galerías dentro de este templo del buen gusto, cuyo suelo era del mosaico mejor trabajado. Los muros estaban cubiertos de los más ricos tapices y el mobiliario era el más elegante y soberbio.

Lady Alwena era danesa de nacimiento, pero había rematado su educación en las cortes de Italia y Francia, y sus modales participaban en gran parte del carácter licencioso de esos países.

Lady Alwena era de una estatura poco común: medía seis pies y cuatro pulgadas de alto, y estaba formada con unas proporciones exquisitas. Sus miembros tenían una simetría perfecta, y pisaba el suelo con la gracia y dignidad de una princesa. Su semblante era tan abierto y bello como el rico y exuberante rostro del otoño. Sus ojos semejaban gemas centelleantes, sus mejillas eran como la flor del lirio teñida de rosa roja, sus labios eran de un rico carmesí y su cuello y senos, finamente torneados, estaban rematados con la factura más exquisita de la mano de la naturaleza y superaban en su color la blancura del pecho del cisne. Toda su figura era exuberante y rebosaba de la completa sazón de la femineidad.

Lady Alwena había rechazado constantemente toda oferta de matrimonio desde la muerte de su esposo, lord Robert, lo cual quizá se había debido a su deseo de reinar sin control, dueña de sus vicios y caprichos.

Muchos rumores, en absoluto favorables a la castidad de esta dama, habían circulado en vida de su señor mientras se hallaba ausente en Tierra Santa. Pero desde su muerte había dado rienda suelta a sus pasiones y se había permitido amoríos indiscriminados con varios caballeros, que se habían prendado de su persona, y de quienes se deshacía en cuanto su voluptuoso apetito por la

variedad quedaba satisfecho.

Lady Alwena no solo se había abandonado a la lujuria de los deseos incastos, sino que su mente también era impura y malvada. Era orgullosa, altiva, arrogante, autoritaria y vengativa. Podía sonreír con las más fascinantes miradas de amor, pero su corazón estaba lleno de odio y del amargo reproche a la virtud. Tenía una mente prostituida y corrupta. Siempre estaba ocupada tratando de demoler la bella estructura de la castidad femenina dondequiera que la hallase erecta, y estaba constantemente atareada difundiendo calumnias que pudieran acabar con la buena fama y reputación de las virtuosas damas de la corte.

Lady Alwena, quien acababa de tomar posesión de su espléndido palacio, pronto supo de la cercana vecindad del barón y del carácter de la amigable *lady Bertha*. Sabía desde hacía mucho del barón de La Braunch, su alto rango y sus logros.

La entrevista del barón con *lady* Alwena

Lady Alwena deseaba conocer al barón de La Braunch, tanto por su malvada propensión a alterar, si fuere posible, la felicidad de la buena *lady* Bertha, como por su deseo de reclutar al barón para su hilera de admiradores. Y ya había concebido en su cabeza el cruel proyecto de rivalizar con *lady* Bertha por la estima y afecto de su señor.

La ocasión y la oportunidad no se hacen esperar para los malvados. *Lady* Alwena era aficionada a la caza, en la cual se distinguía por su pasmosa intrepidez y destreza en la monta, en la que no tenía igual.

Un día, el barón se encontró por casualidad con la cacería en la que ella estaba presente y contempló cómo llevaba a cabo pasmosas proezas de equitación en la persecución de un lobo escuálido. El barón quedó prendado de su figura y belleza, y se aproximó a ella con toda la gallardía de un caballero cortés y bien criado. A *lady* Alwena no le faltaba, por su parte, esa consumada cortesía que lucen las damas de la corte.

El barón, después de que la caza hubiese terminado, se ofreció a conducir a *lady* Alwena hasta su castillo, y la oferta, en presencia de varios caballeros, fue elegantemente aceptada.

A su llegada al palacio, *lady* Alwena se retiró a sus aposentos para vestirse y dejó que el barón visitase los jardines, acompañado del escudero de ella.

Los aposentos y jardines del palacio de Alwena reunían todo aquello que pudiera encantar y deleitar los sentidos: se exhibían aves del más bello plumaje y se oían los sones más dulces de los distintos pájaros cantores del bosquecillo, además de música, oculta a la vista, pero que parecía por su armonía ser de lira y arpa.

Naranjos y jazmines formaban senderos entre las entradas y extendían una atmósfera ligera y odorífera. Se hacía tocar música suave en las avenidas, como por arte de magia, y fuentes de fluido transparente jugaban lascivamente en estos aposentos del placer, donde el sofá ricamente decorado invitaba al reposo o a la voluptuosidad.

Los lujos de gusto y esplendor eran muy apropiados para deleitar el ánimo turbado e inquieto del barón, que nunca estaba satisfecho a menos que se regalase con alguna nueva invención o gratificación. Su depravado apetito requería que lo tentaran con algo que estuviese más allá del refrigerio buscado por las mentes puras y elegantes.

Lady Alwena descendió de sus aposentos ataviada de la manera más hechizante. Su dama, Constante, versada en todas las artes y misterios de la atracción, había dispuesto de tal modo los paños de su vestido que su elegante figura se veía a través de la fina textura de su lino. Sus senos,

que eran ricos en las exuberancias de la naturaleza, iban lo bastante descubiertos como para mostrar la perfección de sus formas; su cabeza estaba adornada con las más ricas joyas formando una estrella compuesta de crisolita, verde esmeralda, zafiro y ónice, y sus brazos los adornaban ricas pulseras de diamantes.

El barón, que era por naturaleza de carácter lujurioso, se quedó estupefacto ante la exhibición de tantos encantos. Su imaginación bulló de imágenes tan apasionadas de las gracias de la persona de *lady* Alwena que se deleitó en ella con asombro e inmediatamente anheló su posesión. No sabía, sin embargo, el precio que tendría que pagar: debía tratar con una mujer versada en intrigas y que sabía cómo tentar a sus admiradores. Sus aires distinguidos y majestuosos ocupaban el lugar de la modestia para su propia protección e impedían la proximidad demasiado cercana de sus admiradores. Después de conversar y tomar un refrigerio con las frutas y vinos más exquisitos, el barón regresó al castillo encendido con una pasión fatal que nada podía extinguir.

El barón tenía ahora compromisos y tareas nuevos en los que ocupar su tiempo. Abandonó sus acostumbrados hábitos y desatendió sus antiguas actividades: ya no se dedicaba al ejercicio de la caza a menos que *lady* Alwena estuviera presente, y los logros del torneo se rindieron ante el estudio de los adornos de su propia persona, del esplendor de su ajuar y sus sirvientes. Hacía visitas diarias al palacio de Alwena y, encantado con la cautivadora belleza de su dueña y con su fascinante conversación, comenzó ya a descuidar sus atenciones habituales hacia *lady* Bertha, quien empezó a notar la alteración en el comportamiento y la creciente frialdad e indiferencia de su señor, pero era demasiado confiada y buena como para atribuirlo a cualquier causa deshonrosa.

La circunstancia de la muerte del infante Hugo, que el barón habría en cualquier momento anterior llorado como el más cruel de los sucesos, perdió toda su amargura con la contemplación del delicioso solaz que podía hallar ahora en la compañía de *lady* Alwena.

Lady Alwena estaba bien informada sobre las extensas heredades del barón y los principados de los que gozaba por derecho de su esposa, y que ahora se habían convertido absolutamente en propios con la muerte del infante Edward. Sabía también que la ambición de él nunca descansaba y comenzó a sentir que, si no fuese por la familia de *lady* Bertha, la abandonaría gustosamente a la primera oportunidad que se le ofreciera. No estaba equivocada en sus conjeturas, pues el barón ya había comenzado a contemplar la posibilidad de, antes o después, librarse de ella. El asunto, sin embargo, era complicado: algunos de sus ilustres parientes seguían vivos en Tierra Santa y temía que, en caso de tratarla mal, su conducta fuese algún día severamente cuestionada.

La artera Alwena había conseguido poco a poco un ascendiente total sobre la mente y los actos del barón. Había abandonado toda la discreción y delicadeza propias de su sexo y, por medio de sus palabras cariñosas y sus caricias, como por arte de magia había dominado las funciones de su mente.

El barón era tan gran esclavo de su pasión que estaba decidido a hacer que todos los obstáculos cediesen a la satisfacción y conquista del objetivo.

Lady Bertha, llena de salud y con el ánimo tan sereno como siempre lo tienen los buenos ante los pesares, no prometía un pronto final a su relación con el barón. La bruja, por lo tanto, se le pasó por la cabeza como la persona apropiada para consultar en tal ocasión. Sabía que ella tenía la más horrida aversión a aquella estimable mujer y que esta lo ayudaría gustosamente en la consecución

de sus fines, que parecían prometer el cumplimiento de su propio augurio.

El barón renueva sus visitas a la bruja

Habían transcurrido muchos años sin que el barón prestase ninguna atención a la bruja. Había logrado sus objetivos a través de las diabólicas maquinaciones de ella y, no habiendo más ocasión para sus servicios, había olvidado a su agente. La bruja, sin embargo, volvía a su recuerdo como la mejor persona a quien poder consultar en las presentes dificultades.

El barón, por lo tanto, resolvió pasarse a visitar a su vieja conocida y a contratarla, por medio de nuevas promesas, a su servicio.

Fue una tarde, en cuanto el sol se hubo hundido por debajo del horizonte, cuando el barón partió, a solas, a visitar a la desgraciada de cuya maldad esperaba que dependiera su éxito.

El barón halló a la bruja, como era habitual, sentada en su taburete, mascullando sus encantamientos junto al hogar.

La bruja fingió no reconocer al barón. Le preguntó quién era y por qué la importunaba.

—Soy vuestro amigo, el barón de La Braunch—exclamó él.

—¡Oh, oh! —respondió la bruja—. ¡Cuán gentil venir a visitar a la pobre anciana y cuán agradecido también al venir tan pronto! Me atrevería a decir que es por puro afecto que habéis venido. ¡No queréis mi ayuda! No, no... ¡Sería agraviar la noble naturaleza del barón de La Braunch pensar eso!

Nada podría ser más malévolos que las miradas de la bruja mientras decía estas palabras y pronunciaba sus reproches.

Pasó cierto rato antes de que el barón pudiera apaciguar a la bruja suficientemente como para explicarle el estado de su ánimo. Apenas hubo llevado a cabo dicha tarea, ella se incorporó:

—¡Oh, oh! —exclamó la bruja—. Hay asuntos que resolver y, por lo tanto, habéis venido. En verdad, ahora supongo que pensáis que las fuerzas a las que sirvo no tienen otra cosa que hacer sino conceder la consecución de vuestros deseos. Pero el asunto no es tan fácil como podéis pensar. Para esto debéis ganáros el favor de Askar, el maligno, mi amo. Vos mismo debéis ver al demonio.

El barón se sobresaltó.

—Sí, debéis verlo en todo su horror. Debéis visitar el castillo iluminado y, a la medianoche, debéis convertirnos en el aliado de los diablos. ¡Anda! ¿No prometió el barón que vendría a nuestro festín? ¡Qué bien ha mantenido su palabra!

—¡Ja! —exclamó el barón—. ¿Qué pedís? ¿Por qué debería yo visitar esas orgías infernales? ¿No es vuestro poder suficiente para lograr mis deseos? Tan solo os quiero a vos como agente, y

no tendré otro.

—Entonces —exclamó la bruja—, no puedo seros de ayuda.

—¡Cómo! ¿Me rechazáis, pues?

—No tengo el poder, barón, para ayudaros con vuestros deseos.

—¡No tenéis el poder!

—No —contestó la bruja—, mi dominio es sobre los niños, inocentes niños.

El barón se sobresaltó.

—Tengo poderes sobre las plantas, el herbaje, y sobre el ganado y los rebaños del campo. Pero oprimir o acabar con los sufridos virtuosos, hombres o mujeres, es un trabajo duro y necesita de la ayuda de los espíritus mayores. Pero no desesperéis, barón: no os mostréis temeroso y sí afecto a la sangre, y el poderoso Askar os mostrará medios para tener éxito. Os concederá su poder, su protección.

—Serviré a vuestro amo, pues —exclamó el barón.

—¡Qué encantador! —replicó la bruja.

—Decidme —exclamó el barón—, ¿cuándo seré testigo de estos horribos misterios?

—Dentro de siete noches desde este día —contestó la bruja— hay una de nuestras solemnes reuniones. No debéis visitarnos antes de que las tinieblas hayan añadido su penumbra al rostro del negro páramo, ni hasta que el autillo haya comenzado a ulular. Entonces, visitad a la bruja, ella os guiará a deleitaros con deliciosos horrores, y los juegos y brincos de los diablos, donde los veréis cenar y también cenaréis con ellos. Sed puntual: ¡sabéis de mi deseo de serviros!

El barón se despidió de la bruja con gran recelo por los sucesos que estaban por llegar, insatisfecho con el mandato de la bruja, mas complacido ante la perspectiva que le ofrecía de lograr la completa satisfacción de sus deseos.

El barón cambia su comportamiento con *lady* Bertha

Apenas comenzó el barón a albergar esperanzas de la consecución de sus deseos y a sentirse libre de actuar con su señora como le complaciese, comenzó a mostrarle indiferencia y la más humillante desatención. De hecho, deseaba alejarla de sí y, aunque no era tarea fácil para ella, por la bondad natural de su corazón, el comprender prueba tan cruel, comenzó empero a temer que, con la muerte de su hijo, hubiese perdido el afecto de su señor. Esta idea la obsesionaba y el artero barón aprovechó la ocasión para interpretar su melancolía como mal humor, una acusación tan injusta como mezquina.

Lady Bertha poco conocía, sin embargo, de los peligros que le aguardaban o de la maldita unión que el barón había formado con la perdida de Alwena.

Esta conducta del barón le aliviaba considerablemente la tarea de la hipocresía, mas no del todo, pues era consciente de que debía mantener cierta apariencia de respeto y atención a su señora, pues, de otro modo, la consecución de sus planes podría levantar recelos entre sus vasallos.

La bruja presenta al barón al demonio

Había llegado la noche de la visita del barón a la bruja.

Una tiniebla absoluta se extendía sobre todo el páramo. Prometía ser una noche de horrores.

El barón caminaba como si no desease encontrarse con nuevos motivos de terror. Apenas podía discernir la vereda. A cada instante oía voces afligidas. Vio también unas luces a lo lejos que, al poco, desaparecieron y no se volvieron a ver. La lechuza ululó, los cuervos graznaron, como si algo los molestara en sus nidos, y sustancias aéreas revoloteaban cruzándose en su camino. No se veía a ningún ser humano.

Por fin, el barón llegó a la puerta de la morada de la bruja.

Levantó el pestillo. La bruja no estaba.

Escudriñó la habitación.

El gran gato gris caminó a su alrededor tres veces y resopló.

La bruja entró. Llevaba su candil en la mano.

Rogó al barón que la siguiera.

Le ordenó que no dijera ni una sílaba.

El parpadeo del candil solo desveló un pasadizo largo, abovedado, muy bajo.

Al poco, llegaron a un espacio abierto.

La bruja echó un manto sobre el rostro del barón.

Prosiguieron.

El barón oyó extraños sonidos, como música alta. Un coro de voces cantoras, mezcladas con gemidos y alaridos.

En un instante, la bruja retiró el manto de delante del rostro del barón.

Una luz súbita apareció.

Sus ojos quedaron deslumbrados por innumerables velas encendidas.

Por un instante, no pudo discernir ningún otro objeto.

Al poco, sus oídos quedaron aturdidos por una risa hórrida y un chillido.

Eran los pobladores nocturnos celebrando sus misterios y fiestas de medianoche.

El barón, acompañado por la bruja, ascendió un tramo de amplios peldaños hasta unos espaciosos aposentos, de donde procedía el ruido de voces.

La bruja se encorvó hacia el suelo, de donde tomó dos címbalos grandes, sonoros, de metal, situados en la entrada. Los golpeó entre sí con fuerza, diciendo las palabras «cálama, cálama».

Inmediatamente, se oyeron un hórrido chillido y una risa desde la parte interior del salón, a los

que sucedió instantáneamente una perfecta quietud.

Ahora el barón descubrió primero un trono, cubierto de negro, en el que estaba sentada una figura con el rostro pálido y manchado de sangre. Iba vestida fantásticamente con un hábito abigarrado, rojo y negro. Tenía una corona de plata sobre la cabeza. A sus pies yacían la cabeza y los brazos de un esqueleto, y ante el trono se alzaba un pequeño altar de granito sobre el que estaba colocado un cuenco lleno de un líquido que semejaba sangre humana.

Al poco aparecieron seis figuras fantásticas. Vestían de negro y tenían alrededor ceñidores de un tono rojo, y campanas tintineantes en las manos que hacían sonar violentamente mientras bailaban y daban diversos brincos.

Las seis figuras trajeron con ellas un cordero blanco como la leche, engalanado con cintas y flores, al que ataron, por una de sus pezuñas, al altar y, apenas lo hubieron hecho, corrieron furiosamente alrededor del salón con los más frenéticos gestos.

En el medio de la sala había una llama pura, ardiendo en un gran incensario.

Las seis figuras se dispusieron tres a cada lado del demonio, que estaba sentado en el trono.

La bruja se aproximó, por delante del barón. Se arrodilló al pie del trono. Repitió las palabras «cálama, cálama», ante las cuales los diablos lanzaron un grito de júbilo.

El barón se quedó conmocionado.

La bruja le hizo señas para que se aproximase. Le susurró:

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Serenaos, noble barón!

Le ofendió la mera insinuación de que estuviese asustado.

Miró a la bruja con el ceño fruncido y avanzó con determinación.

Sus pasos resonaban al pisar a través de la sala.

La bruja volvió a susurrarle al oído:

—Atended y observad en silencio nuestros misterios.

El demonio ordenó a la bruja que se retirase.

El barón se quedó entre los demonios.

—Gozaréis —exclamó el demonio— tanto de riqueza como de belleza. Tendréis honores y os regalaréis con los más ricos placeres de voluptuosa naturaleza, querréis todo lo que Mammón y Lucifer pueden conceder, y lo tendréis. Pero debéis demostrar, primero, que sois digno de estos dones: debéis ser iniciado en nuestros misterios.

El barón inclinó la cabeza.

—Aproximaos —exclamó el demonio— al altar.

El barón se aproximó al altar.

Le ordenó que desenvainara la daga de su costado: deseaba que mojase la punta en el cuenco de sangre. Tuvo que pronunciar las palabras «cálama, cálama».

El demonio, que estaba en el trono, rogó al barón que mirase resueltamente a la entrada oeste.

El barón estaba impávido. Miró resueltamente a la puerta. Contempló cómo entraba una figura femenina. Era la misma que había visto en su segunda visita a la bruja, pero se aproximó más cerca. Sostenía una copa en una mano; saludaba, con la otra, al barón.

El barón estaba paralizado. Un sudor frío recorrió sus miembros. El espectro se marchó, deslizándose. Todo estaba en calma. El barón permanecía intrigado.

Al poco, se oyó el toque de una trompeta.

La bruja entró al oír el sonido.

Arrastraba tras ella un repugnante cadáver.

Era la misma figura femenina que acababa de aparecer.

Ya no era un espíritu. Era un cuerpo, pero sin vida.

El barón se estremeció.

—Es ahora —exclamó la bruja— cuando debéis demostrar que sois digno de la amistad del poderoso Askar, el príncipe de la maldad, de la enfermedad, de la muerte y del horror. Ahora deberéis demostrar que vuestra alma es impávida y, entonces, podréis ir y dormir de forma segura en el lecho de la bella Alwena.

—¿Qué más hay —exclamó el barón— que queráis que haga para complaceros?

—Me dispongo a decíroslo —exclamó la bruja, con una mirada de espantosa exultación—. Debéis hundir vuestra daga, manchada como está de sangre, en el seno de este cuerpo.

—¿De ese cuerpo? —exclamó el barón, mirándolo con horror.

—Obedeced —exclamó la bruja—. vuestras esperanzas dependen de vuestra obediencia. Es la voluntad de Askar.

El barón volvió a mirar la figura de la fémica a sus pies. Tembló. La miró al rostro. Se giró con aversión. Alzó la daga. Vaciló. Su brazo nervioso tembló.

—¡Golpead! —exclamó la bruja.

El barón hizo un esfuerzo: giró el rostro y hundió la daga en el pecho del cadáver.

Al instante, se oyó un grito hórrido e incesante.

La llama pura, que ardía en el incensario, se tornó un humo espeso y negro.

Un vapor maligno llenó el salón.

El demonio del trono pasó un pergamino enrollado al barón, en el que estaba escrito: «La promesa de Askar al barón de La Braunch: la muerte de *lady* Bertha y la posesión de Alwena».

Cerró el pergamino al instante.

El barón se retiró con la bruja.

Recorrieron el mismo pasadizo. Llegaron a la casucha.

—Bien, barón —exclamó la bruja—. La vuestra es una noble trayectoria. Contáis con alto favor: todo será cual podáis desear, mañana por la noche. Mañana por la noche, a las doce, dejad libre el pasadizo subterráneo al castillo, que la bruja pueda entrar sin que la vean. Tan solo concededme acceso a la cámara de *lady* Bertha. Entonces, dejadme hacer mi trabajo. Pero ningún ser mortal debe estar cerca: no se debe molestar a la bruja. Tengo un cuchillo y haré rápido lo acordado. Su cuerpo debe entregarse como ofrenda al demonio. Entonces lo veréis sin aliento y a partir de ese momento, cuando la revolución de los meses dé por resultado un año, tendréis que celebrar una fiesta: tendréis que llevar a cabo la misma tarea que habéis cumplido esta noche.

—Pero ¿por qué debo ser atormentado con estos horrores? —exclamó el barón.

—Porque ES EL PRECIO DEL PLACER—replicó la bruja—. Tendréis riquezas y los encantos de una mujer, y honores, y goce.

—¡Goce! —repitió el barón.

—Sí —exclamó la bruja—, antes de que la campana del convento haya tocado a vísperas,

mañana por la tarde, estaréis libre de todos los obstáculos que impiden vuestra felicidad.

—Está bien —exclamó el barón—. Entonces, esta noche me libera de mis restricciones.

—Seréis libre de coquetear. Askar lo ha prometido.

El destino de *lady* Bertha

El barón, con su redomada hipocresía, a la mañana siguiente se presentó ante su señora excepcionalmente alegre y animado. Le preguntó amablemente cómo había dormido y fue tan cortés que el corazón de ella se regocijó con la esperanza de que el barón hubiese renovado su afecto: su ánimo inocente poco sospechaba el peligro que le aguardaba esa noche.

Finalmente llegó la hora.

El barón aguardó, con angustiosa expectación, a la bruja.

El barón había ordenado a los sirvientes de *lady* Bertha que se retirasen, pues ella no los requería. Él mismo usó una excusa para dejarla: tenía que escribir unas cartas.

La campana del convento había sonado.

El barón se retiró a su gabinete, donde permaneció una hora, con la esperanza de que lo acordado se estuviese cumpliendo.

Finalmente bajó unos peldaños. Oyó un gemido.

No prosiguió. Escuchó: todo estaba en calma. Descendió con cuidado.

La palabra «CÁLAMA» estaba escrita en la pared: era la señal de que se había consumado el trabajo.

El barón, con esa compostura y osada desfachatez que poseía en tan sumo grado, llamó al instante a una de las sirvientas y le dijo que deseaba que informase a *lady* Bertha de que quería cenar con ella en sus aposentos.

La sirvienta se fue con el recado, pero no pudo encontrar a su señora en parte alguna del castillo. Entonces llamó a Guinefred. Ella no la había visto desde hacía más de una hora. Fue en su busca, pero en vano, y tembló con ciertas conclusiones precipitadas de su cabeza: estaba conmocionada por este nuevo motivo de terror.

A la sirvienta le daba miedo volver al barón con las noticias.

Finalmente, él llamó a Guinefred por su nombre.

Ella obedeció a la llamada e informó al barón de que su búsqueda de la señora había sido infructuosa.

El barón aparentó sorpresa y un enfado que hizo temblar a los criados ante las consecuencias.

Lady Bertha nunca había dejado el castillo, para salir, sin sus sirvientes.

No hubo ninguna circunstancia que entrase dentro de la probabilidad que no se considerase, que no se contemplase.

El barón despachó a sus sirvientes en direcciones distintas en busca de *lady* Bertha.

Él mismo recorrió cada avenida del castillo y las extensas galerías.

Hathbrand sugirió que, quizá, la bruja había intervenido en esta nueva catástrofe.

El barón escuchó con atención.

—En verdad —exclamó, con perfecta frialdad—, como bien sabéis, ya acusamos antes a la bruja, cuando el pequeño Edward desapareció de entre nosotros, mas no fuimos capaces de confirmar cargo alguno contra ella, ni teníamos prueba alguna de su culpabilidad.

El barón mantuvo a Hathbrand un rato considerable en la conversación sobre el tema de qué era mejor hacer.

Tenían esperanzas de que hubiese salido a pasear para disfrutar del aire refrescante. Puede que hubiera elegido estar sola y libre de restricciones: era muy tendente a la contemplación.

Llegó la tarde. *Lady Bertha* no había regresado. Las tinieblas de la noche aparecieron. *Lady Bertha* no había llegado.

No alzaron los puentes levadizos como era habitual.

Se puso una nueva guardia en las almenas con órdenes de admitir a cualquiera que pudiera traer información.

Llegó la mañana siguiente y todavía no había noticias de *lady Bertha*. Pasó una semana. No hallaron a *lady Bertha*.

El barón mandó llamar al servil Hathbrand y le explicó la conveniencia de difundir un rumor, fuera de las murallas del castillo, de que *lady Bertha* había muerto súbitamente. Consideraba que sería la mejor manera de evitar las preguntas de la curiosidad ociosa.

El sumiso Hathbrand accedió y, siguiendo las instrucciones del barón, informó a los otros criados de que habían hallado el cuerpo de *lady Bertha*. Había salido del castillo a pasear cerca del río: accidentalmente cayó a la corriente y se ahogó. La habían llevado al convento.

El barón permaneció confinado durante algunos días en el castillo.

A los criados les concedió días de duelo.

Se dijo que el entierro de una de las hermanas del convento era el de *lady Bertha*. El rumor ganó consistencia. La recompensa de la curiosidad se satisface pronto: muerde el anzuelo sin dificultad y se contenta con cualquier cosa como noticia.

El barón visita el palacio de Askar,
ve el cadáver de *lady* Bertha

El barón tenía ahora una tarea que cumplir: tenía que hacer su prometida visita al demonio. Un deber en el que, depravado como él era, no podía pensar sin asco.

La noche llegó. Halló a la bruja preparada para recibirlo y conducirlo hasta la cámara de los horrores.

La bruja llevó al barón, cubierto con su manto, por la ruta que había hecho antes hasta el palacio de Askar.

Sus pavorosos habitantes lo habían desocupado.

No se veía nada excepto el altar y el trono, con un féretro colocado en medio de la habitación. En el féretro yacía el cuerpo de *lady* Bertha.

La bruja llevó al barón hasta el altar, le exigió que cumpliera un mandato horrible. El pelo se le erizó cuando ella pronunció la sentencia: tenía que hundir su daga en el seno.

El barón se estremeció y obedeció.

—Contemplad ahora la recompensa a toda vuestra fuerza de voluntad y trabajo —exclamó la bruja—. Vuestros temores y dificultades llegan a su fin: podéis visitar a la preciosa Alwena y pasar horas en voluptuoso flirteo. Habéis llegado al punto deseado en el que todo se cumple. ¡Idos, pues, y gozad! Incluso ahora, *lady* Alwena os espera. Sonríe y trata de llevaros a su lecho. No sabéis los deleites que os aguardan. Pero primero despedíos de vuestra dulce dama, aquí.

—¡Maldita bruja! —exclamó el barón—. Sujetad vuestra lengua. Todo es una abominación: no me atormentéis más.

—Dejadlo ya, esta puerilidad ofenderá al poderoso Askar. No seáis ingrato, barón. Venid, venid: veo que todavía no sois hombre.

La bruja condujo entonces al barón a su casucha.

Él se sentó en el taburete. Se reclinó contra la pared.

Ni siquiera las lascivas imágenes que se había representado en su imaginación, con la posesión de encantos tales como los de *lady* Alwena, podían impedir los horrores del reproche y el asco que el pavoroso mandato que había obedecido traían a su recuerdo.

La bruja observó estos cambios en el ánimo del barón.

—Vamos —exclamó—, no tenéis más acciones malas que llevar a cabo. No necesitáis que vuestra conciencia os desconcierte así. Idos y sed feliz.

El barón se despidió de la bruja y, tras llegar al castillo, se vistió para pasarse a visitar a *lady*

Alwena. Era la primera vez que la veía desde la muerte de *lady* Bertha.

Lo recibió con su habitual suficiencia y dignidad, pero, al verlo desanimado, hizo uso de ese aire tierno e irresistible que toda mujer artera sabe bien cómo emplear: se inclinó hacia él; presionó su seno contra él: lo invitaba, por así decirlo, a tranquilizar la angustia de una mente turbada en aquella lujosa mansión de encanto y belleza.

El barón, al reclinarse ella hacia él, vio la perfecta excelencia de su figura. Ardía de pasión y, en la impaciencia del deseo, puso sus riquezas y honores a sus pies.

La ambiciosa Alwena, que no habría escogido desposar a cualquier caballero, sintió un secreto triunfo, sin embargo, logró dominar arteramente sus sentimientos. Aparentó discreción y dignidad: quiso contar con una semana para considerar su propuesta. Pero, al mismo tiempo, atemperó su discreción con miradas tan lascivas y hechizantes que a él no le dio motivo alguno para dudar de su éxito.

Al partir, *lady* Alwena le dio la mano al barón con una promesa: la de no mantenerlo en la incertidumbre más tiempo del que ella había fijado.

El barón se retiró al castillo, con la cabeza llena de las imágenes más deliciosas de su inminente felicidad y, tan sensual y depravada era su imaginación, que no pensaba en otra cosa sino en la posesión de su persona, y dejaba pasar las horas en la contemplación de sus encantos.

Por fin, la semana expiró, y el barón fue puntual para obtener la respuesta de la altanera Alwena.

La aguardó él mismo. Ella lo recibió, sin embargo, de un modo que no le dio razón alguna para tener esperanzas de éxito: su semblante era altivo y severo. Sonreía, cierto, pero parecía la sonrisa del desdén.

El barón era diligente y abyecto.

Una oportunidad se presentó: sus sirvientes se habían retirado. El barón le suplicó que dictase su sentencia.

Lady Alwena, con aires de arrogancia, puso un pergamino enrollado en sus manos.

El barón lo recibió con una profunda reverencia. Desplegó el pergamino.

El pergamino llevaba escritas las palabras: «*Lady* Alwena consiente en casarse con el barón de La Braunch».

La boda de *lady* Alwena y el barón

El día de las nupcias llegó y el sol lucía en todo su esplendor, como si fuera para añadir brillo a la ocasión.

Los criados estaban ocupados con preparativos similares a los de la boda de *lady* Bertha. No estaban, sin embargo, tan felices y complacidos en esta ocasión: lamentaban la misteriosa muerte de su querida señora. El viejo Doric no podía aceptar aquel suceso: quería una demostración fáctica de que ella se había ahogado por accidente. Tenía sus sospechas, pero no osaba siquiera insinuarlas. Jonas no estaba versado en ciencia alguna a excepción de la doctrina de los fluidos, y en esta se había sumergido a bastante profundidad. Le daba completamente igual a Jonas quién fuese el ama, siempre que él mantuviera el puesto de copero.

La ceremonia nupcial se llevaría a cabo en el palacio de Alwena.

Iba a haber un torneo para la ocasión.

Se veían a numerosos criados y arrendatarios atareados afanosamente colocando lanzas y escudos en cada extremo del campo para los justadores.

Se erigió para *lady* Alwena una tribuna soberbia, adornada con seda carmesí y decorada con banderines y estandartes.

Bajo la tribuna colgaban, de unas cadenas, dos escudos enormes, el uno de plata y el otro de gules.

La ceremonia nupcial tuvo lugar en la capilla del palacio.

La novia llevaba un vestido de seda blanco, adornado con oro. Lucía sobre el vestido un manto carmesí.

El barón iba con armadura y portaba en la cabeza el yelmo que había tomado de un sarraceno en Palestina.

El padre Velaschi llevó a cabo los santos ritos.

No apareció bruja alguna que interrumpiese la ceremonia.

Los invitados eran los más distinguidos barones y caballeros en veinte millas a la redonda.

Una vez concluida la ceremonia nupcial, los invitados ocuparon sus asientos en las tribunas para ver el torneo.

El torneo

Las justas estaban a punto de comenzar.

Las trompetas sonaron a cada lado y los heraldos se colocaron en sus respectivos puestos.

El barón y *lady* Alwena entraron en su tribuna, y todos los presentes quedaron estupefactos ante la belleza y las suntuosas vestiduras de la novia.

El alcaide del castillo, Hathbrand, bajó los escalones y, tras hacer una reverencia a la multitud, ocupó el asiento presidencial, al pie de los escalones de la tribuna donde estaba el trono.

Aparecieron tres caballeros a cada lado, asistidos por sus pajes, que comenzaron ya a ceñir las espadas de sus señores.

Los caballeros se alinearon en orden, con sus lanzas erguidas sobre los muslos y con sus pajes de pie junto a la cabeza de los caballos, sujetando las bridas.

Los caballeros, antes de entablar combate, hicieron cada uno una reverencia, primero a *lady* Alwena, luego al barón, y después a las damas que estaban en la tribuna, espectadoras del torneo, salutación a la que correspondieron las damas agitando sus pañuelos.

Un caballero de considerable coraje, con armadura negra y penacho rojo en el yelmo, dio ahora un paso al frente y, con la punta de su lanza, tocó el escudo de plata, como señal de desafío en el torneo, y entonces regresó a su lugar.

Un caballero del lado opuesto llevó a cabo la misma ceremonia.

Al poco, todas las lizas estuvieron asignadas.

El alcaide se levantó entonces y, girándose hacia *lady* Alwena, hizo una profunda reverencia, a la que ella correspondió con la más elegante condescendencia y cortesía.

Entonces el alcaide agitó la mano derecha como señal para las trompetas.

Un joven caballero ahora se adelantó. Iba ataviado con una armadura blanca que brillaba como la plata. Su yelmo era azul, adornado con una pluma verde. Se enfrentó al caballero de la armadura negra.

Todos sintieron ganas de que el bravo y galante joven tuviese éxito, aunque la pareja era desigual. Conocían el valor y la fuerza gigantesca del caballero de la armadura negra y temblaban ante el destino del joven caballero.

Los ojos de *lady* Alwena estaban clavados todo el tiempo en el caballero de la armadura blanca. El garbo de su figura, la elegancia de sus modales y su apariencia galante habían atraído ya su atención. Ya lo admiraba y amaba. Tampoco podía disimular sus sentimientos: aquellos que conocían a *lady* Alwena descubrieron, por sus miradas, su estado de ánimo. El barón de La

Braunch era el único ignorante de las atenciones que ella prestaba al desconocido: no podría haber imaginado tal depravación en el día de su boda.

Las trompetas tocaron ahora a carga. Dos de los caballeros entablaron combate temerariamente: uno de ellos cayó derribado.

Otros dos entraron ahora en liza y uno de ellos corrió la misma suerte.

Las trompetas volvieron a dar un floreo, que era la llamada para que el joven caballero de blanca armadura acudiese a competir.

Avanza en su corcel, blanco como la leche.

El caballero de la negra armadura lo aguarda.

Entablan combate.

Parece como si el caballero de la negra armadura cayera como un rayo sobre el juvenil caballero. El caballero joven es, sin embargo, diestro y ágil con las armas.

Derriba al caballero de la armadura negra, y gritos y aclamaciones de júbilo atruenan los cielos.

Se retiran un rato.

El torneo a pie comienza, y otros caballeros entablan combate.

Al poco, los caballeros de las armaduras negra y blanca están recuperados. Entablan combate de nuevo. Entablan combate con las espadas. Sus bracamartes sacan fuego y contienden por la victoria, pie contra pie y mano contra mano. Por fin, el caballero de la armadura negra es derribado al suelo. Lucha durante un rato, pero se ve superado.

Ahora, los combatientes vuelven a montar en sus corceles. La trompeta suena de nuevo y los tres caballeros, juntos, entablan combate con los otros tres. El caballero de la blanca armadura vuelve a triunfar: lo declaran vencedor.

Lady Alwena le ofrece con su propia mano la rica espada, el premio del torneo. La recibe con los modales más elegantes.

El alcaide del torneo le pide su título. Se llama Alaric, el Caballero de la Blanca Armadura. El nombre de Alaric resuena entre las filas de espectadores.

Lady Alwena ahora se levanta de su asiento. Las justas se acaban. Honra al juvenil caballero, Alaric, con las más evidentes miradas de aprobación. Él las corresponde, con cortesía y expresividad, y con modales tan refinados como para dejar estupefacta hasta a *lady Alwena*, educada como había sido en cortes extranjeras. Pero Alaric era de la corte de Francia, donde estaba la flor de la caballería.

El joven Alaric se convirtió en el tema de conversación y motivo de admiración de todas las damas presentes en el torneo; pero su gallardía se había ganado en mayor grado el corazón de *lady Alwena*.

Lady Alwena, olvidando la delicadeza y castidad de su sexo, estaba prendada del joven caballero y lo honraba con miradas tan evidentes de su predilección que hubieran hecho envanecer a cualquier hombre gallardo. Tampoco se le escapaban al consumado caballero de la corte de Francia.

El baile

Se fijó para el primer día de la semana siguiente el espléndido baile que ofrecería el barón de La Braunch con motivo de su boda con *lady* Alwena.

El palacio de Alwena era el escenario de todos los suntuosos preparativos.

Por fin llega la tarde. El gran salón comienza ya a llenarse. Los pórticos iluminados, las velas alineadas en orden a lo largo de las entradas, los incensarios llenos de olíbano... todo presentaba un aire de magia y fascinación que rendía el ánimo al placer.

Las mesas estaban repletas de las viandas más exquisitas, servidas a los convidados por muchachitos desnudos pero ataviados con alas, y con arcos y carcajes llenos de flechas. Otras, como jóvenes bacantes, ofrecían en copas de oro los más ricos renanos y borgoñas.

Los caballeros conducían al salón a sus damas, vestidas a la moda más elegante. Las damas llevaban el cabello recogido y adornado con una cinta salpicada de piedras preciosas. Sus ropas eran de la seda o el lino más finos, y exhibían los senos hasta donde el gusto recatado permitía. Portaban, en sus vestidos, los blasones de sus distintos señores, y brazaletes de perlas y joyas de muchas clases adornaban sus manos y pies.

Lady Alwena estaba sentada cerca del barón de La Braunch, en un trono, para recibir a sus convidados. Era, cuando se ponía en pie, la figura más delicada de la sala y considerablemente más alta que cualquiera de las otras damas. Su rostro era un óvalo perfecto. Sus ojos azules estaban llenos de una dulzura y voluptuosidad fascinantes que se mezclaban, empero, con miradas centelleantes de orgullo y desdén. Sus elegantes cejas arqueadas otorgaban magnificencia a su semblante, y su frente parecía realmente destinada a lucir una diadema. Su nariz era del tipo griego; sus mejillas, suaves y de un rubor transparente; su boca, del color del rubí, y sus dientes, del más blanco esmalte.

Del rostro hacia abajo era imposible contemplar la figura perfecta de Alwena con una mirada platónica. Su cuello estaba unido imperceptiblemente a sus hombros, y sus senos de alabastro, que se agitaban suavemente con cada movimiento, lucían los más ricos tesoros de la voluptuosa naturaleza. Sus brazos tenían la forma más exquisita y sus miembros eran tan perfectos en simetría que su altura majestuosa no perturbaba sus movimientos, que eran tan graciosos como imaginarse pudiera.

El único caballero que estaba sin una dama era el joven Alaric, pero Alwena le compensó suficientemente esta carencia con las más particulares atenciones.

El baile ahora había comenzado y Alaric condujo a la bella Alwena a bailar.

El barón buscó el honor de la mano de otra dama.

Todo era alegría y placer. En la música sonaban los compases más encantadores y los pies de los bailarines se movían a los sonos briosos del amor y el éxtasis.

De pronto los bailarines se detuvieron. Se dio la alarma: una figura nauseabunda se había presentado entre los invitados.

Estaba de pie, a la izquierda de *lady Alwena*. Tomó su mano. Le susurró. Era la bruja.

El barón se quedó horrorizado. No osó interferir.

Por fin, *lady Alwena* habló:

—¡Pobre mujer! —dijo—. Viene con cortesía y buenos deseos para nosotros. Es la celebración de nuestras nupcias: viene a desearnos felicidad.

El barón hizo una reverencia.

Con aire digno, *lady Alwena* ordenó a sus sirvientes que le indicasen a la bruja unos aposentos y que le sirviesen los más exquisitos manjares y los más deliciosos vinos.

La bruja se retiró sin pronunciar una sílaba.

Miró al barón a la cara al retirarse. Sonreía. Se dibujaba en su rostro una risa incontenible.

El barón no pudo evitar sentirse confundido por el comportamiento de *lady Alwena* con la bruja. Sabía que era más orgullosa y arrogante que él mismo: no le cuadraba su comportamiento despreocupado con la bruja.

—¡Sin duda —exclamó el barón—, *lady Alwena* no conoce a la bruja!

El barón aprovechó una oportunidad para preguntar a su dama, de manera despreocupada e indiferente, si había visto en alguna ocasión a aquella problemática anciana.

Lady Alwena replicó, sin la más mínima vacilación:

—Nunca.

Esto alivió el ánimo del barón de La Braunch. Le alegraba que el asunto hubiese concluido del modo en que lo había hecho.

Las puertas del salón estaban ahora abiertas de par en par.

Las mesas de las salas para la cena estaban dispuestas.

Las damas, asistidas por sus caballeros, ocuparon sus sitios.

Alwena puso a *Alaric* junto a ella.

La mesa estaba repleta de las carnes y frutas más deliciosas, y las más ricas jarras de oro, de tipo romano, contenían los vinos.

Durante la cena, se oyeron los sonos más encantadores que la destreza de los juglares podía producir. Se hicieron muchos brindis, y todos los invitados parecían encantados con el esparcimiento que les proporcionaba el barón.

Lady Alwena ofreció a sus convidados las delicias más selectas y les distrajo con la conversación más aguda y encantadora. Todos los ojos se dedicaban a contemplar su belleza y todos los oídos estaban ocupados escuchando su discurso.

Al poco, sus brillantes ojos comenzaron a centellear por los tragos embriagadores que había tomado de vino y de placer.

Sus miradas ya no iban dirigidas al barón. Su atención se dirigía a otro sitio: sus ojos, ahora, eran tiernos y amorosos cuando los clavaba en *Alaric*. Miraban al barón de La Braunch con

desdén.

Lady Alwena fue imprudente con las expresiones que usaba con Alaric.

Al poco, en la locura de vino y lujuria, tomó la pluma roja que había en el yelmo de Alaric, que estaba en la mesa, y se la colocó en su propio cabello.

El barón ya no pudo disimular más: se puso rojo de ira. Le susurró; ella desdeñó responder.

Todos los invitados observaron la conducta de *lady Alwena*.

El propio joven caballero, Alaric, se sonrojó ante su comportamiento y se sintió confundido.

El júbilo de la fiesta había llegado a su fin. Todos parecían desear estar en otra parte y, en breve, el cortejo se retiró.

Apenas las damas, asistidas por sus caballeros, se hubieron retirado del salón, el barón lanzó a *lady Alwena* algunas miradas de desaprobación. Frunció el ceño de su semblante y no se dignó a mostrarle las más mínimas atenciones.

Lady Alwena sonrió ante el carácter sombrío de su humor. Preguntó, con una mueca sarcástica, si algo le había ofendido.

Le recordó su comportamiento con el joven Alaric.

—¿De verdad —contestó *lady Alwena*— vais a examinar mis miradas y actos con tan celoso escrutinio? ¿Me vais a vigilar?

—No hubo ocasión para ello —replicó el barón—. Todos fueron testigos de vuestra particular atención.

Lady Alwena rechazó este reproche y, con el ardor de su resentimiento, le replicó al barón:

—Caballero, no os corresponde controlar los actos, y aún menos las miradas, de *lady Alwena*. Sus altas pretensiones no deben ceder a la esclavitud. Estad satisfecho, poderoso señor, si, en ocasiones, tiene la condescendencia de honraros con esas sonrisas que puede conceder a sus favoritos. No conocéis a Alwena, pero puede que hayáis oído que los más ilustres y galantes se arrodillan a sus pies y tratan de ganarse su amabilidad.

—Sí —replicó el barón, con tono altanero—, el barón lo ha oído, y ya sabe bastante como para considerar prudente prohibir las insinuaciones del presuntuoso Alaric.

—¿Y ese es vuestro designio, muy noble barón? —exclamó *lady Alwena*—. En verdad, pues, descubriréis que estáis errado.

—Señora —contestó el barón—, ¡os ordeno que nunca más lo volváis a ver!

—¡No me digáis! —exclamó *lady Alwena*.

—Es mi voluntad.

—¿Sí? Entonces, barón, así muestra *lady Alwena* su desprecio hacia su nueva alianza.

Con estas palabras, se arrancó el blasón de su señor del hombro derecho de la túnica. Lo pisoteó. Lo hizo con aires de soberano desprecio y desafío.

—¡*Lady Alwena* —exclamó el barón—, estáis loca! ¡Idos a vuestros aposentos!

Lady Alwena desdeñó moverse.

Por fin, el barón, con una mirada severa, abandonó el salón. Se retiró a su propio cuarto. Rumió sobre los sucesos del día. Estaba intranquilo y con el ánimo turbado. Comenzó a temer que el humor orgulloso e imperioso de *lady Alwena* resultase ser un tormento para él. Había logrado la posesión de los encantos que le excitaban ardientemente y, aunque su apetito no había disminuido,

no sentía una adoración parecida a la que había sentido.

No se podía decir que el barón se retirase a descansar. Tanto sus celos como su orgullo estaban alerta. Sus esperanzas de felicidad futura se habían atenuado considerablemente. Todo conspiraba para turbarlo y afligirlo.

La desdicha de los malvados. Una reconciliación, seguida de otra discusión

Al reflexionar, *lady* Alwena comenzó por su parte a pensar que había ido demasiado lejos. No deseaba una discusión absoluta con el barón, pero era tan impetuoso e ingobernable su carácter que le resultaba difícil, y en ocasiones imposible, refrenarse. Se había acostumbrado a una soberanía total sobre los hombres y sus favoritos, incluso, eran sus vasallos; aquellos que le rendían el más alto homenaje y que más la halagaban en presencia de otros estaban permitidos.

A la mañana siguiente, puesto que ambas partes se inclinaban por hacer las paces, se encontraron con una mutua autosuficiencia: sabían que ambos eran seres depravados y mezquinos, y consideraban que era su mutuo interés estar de acuerdo. El barón, por lo tanto, se comportó como si nada hubiera sucedido, y *lady* Alwena, con sumo arte, tocó delicadamente la causa de su discusión: insinuó que el barón, con sus sospechas injuriosas, había despertado un pequeño deseo de venganza en su pecho como, dijo ella, sucedería en el pecho de cualquier mujer, y que sus atenciones hacia el joven caballero, Alaric, habían sido solamente por ese motivo.

El barón aceptó educadamente esta interpretación de la conducta de su señora, y tuvo lugar una reconciliación acompañada de todas esas muestras halagüeñas de estima que tan frecuentemente son el lenguaje de la falta de sinceridad.

El barón, cuyo ánimo estaba considerablemente aliviado por esta conversación y que estaba halagado por la condescendencia, como él la consideraba, de *lady* Alwena, se prometía una fuente de goce en aquella alianza. Trató, por lo tanto, de atender todo lo posible a los deseos de ella y, mientras la dejaba ser perfecta dueña de su conducta, él se distraía, cuando se ausentaba de su lado, como antes acostumbraba a hacer, con la caza o con el ejercicio de las armas con sus hermanos caballeros.

Un día, habiendo regresado pronto de la caza por sentirse indispuerto, el barón se retiraba a sus aposentos cuando oyó una música sonando en la galería, cerca de los aposentos de *lady* Alwena, detalle que atrajo su atención. Caminó, por lo tanto, a lo largo de la galería y entró en la habitación contigua a la de ella, pasando desapercibido para todos. Esa habitación era una antecámara con una ventana que daba a los aposentos de ella.

El barón oyó que *lady* Alwena mantenía una conversación con alguien dentro y, al despertarse su orgullo y sus celos, miró a través de la ventana de la antecámara, desde donde contempló al joven caballero, Alaric, en dulce galanteo con *lady* Alwena.

El barón habría lo primero llamado al caballero para que explicase su descubrimiento, pero,

prudentemente, controló su sentimiento de rabia por el momento. Consideró que, si prescindía de lord Alaric, una mujer como *lady* Alwena tendría otros favoritos, y que discutir sobre sus motivos sería interminable, si no fatal.

El barón aguardó, por lo tanto, en su habitación hasta la hora acostumbrada de su regreso, para cuando sabía que el caballero Alaric habría sido despachado. Fue entonces cuando visitó la cámara de *lady* Alwena y la acusó, sin rodeos, de haber recibido una visita del caballero.

Al principio, *lady* Alwena pareció dispuesta a contradecir esta aseveración, pero, siendo lo bastante lista como para pensar que aquello no serviría, hizo acopio de la suficiente arrogancia para decir:

—Bien, señor, y entonces ¿qué?

—Entonces —replicó el barón—, os ordeno que, en adelante, no volváis a recibir al caballero dentro del castillo.

—¡Ordenáis! —contestó *lady* Alwena, sonriendo.

—Sí, señora: ordeno.

—¿Y quién —contestó *lady* Alwena, con un altanero tono de desafío—, quién obedecerá las órdenes de un asesino?

—¡Ja! —exclamó el barón, reprimiendo su emoción.

Habría respondido algo, pero no sabía qué decir. No temía que *lady* Alwena estuviera en posesión de pruebas, pero le mortificaba oír de sus labios, por quien también había sacrificado a *lady* Bertha, la sentencia inculpativa.

Lady Alwena, con una mirada severa y desdeñosa, dejó sus aposentos y el barón se retiró a su habitación, a meditar sobre los desagradables incidentes que habían acaecido.

—¿Y es por estas desdichas —exclamó el barón, echándose en el sofá— por las que he llevado a cabo tales actos de culpa y tales barbaridades? ¿Son estos los goces prometidos? ¿Estos los placeres a los que la bruja dio tan alto valor? ¡Bruja mentirosa! ¡Pero se lo reprocharé severamente, por las agonías que he sufrido!

La protesta del barón ante la bruja

Transcurrió un mes en el palacio de Alwena antes de que el barón se decidiera a visitar a la bruja de Ravensworth. Esperaba que *lady* Alwena alterase su conducta y que no escogiera exponerse, a sí misma y a él, ante el mundo. Vivían, sin embargo, en un estado de guerra diario: ambos altaneros e imperiosos, el uno se convirtió en el más pavoroso azote del otro; salían de sus labios los reproches recíprocos más agudos, insinuaciones de odio creciente; y desprecio y desdén eran los sentimientos que albergaban el uno para con el otro. Ciertamente es que, en ocasiones, como es el caso entre los malvados, el placer se interponía y, durante unas pocas horas, congeniaban tolerablemente bien; pero siempre era una mezcla de todo. El barón estaba ahora perfectamente al tanto de los amoríos anteriores de *lady* Alwena. Sabía que era más depravada en sus apetitos que la ramera más común. Era imposible para él, por lo tanto, esperar la más mínima felicidad con una mujer así. A pesar de toda su riqueza, el barón de La Braunch se sentía desdichado.

Cansado y asqueado de *lady* Alwena, el barón buscó reposo en el castillo de La Braunch, separándose de la mismísima mujer con cuyos encantos había esperado deleitarse, y en cuya conversación y estima había esperado hallar una fuente continua de goce.

Un atardecer agradable, con el ánimo desolado y las esperanzas rotas, el barón salió a pasear, a tomar aire fresco y a meditar sobre los sucesos que habían acaecido últimamente. La noche resultó hermosa. El horizonte, pintado con el esplendor del sol poniente, le invitó a caminar más lejos de lo que tenía previsto.

El barón, en su paseo, llegó inesperadamente cerca de la morada de la bruja y, sintiendo una aguda sensación de resentimiento por los males que ella le había permitido sufrir, entró en su choza.

La bruja, aunque era verano, estaba sentada en su taburete de tres patas junto al fuego.

El barón la miró con dureza.

—Bruja —exclamó—, han pasado ya algunos años desde mi primera visita a este lugar. Buscaba, mediante vuestro poder, el poder de los diablos a quienes servís y el poder de la brujería, las riquezas y los placeres del mundo. Riquezas, cierto es, que he logrado. ¡Pero qué son las riquezas sin felicidad! ¡Todavía soy desdichado, bruja!

—¡Desdichado! —contestó la bruja.

—¡Desdichado!

—¡El barón de La Braunch desdichado! ¿Cómo? ¿Con riquezas y honores, y la posesión de las más bellas de las mujeres también?

—Sí.

—*Lady Alwena*.

—¡Ajá!

—Vamos, vamos, sois un ingrato.

—¡Me habéis engañado, bruja!

—No os enfadéis tanto, barón... Tranquilo, tranquilo...

—Digo, bruja, que temo que me hayáis engañado.

—¿Cómo, os lo ruego?

—¿No me prometisteis el goce de mis riquezas?

—Lo hice... ¿Y no habéis obtenido goce?

—¿De qué clase?

—Goce sensual.

—¡Ja!

—Todo lo que los malvados pueden esperar.

—¡Los malvados!

—Sí, barón. No os ofendáis: nos conocemos. No considerasteis que valiese la pena la búsqueda de placeres más puros. Deseasteis los deleites del orgullo, de la pasión, de la ambición, de la riqueza, del lujo: los tenéis.

—Todavía falta algo.

—No negociasteis nada más.

—¡Bruja mentirosa!

—¿Qué? ¿Querriais tener paz y alegría?

—Sí, bruja.

—No son dones del infierno.

—¡Ah!

—El propio demonio, vuestro amo, no los tiene.

—Entonces, ¿he hecho sacrificios a cambio de tormentos?

—¡Hombre ingrato! Siempre lo mismo. ¿No podéis ir a vuestro palacio? ¿No tenéis asientos de terciopelo y de plumón, ricos ágapes, vinos exquisitos, música, juglares, la posesión de la belleza y el poder total de satisfacer toda vuestra codicia? Idos y daos por satisfecho.

—¡Satisfecho! ¿Y este es todo el consuelo que podéis dar?

—Sed razonable, muy noble barón. ¿Deseáis asesinar? ¿Deseáis matar a otro pequeño? ¿Querriais hacer más maldades? ¿Perpetrar más actos horribos? Todavía soy vuestra servidora, pero no me pidáis, barón, las recompensas de la virtud: no están a mi alcance.

—He tenido bastantes horrores.

—¿Qué deseáis, pues, de la bruja? ¿Os va a tranquilizar? ¿A ofreceros consuelo? ¿A cantaros himnos y réquiems? ¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Habéis escogido pisotear a los inocentes, desfigurar el rostro de la naturaleza, golpear la virtud. Lo habéis logrado maravillosamente, y ahora ¿lloriqueáis como un niño porque estáis irritado y cansado de vuestra diversión? Idos, idos, marchaos a casa: *lady Alwena* aguarda. Ella os dará de mamar en su seno.

—¡Diablesa, no digáis más!

—Vaya, no os enfadéis.

—Me habéis mantenido a flote en sangre y ahora queréis dejar que me hunda en la asquerosa corriente, sin ayuda o piedad.

—¡Piedad! Eso es un atributo del cielo. Nosotros, barón, no la conocemos: disfrutamos, no nos apiadamos, de las desdichas de nuestro prójimo.

El barón se achicó ante el reproche. No dijo más. Abandonó la choza.

Agobiado y con el corazón compungido, el barón siguió la primera vereda que encontró, sin reparar adónde iba. Comenzó ahora a aborrecer los crímenes que tan solo habían producido tormento. Comenzó a odiarse a sí mismo; comenzó a odiar la hermosa promesa de vicios que había descubierto que era falsa.

De Gerrard, el leñador, y su esposa, Deborah

En la parte sur del bosque, a unas nueve millas del castillo de La Braunch, vivía un pobre leñador honrado llamado Gerrard.

Gerrard no tenía más de treinta años, era lozano y fuerte, pero de apuesta figura. Era duro y robusto como un roble, pero se doblegaba tan tiernamente ante el relato del afligido como la calabaza de peregrino ante el viento. Era propenso, cierto es, a tener en ocasiones un poco de mal genio y acritud, además de ser un poco grosero y tener unos modales anticuados, pero, de un modo u otro, los rasgos de su carácter natural y su sinceridad estaban tan perfectamente definidos en su ánimo que siempre era gentil y cortés cuando la humanidad reclamaba su protección.

Gerrard tenía una esposa, se llamaba Deborah.

Deborah era buena mujer por naturaleza, y muy hacendosa y cuidadosa, pero propensa a irritarse y reñir siempre que Gerrard estaba desocupado, pues no tenían otra cosa que el trabajo duro para mantenerse y no era infrecuente que pasasen necesidad hasta de una comida.

Deborah no tenía hijos, pero sucedía, desgraciadamente para ella y su esposo, que tenían que mantener a un muchacho que no era suyo, pero que tenía ahora edad de comenzar a trabajar.

Aunque pobre, Gerrard no era un hombre ignorante, pues sucedió que un viejo fraile se esforzó en enseñarle a leer. Pero, desafortunadamente, su esposa, Deborah, era hija de quien fuese un rico terrateniente que se arruinó por una peste en su ganado; por tanto, Deborah recordaba la mesa copiosa y hospitalaria que se permitía su padre, y estaba un poco descontenta con su situación en la vida: no solo se quejaba a menudo de su suerte, sino que anhelaba riquezas, las cuales, de hecho, le parecían la mayor bendición en la vida.

Fue hacia la casita de esta pobre gente hacia donde el barón, viendo probable que una súbita tempestad le sorprendiera, dirigió sus pasos. El más bello cielo azul, salpicado con la aparición de muchas estrellas brillantes, se había nublado. La luz de la casita de Gerrard, el leñador, fue la primera noticia que le llegó al barón de un refugio cercano en caso de tormenta.

Al aproximarse el barón a la puerta de la casita, oyó voces. Le pareció como si hubiera gente riñendo.

El tema de su discusión era la riqueza, la pobreza.

—¡Querida mía —decía uno—, sí que estás encolerizada!

—¡Bien puedo estar encolerizada! —respondía la otra—. Esta es la última comida que tomaremos en tres días.

—Eso no puedes saberlo.

—Ya casi estoy famélica. Lo estoy.

—Mira al pobre gato y da gracias. Bueno, aquí está tu cena.

—¡Cena! ¿Así lo llamas? ¡Anda, si no hay ni para un cebo de ratonera! ¡No probaré bocado!

—Bueno, esta es la diferencia: mientras el orgullo se ahoga con el mal genio, la humildad se sienta y se pone a comer con el corazón agradecido.

—Me querrías ver morir de hambre, vaya que sí... Me volverás loca... lo harás.

—No, querida mía. De verdad que con eso has caído muy bajo.

—¡So bruto! Pero me está bien empleado. Podría haber desposado a un rico terrateniente... Podría haberlo hecho y haber vivido de las rentas.

—¡Vaya!

—En vez de entregarme a un cortador de madera.

—¡Un cortador de madera! ¿Qué quieres decir con eso?

—Un tipo vago, holgazán.

—Pues de veras que me verás trabajar de inmediato.

El barón llamó a la puerta. La tormenta había comenzado.

—Alguien llama.

—Me alegro: así tendré un testigo de tu maltrato.

Uno de ellos abrió la puerta.

El barón entró. Se dirigió a un pobre trabajador y a una mujer.

—Buenas gentes —dijo—, ¿proporcionaríais a un desconocido, durante unos minutos, refugio de la tormenta?

—De buen grado, señor —exclamó Gerrard, que estaba muy asombrado de ver a un convidado tan bien ataviado en su humilde casita.

—De muy buen grado —exclamó Deborah—. ¿No os complacería sentaros, señor?

Un muchacho, que acababa de despertar de su sueño en un rincón de la choza, y que era el aprendiz de Gerrard, trajo una silla.

—Bien, Gerrard —exclamó el barón—, ¿cómo acostumbra el mundo a trataros: duramente o con delicadeza?

—¡Con bastante dureza, señor, bien lo sabe el cielo! —exclamó Deborah.

—¿Quién te dijo que hablastes? Mi esposa, señor, está siempre quejándose. Necesita estar anhelando riquezas y, aunque no recuerdo, por la bendita Providencia, que nos haya faltado jamás una comida, no puede, empero, estar conforme.

—¡Ah, qué agradable charla! —replicó Deborah—. ¡Pero nadie sabe, excepto los pobres, lo que los pobres sufren!

—Vamos, vamos, estad de mejor humor el uno con el otro —exclamó el barón—. ¿Y creéis, buena mujer, que las riquezas hacen felices a sus dueños?

—Estoy segura de que no sé por qué no deberían —respondió Deborah—, pues la gente rica puede disfrutar, y puede comer y beber lo que le venga en gana. Y, luego, también pueden dar de comer a muchos pobres y hacer feliz a un montón de gente.

—Sí, sí, esposa, eso podrían hacer —replicó Gerrard— y, empero, no ser felices ellos mismos, pese a todo.

—Vale ya, no veo por qué, aunque me fuera el alma en ello —contestó Deborah.

—¡Anda! —respondió Gerrard—. Supón que no consiguieron sus riquezas honestamente.

El barón se achicó ante este reproche involuntario.

—Sí, eso no lo comprendo —dijo Deborah—. Yo no podría conservar ni por un momento algo que no hubiese conseguido honestamente en cuanto descubriese quién era el dueño legítimo. Pero, desde luego, me gustaría muchísimo ser rica, y tener un castillo, y bosques y ciervos de mi propiedad, y muchísimos servidores.

—¿Y estáis segura —exclamó el barón— de que si fueseis rica seríais feliz?

—¡Feliz! Sí. Tal sería, señor, y nunca volvería a reñir a mi pobre Gerrard, pues es una criatura tan buena como nunca nació una, aunque lo estuviera regañando justo ahora. Y, a decir verdad, no creo que él tuviera trabajo alguno ayer, aunque yo le echase en cara que no lo intentara. Pero, señor, cuando se es pobre, y cuando no se tiene carne en la olla, eso la enoja a una, tristemente.

Gerrard se frotó los ojos ante esta gentil muestra de desagravio, y el barón quedó profundamente ensimismado.

La tormenta había pasado. El barón se levantó, sacó una pesada bolsa de Judas de su bolsillo y se la dio a Deborah. Les deseó buenas noches a ambos.

Gerrard se ofreció a acompañar al barón a través del bosque, algo que este declinó aceptar.

En el instante en que el barón abandonó la casita, Deborah corrió a la luz para examinar la bolsa: estaba llena de oro.

—¡Por todos los santos! —exclamó Deborah—. ¿Esto qué es? ¡Todo oro! ¡Gerrard, mira esto! ¡Mira lo que la Providencia ha hecho por nosotros!

—Ay, ya te lo dije —declaró Gerrard—, y tú siempre quejándote.

—Déjalo ya. No te enfades, Gerrard, con tan buena suerte. Vuélvelo a mirar, Gerrard: ¡es todo oro, hasta la última pieza! Tendré un vestido nuevo, y el pobre Henry tendrá un abrigo nuevo.

—¿Y a mí qué me toca? —exclamó Gerrard.

—Tú nos verás limpios y felices.

—Gracias. Bien, con eso ya me valdrá.

—Y tendremos un buen trozo de carne en la olla mañana.

—Y estoy seguro de que no dormirás esta noche.

—Pues no. Bueno, ¿quién sabe cuál será el próximo golpe de suerte?

—¡Calma, Deborah! A ver, ¿no podría ser esto una tentación?

—¿Podría serlo, Gerrard?

—¿Quién sabe?

—Si lo pensara así, no lo tocaría.

—Vamos, vamos —exclamó Gerrard—. Mientras no nos haga luego más codiciosos y nos lleve a actuar mal, no tenemos nada que temer, Deborah. Será, pues, una bendición, así me lleve el diablo. Por mi parte, trabajaré igual que siempre; tan solo no te quejes, Deborah.

—Nunca me oirás una palabra de enfado, Gerrard.

Así acabaron los campesinos su conversación y se retiraron a descansar, contentos y complacidos el uno con el otro.

Muy distinta era la situación del barón de La Braunch. Regresó al palacio de Alwena justo a

tiempo para ver cómo un extraño a caballo, cubierto con una capa y acompañado de dos sirvientes, abandonaba aquella mansión del placer. No le cabía duda de que aquel era el caballero Alaric, pero, como pasaron cabalgando a toda velocidad, no pudo determinar quiénes eran.

El barón cenó con *lady* Alwena y luego se retiró, con el pretexto de encontrarse mal, a sus propios aposentos. Se retiró para sufrir la amargura del remordimiento. Se veía, ahora, en la cúspide de su ambición: era uno de los caballeros más ricos del reino, gozaba de buena fama y del favor de su príncipe, pero era desdichado, pues había trocado por tales adquisiciones la honestidad y dignidad de un hombre. Podría haber sido feliz con el consentimiento del mundo, de las riquezas y de la fama; pero le faltaba el consentimiento de su propio corazón para disfrutarlas. Comenzó a encontrarse tan inquieto y turbado con la posesión de riqueza que, gustosamente, habría vuelto a desprenderse de todo ello para ser inocente: había sacrificado la vida de *lady* Bertha por la posesión de una mujer cruel y lasciva, que lo torturaba y desafiaba, que reinaba como dueña única de sus deseos, y que hacía de un tirano un esclavo y vasallo. El barón ahora no tenía hogar, lugar de descanso. Errar por la faz de la tierra, como el asesino Caín, habría sido para él un solaz.

El barón manda llamar al padre Velaschi

La desdicha del barón de La Braunch había llegado a ser tan completa y su conciencia a estar tan turbada que nada podría ser más deplorable que su situación: el día seguía al día, y la hora sucedía a la hora, sin que tuviera el más mínimo instante de descanso o reposo.

La arrogancia de *lady* Alwena crecía, en este momento, haciéndose más y más insoportable, y sus intrigas se habían vuelto tan descaradas y públicas que el barón se sentía continuamente deshonrado por sus barbaridades.

El santo confesor del barón era el monje Velaschi, aparentemente el más devoto, aunque sospechoso al mismo tiempo de ser el mayor hipócrita de su orden.

El barón mandó, sin embargo, llamar al monje Velaschi, que era demasiado ducho en el conocimiento de la naturaleza humana como para no descubrir, al poco, el estado de ánimo del barón. Lo habría llevado al sacramento de la penitencia o, como se le llama comúnmente, a la confesión, pero el barón evitaba constantemente que se cumpliera el propósito del monje Velaschi. Todo intento fue en vano.

Aunque el barón había él mismo hecho llamar al fraile, no era con el deseo de asistir al confesionario: sus crímenes eran tan horribles y de tintes tan oscuros que no le permitirían ser explícito. Sin embargo, deseaba tranquilizar su ánimo de alguna manera y arreglar cuentas con su religión, si fuese posible. Deseaba, por lo tanto, sondear al monje respecto al tema del arrepentimiento.

El buen padre había recibido la llamada para asistir a un penitente con la alegría debida. Se apresuró a ir al castillo de La Braunch, adonde el barón se había retirado con el pretexto de tener que resolver unos asuntos de negocios.

El monje halló a su penitente presa de todos los horrores del remordimiento y prácticamente en un estado de horrida desesperación.

El santo confesor le administró las reconfortantes promesas de la religión: le recitó la oración del ángelus tanto al mediodía como por la noche, cuando tañía el reloj del convento. Repitió también muchas veces el páter y el ave, le cantó el himno *Regina Coeli*, el salmo *De profundis* y el *Requiem aeternam*.

El barón, sin embargo, no halló deleite en estos compases seráficos. Se daba cuenta de que era hipócrita consigo mismo y de que no era sincero con su confesor. De buen grado habría explicado su verdadero estado de ánimo, pero aquello alarmaba a su orgullo: no podía soportar la idea de confesar tan enorme culpa y, así, continuó soportando la carga de su pecado.

El padre Velaschi leyó todo el horror del ánimo del barón en sus miradas agitadas y distraídas, en la rápida expresión incrédula de sus ojos y en los súbitos sobresaltos incoherentes que sufría ante ciertas preguntas que el monje le planteaba en el orden apropiado.

El padre Velaschi aguardó pacientemente, trató de ganárselo con suavidad y reprobó con contundencia al barón para que se comprometiera a revelar las causas de su aflicción, pero fue en vano.

La torrecilla oeste

En la torrecilla oeste del castillo de La Braunch había unos aposentos en los que no se había entrado sino una vez, que los criados más antiguos del barón recordasen.

La tradición había transmitido varias historias de asesinatos que se habían perpetrado en este lugar, que estaba en el extremo más alejado de la galería.

Tenía una puerta de hierro sujeta con una barra enorme.

A este lugar veían ahora que se retiraba el barón en algunas ocasiones durante horas, cuando todos los criados tenían prohibido acercarse a esa parte de la galería, una orden que podría haberse ahorrado fácilmente, como se podría haber encontrado grandes reticencias si los hubiese persuadido de que visitaran la torrecilla oeste.

No podían conjeturar por qué el barón había escogido estos aposentos para sus meditaciones, pero allí, sin embargo, no solo se retiraba, sino que permanecía durante horas seguidas.

No había nada que pudiera tener una apariencia más sombría que el castillo de La Braunch. Apenas una fémmina permanecía entre sus muros. Guinefred se había marchado poco después de que su ama desapareciera y lo más probable es que hubiera buscado un puesto donde no se pudieran esperar tales sucesos lúgubres. Ya lo había advertido. Nadie visitaba ahora el lugar. Y Doric y Jonas apenas tenían otra ocupación que la de cuidar de sí mismos.

El palacio de Alwena era durante todo este tiempo el feliz lugar de encuentro de los cumplidos caballeros jóvenes de la corte de Eduardo, particularmente de Alaric, a quien recibía la pérdida de su señora con el trato de favor más distinguido y en abierto desafío a las órdenes del barón de La Braunch.

Podría haberse esperado que el barón hubiese desafiado a este joven señor a combate singular tras las flagrantes pruebas que tenía de sus intrigas con *lady* Alwena; pero la verdad es que ya casi le era indiferente, como se lo era la conducta de aquella mujer infame, y no le preocupaba hacer la guerra con alguien que conocía demasiado bien los secretos de su culpabilidad. Planeó, por lo tanto, tratarla con muestras de cortesía, en cuya abominable especie de disimulo ella no se permitía verse superada.

La cena del barón de La Braunch con *lady* Alwena y las consecuencias

Así estaban las cosas con el barón de La Braunch y *lady* Alwena cuando, un día, el barón hizo una visita formal a esa dama con la intención de cenar con ella en palacio, más para distraer su mente de los pavorosos recuerdos que la ocupaban con frecuencia que por cualquier respeto hacia la alegre señora de aquella alegre mansión.

El barón fue bastante más temprano de lo habitual y se encontró con que su dama se estaba vistiendo en su habitación. Envió, sin embargo, un mensaje por medio de una de sus doncellas para decirle que se concedía a sí mismo el honor de cenar con ella, unas nuevas bastante difíciles de aceptar para ella, puesto que ya había invitado al joven Alaric, y era necesario que recibiese una notificación adecuada de la cancelación de su cita. Lo cierto es que *lady* Alwena, que había logrado cuanto su ambición deseaba a partir de la orgullosa alianza que había hecho con el rico barón de La Braunch, comenzó no obstante a encontrar en él, por el modo en que vivían, un serio obstáculo; y no podía evitar, en ocasiones, en la maldad de su corazón, desear su muerte para poder disfrutar, sin ser molestada, de la vasta riqueza que él poseía.

Mientras *lady* Alwena se vestía para cenar, el barón paseó por el bosque hasta que llegó a la casita de Gerrard y Deborah. Entró y se los encontró cenando con el buen muchacho sano, el aprendiz de Gerrard, que había regresado con su maestro de cortar leña en el bosque.

El ágape de esta pobre gente era frugal, pero parecían disfrutar sumamente de su humilde comida, pues los había oído reír a carcajadas cuando se aproximó a la puerta.

—Bien —exclamó el barón hacia Deborah—, ¿todavía continuáis anhelando riquezas?

—¡Oh, sí, señor! —replicó la pobre mujer—. Igual que siempre. Me gustaría ser rica en todo. Cada uno estaría mejor gracias a ello, y también este pobre huérfano.

—Le digo a mi esposa —interrumpió Gerrard— que las riquezas tan solo serían una carga para nosotros, pero no me cree.

—No, no me lo creo, Gerrard —respondió Deborah—, porque sería culpa nuestra si no pudiésemos disfrutarlas.

El barón no pudo evitar sentir la dureza de estos reproches sin intención, pero estaba en disposición de desear sufrir y la desdicha que soportaba era un lujo para él. Sabía que la paz no lo bendeciría y el humillante rechazo que había recibido por parte de la bruja había hecho que se odiara y se detestara a sí mismo y a todo el mundo.

El barón, estupefacto ante la avidez de riqueza de la esposa del campesino y complacido por

hallar la maldición de la ambición en alguien tan pobre, le abrió su bolsa de Judas y depositó su contenido en sus manos, que ella recibió con un éxtasis de alegría.

El barón dirigió sus pasos hacia el palacio de Alwena, rumiando, todo el camino, sobre crímenes que estaban más allá de toda expiación y desdichas que probablemente durarían toda la vida.

—¿Adónde me dirijo? —exclamó—. ¡A un palacio dorado, donde reside una ramera corrupta y odiosa cuya belleza y lascivia pueden invitarme al coqueteo, pero cuyos abrazos son la muerte! ¡Ay de mí! Mis apetitos sensuales y depravados fueron la primera causa de que yo abandonase los principios de la virtud y el honor, y la causa de mi primer crimen. Fue la ambición, y el desmesurado deseo de riqueza, lo que me hizo sacrificar un pecho puro y sin tacha que me habría amado por siempre. ¡Bien, bien! El placer me aguarda y disfrutaré el momento: *lady* Alwena es bella y gozar de sus encantos es un banquete de reyes.

Dispusieron un elegante ágape ante el regreso del barón y sirvieron los más deliciosos vinos en las ricas jarras doradas que decoraban la mesa.

Lady Alwena iba adornada con los atavíos más soberbios y sacó el máximo partido a sus encantos, cuyo lucimiento iba en verdad destinado a Alaric.

Nunca hubo dama más cautivadora y atenta de lo que fue *lady* Alwena para con su señor. El barón olvidó, durante un rato, la odiosa mirada retrospectiva hacia su mala conducta: tan solo pensaba en la preciosa figura sentada junto a él. Ella brindó a su salud con la sonrisa más fascinante, a lo que él correspondió con toda la cortesía de un caballero de casta.

No habían pasado muchos minutos desde que el barón se tomara su vino cuando se dio cuenta de que la cabeza comenzaba a flotarle. Una sensación nueva y pavorosa le hizo estremecer de pies a cabeza: se percató de que lo habían envenenado.

—*Lady* Alwena —exclamó el barón, disimulando con su habitual destreza—, deberíais degustar este borgoña, su sabor es excelente.

Lady Alwena declinó la oferta, con consumada habilidad.

La presionó. Ella lo rechazó de nuevo.

El barón la miró directamente a la cara e insistió en que consintiera. Ella persistió en su negativa.

Por fin, el barón, con un semblante marcado por la rabia, le ofreció la copa.

La altanera Alwena se levantó de su asiento y, con una mirada indignada y aires majestuosos, estuvo a punto de abandonar la estancia.

—¡Esperad, demonio del infierno! —exclamó el barón, desenvainando su espada.

Lady Alwena intentó pasar.

Él hundió el arma en su seno.

Cayó hacia atrás. La sangre fluyó de sus pechos blancos como la leche y el torrente se derramó sobre su belleza.

—¡Desgraciado! —exclamó *lady* Alwena mientras se dejaba caer en el suelo—. Me queda un consuelo: que también tenéis que morir.

El barón apoyó la cabeza en la mano. *Lady* Alwena yacía postrada a sus pies.

—¡Ahora todo se ha acabado —exclamó el barón— y se acaba la vida, por cuyos goces

imaginarios he perdido todo aquello que conduce a la felicidad!

El barón miró a Alwena. Estaba muerta. Su rostro estaba retorcido por la rabia del momento de la muerte. Su belleza ya había desaparecido.

Hathbrand entró. Había llegado para atender a su señor. Vio la horrorosa escena y se quiso retirar ante tan pavoroso espectáculo, pero sus piernas no obedecieron al impulso: estaba clavado en el sitio.

El barón quiso que lo llevara al castillo de La Braunch. Apenas lo hubo alcanzado, se presentaron los síntomas de la muerte. Ordenó a Hathbrand que trajera un pergamino enrollado de su biblioteca. El sirviente obedeció.

—Este pergamino —dijo el barón, clavando los ojos firmemente en él— es mi testamento. Solo tengo que sellarlo. Hathbrand —prosiguió el barón—, hallaréis en el bosque una casita solitaria, habitada por un leñador y su esposa. El nombre del leñador es Gerrard. Esta gente es pobre. Desean ser ricos y ricos serán: serán los herederos del barón de La Braunch. ¿Quién sabe? Quizá para ellos las riquezas sean una bendición; para mí, el poder y las riquezas han sido desdicha y horror.

El barón firmó con su nombre al pie del pergamino enrollado y estampó su sello. Lo hizo en presencia del padre Velaschi y de Hathbrand.

El barón quiso recibir el sacramento de la extremaunción. Todos, salvo el padre Velaschi, se retiraron.

Pero era demasiado tarde para administrársela al penitente: la mente, así como el cuerpo, sufrían pavorosas convulsiones.

Por fin, el sueño de la muerte se presentó: el altanero barón de La Braunch se hundía hacia la desdicha eterna.

Su voz se iba haciendo débil y trémula. Habló:

—El pergamino... La torrecilla oeste... La bruja... ¡La bruja!

Después de que el padre Velaschi diese orden de depositar el cuerpo del barón, durante tres días, en el salón noble, abandonó el castillo, dando mandatos estrictos a Hathbrand de que tratase de localizar sin demora al leñador, Gerrard, y a su esposa para informarlos de su buena fortuna.

El leñador y su muchacho

Hathbrand cruzó el bosque con su recado.

Gerrard estaba en la espesura, trabajando con su muchacho, y Deborah orientó al escudero hacia el sitio.

Al acercarse al lugar, Hathbrand oyó voces. Una decía, en tono de regañina:

—¡Eh, monito vago! ¿Crees que te voy a mantener por no hacer nada? ¿Por qué no coges otro mimbre y atas esos haces?

—¡Trabajo tan rápido como puedo —respondía la otra voz—, pero es que estáis muy enfadado, Gerrard!

—¿Enfadado? ¡No estoy enfadado!

—Si estáis cansado de mantenerme, buscaré manutención en otro sitio. Os dejaré mañana.

—¡Dejarme! No lo harás. ¡Te encontré en mi puerta una noche de frío glacial, envuelto en franela, un pobre mocoso indefenso! Mi humanidad me llevó a acogerte y, aunque soy propenso a ser un tanto agrio en ocasiones, me queda un poco de la misma humanidad que nunca me permitiría echarte.

—Habéis sido muy amable conmigo, pero no soy un desagradecido. Para nada lo soy. Siempre estoy dispuesto a trabajar cuando me lo ordenáis.

—En verdad, lo estás, pero acostumbro, en ocasiones, a tener mal genio cuando se me tuerce el día o me encuentro una piedra en el camino. ¡Ven aquí, granujilla! Dame la mano y tomaremos un poco de cerveza juntos.

El leñador y su muchacho se sentaron en el tronco de un árbol que acababan de talar, y estaban buscando su trago en una cartera cuando el desconocido se les acercó.

Hathbrand los saludó y correspondieron al saludo de la mejor manera que sabían.

Hathbrand prestó atención, particularmente, al muchacho: era apuesto y fornido. Iba, sin embargo, desgreñado como un potro.

Hathbrand habló:

—Venid, Gerrard —dijo—. Debéis dejar el trabajo y volver a casa.

—En verdad, aún no —respondió el honesto leñador—. Aún no he hecho bastante trabajo.

—No importa: debéis ir conmigo a la casita. Tengo buenas noticias que contaros.

—¡Buenas noticias! Pero debo saber cuáles son antes de moverme. ¿Valen lo que medio día de trabajo?

—De verdad que sí, y también lo que doce meses de trabajo.

—Vaya, si tal es el caso, soy vuestro hombre, así que aquí recogemos.

El muchacho lo siguió.

A su llegada a la vivienda, encontraron a Deborah en casa, quien dispuso un lugar para el desconocido.

Hathbrand prologó lo que tenía que decir con algunos comentarios sobre los extraordinarios cambios y vicisitudes de la vida humana, y entonces les preguntó si recordaban algo en torno a un desconocido, de apariencia algo más que ordinaria, que les había visitado algún tiempo antes.

Gerrard y Deborah, por turnos, refirieron las aventuras de aquella tarde y relataron la munificencia que el desconocido exhibió.

—Bueno —exclamó Hathbrand—, sé que sois en verdad la gente que busco. Disponeos para ir conmigo al castillo de La Braunch, vos y vuestra esposa, toda la familia.

—Ciertamente, señor, me vais a disculpar ahí —exclamó Gerrard—. No saldré más por hoy.

—¡Estúpido! —contestó Hathbrand—. Sabed, pues, que el desconocido que os visitó era el barón de La Braunch. Ha muerto y, además, sois el heredero de todas sus ricas propiedades.

—No os comprendo exactamente, señor —exclamó el leñador.

—El castillo, las tierras, todos los bienes muebles e inmuebles del difunto barón de La Braunch son vuestros.

—Querido mío, no parece que comprendas al caballero —exclamó Deborah.

—No, de buena fe.

—¡Anda, vaya por Dios! ¿No oyes que vas a ser rico? ¿Y que el barón, que vino aquí una noche de tormenta, te ha legado toda la fortuna que tenía en este mundo?

—Bueno, ¿y qué será de mí? ¿Qué voy a hacer con tantas riquezas?

—¿Hacer con ellas, marido? ¡Dámelas, si no sabes qué hacer con ellas! Te garantizo que encontraré un modo de gastarlas.

—No quiero desviarme de mi camino —replicó Gerrard.

La pobre Deborah, en la sencillez de su corazón, detuvo la boca de su marido.

—¡Por Dios! Gerrard, no ofendas al caballero. Yo estoy segura de que me gustaría mucho ser una dama. Y os aseguro que pensé que había algo muy extraño en el comportamiento del desconocido hacia nosotros y que tenía la intención de hacer algo por nosotros, aunque, eso seguro, no pensé que moriría y nos legaría toda su riqueza. Pero este caballero no diría tal si no fuese cierto. Así, Gerrard, si hace falta que seas rico después de todo, anda, sabes que no debes preocuparte lo más mínimo.

—Bueno —replicó Gerrard—, si así tiene que ser, no hay nada que hacer.

Hathbrand había traído una capa, con sombrero y espada, con los que equipó al leñador, y una túnica decorosa que echó sobre los hombros de Deborah.

El muchacho debía quedarse en casa para cuidar de la vivienda, pero al principio el pobre chico parecía muy desconcertado de que lo dejaran. Era, sin embargo, un joven de buen corazón y, cuando recordó que se debía a la buena fortuna de su patrón, olvidó todo lo demás.

La llegada de Gerrard y Deborah al castillo

Caía la tarde cuando Gerrard y su esposa, Deborah, llegaron al castillo de La Braunch.

Condujeron a los desconocidos a una elegante habitación dispuesta para su recepción por el esmerado Hathbrand, quien, con la esperanza de mantener su puesto, era tan cortés y educado con ellos como lo había sido con su difunto señor.

Hathbrand hizo abrir inmediatamente uno de los roperos del difunto barón, de donde eligió algunos de los atavíos más sencillos, los que pensó que, al principio, mejor se adaptarían a su súbito e inesperado cambio de circunstancias.

Deborah, sin embargo, estaba extremadamente deseosa de lucir guapa: le encantaba que la vistieran, y no la podían convencer de que se pusiera cualquier cosa que no fuesen las vestiduras más chillonas del ropero. Le complacían extremadamente las atenciones de su dama de compañía, Guinefred, que había ofrecido sus servicios, y, salvo por la novedad de no tener que hacer nada ella misma, estaba menos cohibida de lo que podía haberse esperado.

Los habitantes del castillo estaban todos animados con la noticia de la llegada de sus nuevo señor y señora, y estaban impacientes por presentarles sus respetos. Con esto, sin embargo, se llevaron una decepción aquella noche. Doric, el viejo mayordomo, y Jonas, el copero, recibieron órdenes de acudir, con el resto de servidores, a la mañana siguiente al salón para escuchar la lectura del testamento de su difunto señor, el barón, y recibir a su nuevo señor y señora.

Ya se había extendido la historia de que el barón de La Braunch había legado sus inmensas posesiones a un pobre leñador, y eran muchos y numerosos los comentarios y las murmuraciones sobre el tema por parte del viejo Doric y los otros servidores.

Al día siguiente, los numerosos arrendatarios del barón, que también habían sido llamados para acudir, se encontraron en el salón y, junto con los criados, aguardaron con impaciente expectación para ver a su nuevo amo, Gerrard, y a su señora, Deborah.

Por fin, las puertas plegables que daban a la escalera se abrieron de par en par y Gerrard y Deborah, asistidos por Hathbrand y Guinefred, entraron en el salón. Gerrard hizo una reverencia con la cabeza, sin embarazo, y avanzó sin amedrentarse. Deborah adoptó aires de enorme trascendencia, mas no se mostró desagradable con nadie: tenía un alto concepto de su situación, pero era de naturaleza social y gentil y, si no hubiera considerado que sería inapropiado, gustosamente se habría mostrado familiar.

Hathbrand sostuvo el pergamino enrollado en su mano. Habló:

—¡Mis buenos amigos, la paz sea con todos vosotros! Aquí os presento el testamento de vuestro

difunto amo, el barón de La Braunch. Atended:

Sepan todos los hombres que yo, el barón de La Braunch, señor de todas las heredades de y en torno a Ravensworth, por el presente concedo y lego a Gerrard Le Blanc, leñador del bosque, todos los bienes muebles e inmuebles de los cuales me hallo en posesión, bajo la condición de que, al séptimo día de mi fallecimiento, tome posesión del castillo, y de que, cuando el reloj dé las doce a la medianoche de ese día, acuda él solo a la cámara de la torrecilla oeste, donde encontrará los títulos de propiedad de tales bienes.

En el instante en que nombró la torrecilla oeste, se oyó inmediatamente un rumor entre los criados.

Gerrard apenas prestó atención a la sensación que habían expresado los servidores. Era resuelto y no era consciente de que hubiera algo que temer. Deborah, sin embargo, sintió un poco de incomodidad: se habían despertado tanto su curiosidad como sus temores por Gerrard.

Gerrard se dirigió a los arrendatarios:

—Amigos y vecinos, la Providencia así lo ha ordenado, que un pobre leñador se convierta en vuestro señor. Habrá muchos que considerarían difícil cumplir su deber en un puesto tan por encima de ellos: yo no. Seré justo y honesto, y tendré que ponerme duro si las cosas se ponen mal. Todos seréis ricos en los mayores confortes de la vida, y el pobre nunca anhelará pan. Soy ahora, por así decirlo, el gran roble del bosque, y los infortunados siempre hallarán refugio bajo las ramas extendidas de la hospitalidad inglesa. Dictaré justicia entre vosotros de manera imparcial. No tengo muchos estudios, cierto es, mas sé que no hay sino bien y mal, y que no es fácil confundir al uno con el otro, como mucha gente podría tratar de hacernos creer. Seguid en vuestros puestos, no discutáis los derechos de vuestros grandes vecinos y ellos no pisotearán los vuestros. Gerrard, vuestro nuevo amo, protegerá hasta donde le sea posible a los débiles, golpeará la raíz de la corrupción y talará la opresión hasta que caiga al suelo.

Tres ovaciones siguieron a esta noble arenga de Gerrard, el honesto leñador.

Una vez terminada la ceremonia de toma de posesión, Gerrard, cuyo corazón era demasiado bueno como para permitirle disfrutar de las cosas ricas dispuestas en su suntuosa mesa mientras le angustiaba la reflexión de que uno de su familia, al que también amaba, se había quedado en un estado de ansiedad y disgusto —su pobre muchacho, Henry—, despachó ahora un criado a la casita con órdenes de traerlo al castillo para que también pudiera participar de la prometida celebración. El criado volvió en unas tres horas, pero lo hizo sin el muchacho: el muchacho había abandonado la casita. Estaba vacía.

Nunca antes había sentido Gerrard nada que le hubiera generado tanto desasosiego:

—¡Mi pobre niño ha desaparecido! —exclamó Gerrard—. ¡Mi pobre expósito! ¿Qué haré? Iré y lo buscaré yo mismo. Lo buscaré por el bosque. ¡Pobre chico! Pero iré y lo buscaré yo mismo. ¡Era el muchacho más gentil! Pero, tente: quizá haya acudido al padre Velaschi. El buen monje anciano siempre le ha tenido afecto. Me atrevo a decir que está allí. Iré y miraré.

Hathbrand le indicó al honesto leñador lo inadecuado de su partida del castillo en tales momentos, además de que se aproximaba la hora de hacer una visita a la cámara de la torrecilla

oeste, conforme a los mandatos del testamento del barón de La Braunch.

Deborah también intentó persuadir a su marido de que el muchacho estaba a salvo. Aguardaban al buen padre Velaschi: el muchacho vendría con él. Le había enseñado a leer y nunca había sido tan feliz como cuando le daba instrucción.

A Gerrard no le convencían estas conjeturas. Estaba seguro de que le había acaecido algún incidente. El pobre muchacho habría pensado que lo habían abandonado. Se habría marchado de la casa como un vagabundo. Nunca regresaría.

Gerrard dio orden de que dos de los criados fuesen por caminos distintos en busca del joven. Le obedecieron con presteza.

La cena.
La visita de Gerrard a la torrecilla oeste

Doric, el honesto viejo mayordomo, y su amigo Jonas, el copero, tuvieron especial cuidado con los preparativos de la cena para su nuevo amo, para que fuese tan soberbia y cara como si el barón hubiese estado vivo. Sus sentimientos también habían cambiado, de repente, con respecto a su nuevo amo: era un buen tipo, bravo, noble y, estaban seguros, se encargaría de que estuvieran todos ellos felices y a gusto, y no era sino apropiado que le mostrasen todo el respeto y le hicieran todo homenaje posible.

La dama de compañía, la señora Guinefred, y las servidoras no estaban menos encantadas con su nueva ama. El hecho era que, aunque era un tanto vulgar, su carácter era gentil por naturaleza y, aunque estaba, como se podía esperar, extremadamente orgullosa de su nueva posición y de sus bonitos vestidos, no era sin embargo arrogante, y su generosidad rozaba el ridículo. Descubrieron que tenían una verdadera amiga en su ama, y eran lo suficientemente listas y agradecidas como para saber que lo era todo para ellas.

La cena estaba dispuesta. La mesa estaba repleta de delicias tales como nunca antes las habían visto el honesto Gerrard y su esposa, Deborah.

Se sentaron para el banquete. Hathbrand estaba con ellos. Doric y Jonas aguardaban.

También había un juglar invitado para que les interpretara sus baladas favoritas.

Gerrard apareció pensativo y bajo de ánimos. Hathbrand, hay que decirlo, utilizó todos los medios posibles para mantener alta la moral de su nuevo amo.

—En verdad —exclamó Gerrard—, nunca he sido dado a la superstición, pero, de un modo u otro, siempre que se menciona la torrecilla oeste, se me hiela la sangre al instante.

—Sin duda —contestó Hathbrand—, algún misterio pende sobre todo lo que rodea ese lugar, como confirma el extraordinario mandato del testamento del barón. Tales, sin embargo, son los términos de los que depende la tenencia de vuestras grandes heredades.

—Bien, entonces, así sea —contestó Gerrard.

La pobre Deborah estaba tan encantada con el suntuoso ágape que habían dispuesto para ella que no oyó ni una sílaba de lo que había pasado entre su marido y Hathbrand. Sus ojos eran los órganos que estaban más ocupados, y su gusto era el sentido que les seguía en satisfacción. No tenía tiempo para estar atenta a la conversación.

Siguió un momento de silencio: comenzaba a acercarse rápidamente la hora en que Gerrard visitaría la torrecilla oeste.

Los criados estaban ocupados en un rincón del salón, hablando sobre el asunto.

—Yo estaría muy mal si tuviera que ir —exclamó Doric, a la vez que se bebía de un trago una copa de borgoña.

—Debe de estar borracho si lo intenta —contestó Jonas, que apenas podía mantenerse en pie.

Gerrard comenzó a hablar solo:

—Bien, soy pobre y la tentación es fuerte. Con frecuencia he trabajado solo en los bosques, pero entonces, viendo el alegre sol y las flores y los árboles y los arbustos verdes, mi corazón siempre estaba contento y jubiloso. No sé cómo es que estoy tan abatido por ir a una habitación solo. Nunca le he hecho daño a nadie, ¿qué tengo que temer? ¡Bendita Providencia, protégeme de todo mal!

—¡Por Dios! ¡Gerrard! —le interrumpió Deborah—. No vayas si crees que te va a suceder algo malo. Volvamos a nuestra humilde casita. ¿De qué nos servirían todas las riquezas del mundo si no fuésemos felices? ¿Y qué sería de toda la riqueza de este castillo si perdiese a mi Gerrard?

—No te preocupes, Deborah, mi niña —replicó Gerrard.

El momento se acercaba. No faltaba sino media hora.

Hathbrand llenó una copa de vino. Bebió a la salud de Gerrard.

Gerrard correspondió con un brindis a la salud de Hathbrand y de todos.

Tan solo faltaba un cuarto.

Gerrard miró el reloj. Un silencio siguió.

No faltaban sino diez minutos. Nadie hablaba.

El reloj dio las doce.

Gerrard se sobresaltó en su asiento:

—Dadme la luz —exclamó—. Iré al instante.

Tomó la vela en su mano.

—¡Adiós, Deborah! —exclamó—. ¡Volveré en unos minutos!

—¡Dios te bendiga, Gerrard!

—¡Sí, que Dios os bendiga, de verdad! —repitió Doric.

—¡Nunca lo volveremos a ver! —exclamó Jonas.

Deborah no oyó esas palabras. Su corazón no podía más. Volvió a la mesa de la cena. Una pausa sucedió a la partida de Gerrard. Todo estaba en calma y en silencio.

La torrecilla oeste

Gerrard tanteaba con los dedos el camino a lo largo de la galería y la escalera de caracol del castillo, pues la sola vela de su mano no daba sino una débil luz.

Se había levantado un fuerte viento, seguido por una tempestad. La lluvia golpeaba contra las ventanas, el trueno retumbaba a lo lejos y los relámpagos comenzaron a centellear. Las figuras de los tapices, en las habitaciones por las que pasaba, parecían moverse. Gerrard estaba impertérrito.

Por fin, ascendió por los escalones que llevaban a la torrecilla oeste y, siguiendo las indicaciones que le habían dado, llegó a la puerta de hierro. La enorme llave que sostenía en su mano encajó en la cerradura. Sin embargo, en vano intentó abrirla. Hizo varios intentos infructuosos. Por fin, usando todas sus fuerzas, hizo girar la llave: la puerta se abrió. Había un solitario candil encendido. En medio de la cámara había un féretro. El cuerpo de una mujer yacía en él. Cerca del féretro había una cuna: el cuerpo de un pequeño también yacía en la cuna. Gerrard retrocedió aterrorizado. Tomó la vela en su mano y se aproximó más cerca de los objetos que había contemplado. No había signo de vida en los cuerpos.

Gerrard estaba explorando la habitación para encontrar el cofre en el que, suponía, se guardaban las escrituras que contenían los títulos de propiedad del barón, cuando descubrió un manuscrito enrollado, suspendido de un extremo del féretro. Había inscrito en él, con grandes letras: «Título de propiedad del barón de La Braunch sobre las heredades de Ravensworth».

Gerrard arrancó el pergamino del féretro y leyó: «Sabed, infeliz desdichado que anheláis riquezas, que el título de propiedad para estas heredades es el asesinato».

—¡Asesinato! —repitió Gerrard. Tembló de pies a cabeza al repetir la palabra «asesinato». Lanzó una mirada involuntaria sobre los cuerpos muertos. Se tambaleó contra la pared.

El fuerte viento sopló con violencia por el suelo de la estancia. La vela estuvo a punto de apagarse con las ráfagas del tapiz de Arras:²⁴ la luz se hizo más tenue, la llama se estrechó y su punta vibró con el movimiento.

Gerrard sintió un escalofrío de horror. Volvió a lanzar una mirada al cuerpo de la fémica del féretro: el rostro estaba lívido y se veía sangre en su seno. Miró al infante: el rostro del pequeño estaba también lívido, pero no había sangre.

Gerrard abandonó la cámara.

24 Los tapices de Arras constituyen una de las muestras más sobresalientes de la época dorada de los tapices flamencos (finales del siglo XIII hasta el siglo XVI) por su excepcional belleza y manufactura. Obviamente, su mención supone un nuevo anacronismo en la obra de Brewer.

El regreso de Gerrard a la mesa de la cena.
El manuscrito.
La última aparición de la bruja

Deborah estaba con la mejilla apoyada sobre la mano, escuchando con la más angustiosa incertidumbre. Hathbrand estaba sumido en sus pensamientos.

—¡Menuda noche de tormenta! —exclamó Doric.

—Sopla un torbellino —respondió Jonas.

Deborah rompió su silencio:

—Me había parecido oírlo venir. ¡Ay de mí! ¡No es él!

—Consolaos, mi querida señora —replicó Guinefred—, mi amo regresará dentro de poco.

Deborah suspiró.

Se oyeron pasos en la galería. Era Gerrard bajando por las escaleras. Entró y exclamó:

—¡Deborah! —Fue cuanto pudo pronunciar. Se dejó caer en una silla y soltó el manuscrito.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa, Gerrard? —exclamó Deborah—. Habla, háblame, Gerrard.

—Vámonos a nuestra casita, Deborah. Vámonos a nuestra casita, mi niña. ¡Lee, lee, lee!

Hathbrand recogió el manuscrito. Leyó:

Las confesiones del barón de La Braunch.

Sabed, infeliz desdichado que anheláis riquezas, que el título de propiedad de estas heredades es el asesinato.

—¡Asesinato! —resonó a lo largo del salón.

Hathbrand continuó:

El pequeño Edward, el legítimo heredero de las propiedades de Ravensworth, fue asesinado por la bruja a instancias del barón de La Braunch. Posteriormente, se deshizo también de *lady* Bertha instigada por él y mediante el mismo maldito instrumento. Pero los crímenes del barón se remontaban a fecha mucho más temprana, pues, tras seducir a *lady* Gertrude, la hija de lord Hubert, acabó con el objeto de su seducción por medio de veneno con la ayuda del monje, su confesor.

—¡Horrible! —exclamó Gerrard.

—¡Horrible, de verdad! —repitió Deborah.

—Hace ahora justo once años —exclamó Hathbrand— que el pequeño Edward desapareció del castillo.

—Siempre se sospechó de la bruja —dijo Guinefred.

—La bruja sigue viva —exclamó Gerrard—. Traedla al instante ante la justicia.

Era la primera orden que Gerrard daba en el castillo con ira en el rostro.

Hathbrand se disponía a obedecer la orden de su nuevo amo cuando, de pronto, las puertas plegables del salón interior se abrieron con un pavoroso estruendo.

Tres figuras, totalmente cubiertas con mantos negros, aparecieron en la entrada.

La del medio era la bruja. Descubrió su rostro. Las otras dos permanecieron cubiertas. Un súbito pavor se adueñó de todos los presentes. La bruja avanzó.

—¡Maldita bruja! —exclamó Gerrard—, el malvado instrumento de las barbaries del barón, respondedme.

—Lo haré —replicó la bruja.

—Se os acusa del asesinato del hijo de *lady* Bertha, lord Edward. Y además del asesinato de *lady* Bertha.

—Cada cosa a su tiempo —replicó la bruja.

—¡Decid, desgraciada! ¿Sois culpable o no?

—Como gustéis.

—No: respondedme o la más pavorosa tortura os arrancará una confesión.

—¿Quién me acusa?

—¡Vuestro amo, desgraciada! El barón mismo.

Hathbrand alzó el manuscrito.

—Bueno —continuó Gerrard—, ¿qué tenéis que decir?

—Calmaos un poco —exclamó la bruja—. Habéis dado vuestro discurso; ahora es mi turno de palabra. No tenéis poder para hacer daño a la bruja, pero os responderé. Estoy preparada: aquí están mis testigos.

Las figuras con mantos negros avanzaron. Todavía iban cubiertas.

—Vamos pues con vuestras preguntas —prosiguió la bruja—, primero con el infante. La bruja recibió al niño como ofrenda del barón... un sacrificio.

—¡Un sacrificio! —exclamaron Deborah y Gerrard.

—Un sacrificio —contestó la bruja—. ¿No era, pues, mío para hacer con él lo que quisiera? Acabar con él o salvarlo.

—¡Salvarlo! —exclamó Gerrard.

—Sí, salvarlo. Suponed que el niño vive.

—¡Vive!

—Sí, vive. Suponed que la bruja, la malvada, la maldita bruja, lo dejó envuelto en franela a la puerta de un pobre leñador, en el bosque.

—¡Un leñador!

—Suponed que vio cómo lo acogían.

—¡Lo acogían!

—Sí, pero dudaréis de mi historia, diréis que...

—¿Cuándo sucedió esto? —interrumpió Gerrard.

—Hace once años —contestó la bruja—, una fría noche, el veintisiete de marzo.

—¡Cielo santo! —exclamó Gerrard—. Fue en una noche de marzo cuando encontré a mi pobre niño, al que llamé Henry, envuelto en franela... Pero esta historia es bien conocida por algunos del bosque y la bruja la usaría de buena gana para su propósito.

—Tengo un testigo —contestó la bruja.

—Llamadlo.

La bruja retiró el manto de una de las figuras. Un joven suntuosamente ataviado se presentó.

—Bueno —exclamó la bruja—, ¿lo reconocéis? Contemplad al heredero de las propiedades de Ravensworth.

Gerrard no respondió ni una palabra. Estaba petrificado por la estupefacción.

Deborah reconoció al niño.

Henry, ahora lord Edward, habló con su antiguo patrón. Lo convenció.

—Bueno —exclamó la bruja—, sigamos. Se me acusa del asesinato de *lady* Bertha. También tengo aquí un testigo: un testigo al que nadie puede desmentir.

Retiró el manto de la siguiente figura.

Era *lady* Bertha.

—¡Contemplad —dijo la bruja— a vuestra ama! ¡Os la devuelvo a salvo!

Hathbrand se arrodilló. Los servidores se arrodillaron a sus pies: estaban extasiados de alegría.

—Esto también es obra mía —exclamó la bruja.

—Es maravilloso —replicó Gerrard—. ¡Es fruto de la Providencia!

—Preparaos para más maravillas aún —interrumpió la bruja.

Todos quedaron callados, en suspense.

—El barón vive.

—¡Vive! —repitió Hathbrand.

En ese momento entró el padre Velaschi.

—Y aquí viene mi testigo para demostrarlo —continuó la bruja.

—Es cierto —exclamó el monje—. El barón vive, pero ha muerto para el mundo. Se ha entregado a la vida religiosa y espera, mediante la oración y la penitencia, ganar el perdón por los crímenes que planeó. El barón no fue envenenado, pues la mezcla que le dio *lady* Alwena se la había proporcionado la bruja, la noche del baile, y estaba compuesta por unos polvos alarmantes en sus efectos, pero no fatales. Después de administrarle el santo sacramento, alivié el desdichado ánimo del penitente diciéndole: «El pequeño y *lady* Bertha aún siguen vivos».

—De dos horribles asesinatos, pues —exclamó Gerrard—, él queda libre. Y aun con todo, de otro es culpable: el de *lady* Gertrude.

—No es culpable siquiera de eso —interrumpió la bruja.

—Lo ha confesado. Está en el manuscrito.

—Él no es culpable.

—No es culpable.

—*Lady* Gertrude vive.

Al decir estas palabras, la bruja se quitó el manto negro con que iba cubierta: también una máscara nauseabunda y fea en el mismo instante se le cayó del rostro. Una fémica con los más bellos rasgos y una forma angelical se alzaba erguida, ataviada de blanco y con suntuosas vestiduras. No quedaba rastro de deformidad alguna.

La figura habló:

—Yo soy *lady* Gertrude.

Se produjo una pausa de asombro.

—Sí —continuó la figura—, la bruja era *lady* Gertrude. Bajo la vestimenta nauseabunda y andrajosa de bruja, *lady* Gertrude se ha vengado de sus agravios. Ha protegido a los inocentes. En esta buena obra ha participado el para siempre venerable padre Velaschi.

»Engañada con especiosas pretensiones y con una falsa ceremonia del rito nupcial en Normandía, *lady* Gertrude padeció toda la agonía del honor ofendido.

»En cuanto descubrió, de labios del propio barón, que habían abusado de ella, huyó a Inglaterra.

»El barón también vino a la misma orilla.

»Ella estaba a punto de apelar al rey para que le desagraviase.

»El barón dispuso un plan para envenenarla.

»Fue al monje Velaschi a quien le confió la conjura.

»Él, el buen padre Velaschi, reveló el horrible plan.

»Le hizo creer que el veneno había hecho su trabajo.

»Fue gracias a su ardid que se evitó.

»*Lady* Gertrude dejó el mundo viva.

»Fue en el castillo abandonado donde el monje Velaschi le proveyó de refugio.

»Tan solo la visitaba de noche, con unos pocos de la cofradía.

»Las luces que en ocasiones se veían a medianoche dieron origen a la creencia de que lo frecuentaban demonios.

»El castillo tenía un pasadizo subterráneo hasta la choza, donde *lady* Gertrude siempre aparentaba ser la bruja. Pero su deformidad tan solo estaba en su máscara, sus guantes y el manto. Por la noche, se retiraba al castillo.

»Fue el monje Velaschi quien, con la ayuda de la cofradía, planeó todas las apariciones sobrenaturales y visiones que se mostraron al barón: las hórridas imágenes de cera, la repugnante figura de *lady* Gertrude, un cadáver.

»El demonio también era el padre Velaschi.

Todas las lenguas estuvieron calladas durante este discurso maravilloso. Todos los ojos estaban clavados en *lady* Gertrude.

Continuó:

—En este retiro ella observaba los actos descarriados del cruel barón, ayudaba a impedir sus propósitos y, mediante la ayuda al impulso del vicio, retrasaba el crimen.

»La bruja había conseguido ascendiente sobre el barón, el cual le entregó todos sus secretos.

»Sabía que intentaría el asesinato del infante y secundó el plan para poder salvar su vida y su libertad. El trabajo le otorgaba salud y fuerza, y el buen monje vigilaba los progresos de su mente.

»La bruja era también la amiga más gentil de *lady* Bertha al aparentar ser su máxima enemiga.

»Fue la bruja quien la hundió en la desdicha para salvarla y bendecirla.
»Fue la bruja quien la ocultó en el castillo abandonado.
»Fue la bruja quien entregó los polvos a la miserable *lady* Alwena.
»De modo que ella, ayudando a raptar al infante a su madre, salvó la vida del infante.
»La bruja los observó en los años en que crecía como muchacho de un leñador.
»El padre Velaschi, quien siempre prestó atención a los hijos de los pobres, dio los rudimentos de la enseñanza al muchacho.
»Fue así que la bruja, como un instrumento secundario en manos de la Providencia, impidió el mal y dio lugar al bien.
»Ha logrado el propósito.
»Tan solo ha sufrido la miserable *lady* Alwena.
»El malvado barón no era culpable.
»Pero ya se ha llevado a cabo una obra aún mayor: fue la bruja quien cambió el corazón del barón de La Braunch al mostrarle el desprecio y el escarnio del demonio al que adoraba por las desdichas que él soportaba, así como la mortificadora decepción que siempre acompaña la consumación de un crimen.
»Fue la bruja también quien, por último, vengó los agravios de *lady* Gertrude y quien hizo de esa venganza una bendición para su seductor.
Lady Bertha, Edward, Gerrard, Deborah, Hathbrand, Guinefred, todos se arrodillaron y besaron la mano de *lady* Gertrude.
El padre Velaschi extendió sus manos sobre ellos: los bendijo con la bendición del cielo.
Gerrard cedió inmediatamente la posesión del castillo de La Braunch al joven lord Edward.
El joven Edward agarró la mano de Gerrard:
—No trabajaréis más en los bosques, Gerrard. Siempre me guardasteis un puñado de lo poco que teníais, ¡cómo no voy yo a aliviaros abundantemente con tan ricas existencias!
Lady Bertha abrazó a su joven señor.
Los criados dieron paso a la celebración, en la que se les unió el buen padre Velaschi.
Lady Gertrude, después de todas las maravillas que había realizado, se retiró a un convento.
Los buenos no sufrieron daño; los malos se arrepintieron.